



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**UNA NOVELA DE LA HISTORIA : LA HIJA DEL JUDIO : UNA
APROXIMACIÓN**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

PRESENTA:

HERNÁNDEZ LANDA VALENCIA, VERONICA

ASESOR: OZUNA CASTAÑEDA, MARIANA

MÉXICO, D. F.

2006



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Verónica Hernández Landa Valencia

Una novela de la Historia: *La hija del judío*.

Una aproximación

Tesis para obtener el título de Licenciado

en Lengua y Literatura Hispánicas

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

2006.

Agradecimientos

Para la elaboración de este trabajo ha sido invaluable el apoyo que me brindó la doctora Mariana Ozuna Castañeda: su asesoría estuvo llena de reflexiones que me ayudaban a esclarecer los puntos en los que mi trabajo se veía entorpecido; supo dar palabras de aliento cuando eran necesarias, y, sobre todo, su enorme entusiasmo fue un aliciente que me dio muchas fuerzas en los momentos en que sentía que no podía avanzar más. A mis sinodales, Dra. Paciencia Ontañón Sánchez, Dra. Lourdes Franco Bagnouls, Lic. Yolanda Bache Cortés y Lic. Alejandra López Guevara, les agradezco la paciencia y los oportunos señalamientos que hicieron sobre mi investigación. Finalmente, a Alejandro Hernández García le reconozco el esfuerzo que realizó por proporcionarme la información y las explicaciones acerca de la Compañía de Jesús que requerí en un momento determinado de mi investigación.

A Juan, con amor

A mis padres, con profundo agradecimiento

A mis amigos, por lo que fuimos, por lo que somos y por lo que seremos.

Índice

Introducción	I
1. Antecedentes críticos	1
Algunas observaciones	18
2. De amantes aliados y enemigos. Presentación de los temas que construyen la novela	23
Resumen de la novela	23
Temas que construyen la novela	27
3. Titiriteros y marionetas. Presentación del narrador y los personajes	35
El titiritero	37
Unas marionetas y otro titiritero	53
Don Alonso y doña Gertrudis.	54
El Deán	58
María	61
El Preósito de San Javier.	68
El padre Noriega	75
Luis de Zubiaur	76
Don Juan de Zubiaur	79
Algunas consideraciones	81
4. De poder y sabiduría: el Preósito de San Javier	83
El claroscuro	84
Saberlo todo, conocerlo todo: controlarlo todo	91

El padre Noriega satélite	97
El Preósito: tramador de la historia	103
5. <i>La hija del judío</i> : una novela de la Historia	113
Yucatán: entre la orfandad y la miseria	113
De Historia y ficción. Una novela al servicio de una ideología.	123
Una novela de la Historia	141
Conclusiones	145
Acotaciones finales	151
Bibliografía	154

Introducción

Mi pasión por la novela de folletín y sus intrigas venían desde temprana edad, pero ninguna provocó en mí tal emoción como *El conde de Montecristo*; con ella me pasé noches en vela, olvidaba por completo el mundo durante varias horas, lloraba con las desgracias y triunfos de Edmundo Dantés. Si algo me llamó poderosamente la atención de *El conde de Montecristo*, fue ese héroe todopoderoso que, después de haber resucitado de la oscuridad y el olvido, regresaba para vengarse de aquellos que lo hundieron en la mazmorra más oscura del castillo de If y premiar a las almas caritativas que se apiadaron de su anciano padre. Estaba fascinada con ese personaje invencible que tenía control sobre los destinos de quienes lo rodeaban y aunque busqué en otras novelas europeas del siglo XIX, nunca encontré un héroe semejante.

Cuando cursé el tercer año de la carrera conocí *La hija del judío* (1848-1849) de Justo Sierra O'Reilly (1814-1861), una novela decimonónica mexicana poco conocida, y justamente en ella pude hallar algo parecido a lo que estaba buscando: un personaje omnipotente que controlaba el destino de quienes lo rodeaban por medio del conocimiento. La novela lograba una intriga muy compleja que acaparaba mi atención, casi como *El conde de Montecristo*, pero tenía sus diferencias: no había una trama de venganza y de hecho el personaje principal no estaba involucrado emocionalmente con los acontecimientos. Pero no me atreví a hacer un análisis profundo de la novela durante el curso escolar pues yo sabía que significaba mucho trabajo, incluso para una tarea semestral.

Pasó el tiempo y llegó un momento en que tuve que decidir un tema de tesis. Lo único que sabía con certeza, era que quería hacer un estudio sobre alguna obra del siglo XIX. Solicité a Mariana Ozuna Castañeda que me asesorara y, después de hacerme leer un

par de folletines de Riva Palacio y analizar otros tantos de Manuel Payno —que yo ya había leído por mi cuenta—, llegamos a la conclusión de que, por mis propias preferencias, lo mejor era que trabajara con *La hija del judío*.

Y, efectivamente, mis temores se vieron cumplidos: el trabajo fue inmenso, tuve que leer el texto numerosas veces, ficharlo y volverlo a fichar. Pero conforme fui leyendo más y más, descubrí nuevos aspectos que me dejaban cada vez más fascinada. Me di cuenta que no era una novela de folletín cualquiera, que tenía como trasfondo una postura ideológica muy marcada y que de ella dependía su construcción, que de ninguna manera podía considerársele un texto escrito con premura, sino que había sido planeada cuidadosamente y era bastante compleja.

El siguiente paso fue buscar qué se había dicho antes sobre la novela, primero leí varias historias de la literatura, descubrí que las que abarcaban toda Iberoamérica desconocían o apenas mencionaban la existencia de *La hija del judío* o de su autor, los estudios sobre la literatura de México, desde Julio Jiménez Rueda (1942) hasta Emmanuel Carballo (2001), sí la mencionaban pero la opinión sobre ella era, en general, bastante desfavorable —en gran medida era herencia de las opiniones emitidas por Ermilo Abreu Gómez (1931)—, y sólo los extranjeros que la habían estudiado le concedían cierto valor literario. Noté, además, que una de las características más criticadas era su carácter folletinesco, lo que no me pareció que fuera un argumento para despreciar o cuestionar su calidad.

Encontré muy pocos estudios sobre *La hija del judío* o su autor; entre los primeros estaba el de Ermilo Abreu Gómez y aunque intentaba dar una opinión positiva de ella, su análisis resultaba algo desfavorable. Me llamó sobre todo la atención que considerara que la

novela era de un romanticismo incompleto¹ y que otros estudiosos hubieran heredado esa opinión.

Sólo estudios más recientes (1992-2003) intentaban rescatar algunos valores de la novela analizándola desde su aspecto histórico. Sin embargo, pocas de las opiniones me satisfacían del todo. Ni siquiera todos esos estudios juntos mostraban la complejidad que yo había percibido, de manera intuitiva, en mis primeras dos lecturas. Por ello me convencí de que debía estudiar la novela con mayor profusión para desentrañar sus misterios y decidí que mi tesis sería una pequeña contribución a ese estudio. Quería descubrir qué recursos había utilizado el autor, cómo había configurado su texto, para así explicar por qué me había gustado, qué características me resultaban relevantes y por qué consideraba importante que se volviera a estudiar esta obra, tan olvidada o despreciada por la crítica.

Mi lectura me reveló que, a diferencia de las opiniones de algunos críticos y de lo que podría pensarse a partir del título *La hija del judío*, la historia que cuenta la novela no es primordialmente de carácter amoroso, ni tampoco es una crítica a la Inquisición o al antisemitismo, sino que *la trama amorosa y la del antisemitismo están subordinadas a una más amplia, una que trata asuntos públicos donde la intriga es de carácter político, económico y social, en la que el personaje principal es, no los amantes víctimas de la persecución antisemita, sino el Preósito de San Javier, ese personaje que tanto llamó mi atención desde la primera lectura, un jesuita omnipotente y omnisapiente, que controla y participa en todas las intrigas que constituyen la novela.*

También llamó poderosamente mi atención el narrador que, desde un presente distinto al de la historia, relata acontecimientos del pasado. En sus palabras me parecía que estaba escuchando al autor de la novela ya que con frecuencia emite juicios sobre uno u

¹ Cfr. Ermilo ABREU GÓMEZ, “Sierra O’Reilly y la novela” en *Contemporáneos*, p. 73.

otro hecho de la historia y los compara con su propio presente. Constantemente insiste en la veracidad de esos hechos, asegura que realmente sucedieron. Además, hay que considerar que la novela estaba dirigida originalmente a un lector cercano en términos de espacio y tiempo. Deduje entonces que la novela no es sólo un divertimento, sino que *fue creada con un mensaje determinado para el lector del folletín y que la insistencia sobre la veracidad de los acontecimientos tenía que ver con una intención ideológica*. Y me parece que *la novela está bien planeada y por ello su forma de folletín no demerita su calidad*.

Observé que, si bien tiene ciertos elementos del romanticismo, también se aleja de éste por algunas de sus características; que aunque aborda un tema histórico, los elementos que configuran la obra no corresponden exactamente con los de la novela histórica europea: los hechos que cuenta no son muy exactos y más que reconstruir un momento determinante en la historia de México o de Yucatán, o narrar glorias pasadas, *recrean una época desde una perspectiva ideológica determinada en la que el pasado y el presente son semejantes y la esperanza del progreso apunta hacia el futuro*. *La hija del judío es una novela que analiza la situación yucateca, que critica a las instituciones y grupos que han entorpecido su progreso y propone soluciones para superar el estancamiento*.

Me di cuenta de que si quería apreciar su calidad y complejidad, debía evitar encasillarla en esquemas europeos preestablecidos. La literatura decimonónica mexicana ha sido menospreciada porque se le ha considerado una mala imitación de la literatura y las corrientes europeas, tomando a éstas como paradigmas. Es cierto que imitaba corrientes literarias y a veces estilos de algunos autores, pero me pregunto entonces ¿la buena o mala calidad de una novela mexicana del siglo XIX depende de su capacidad para imitar un modelo cuando no tiene uno propio? ¿Se puede igualar un modelo que tiene ciertas implicaciones ideológicas producto de una situación cultural determinada? *Considero que*

en la novela de Sierra O'Reilly se toman ciertas características de las tendencias literarias europeas en boga y de sus géneros discursivos, pero se adaptan a la realidad mexicana, a una concepción de mundo particular y surge un producto híbrido que utiliza de todos los recursos a su alcance para transmitir una ideología determinada. Y al resultado de esa labor en particular le llamo: una novela de la Historia.

Después de darme cuenta de lo poco que se había estudiado y de las opiniones tan desfavorables que se emitían respecto a esta obra, decidí hacer una pequeña aportación a su estudio e intentar reivindicarla como una gran novela mexicana del siglo XIX.

Para realizar este objetivo debía analizarla desde diferentes aspectos. Primero tenía que justificar más ampliamente mi investigación y para ello elaboré el primer capítulo. En él hago una revisión de lo que la crítica ha dicho hasta ahora sobre ella y con esto evidencio la necesidad de elaborar un estudio más profundo sobre la novela desde otras perspectivas.

El segundo capítulo tiene como finalidad brindar un resumen de la historia que cuenta la novela. Esto porque estoy consciente de que no es conocida y necesitaba dar una somera explicación de la trama para que el posterior análisis resultara comprensible. También aprovecho este apartado para diferenciar y jerarquizar las tramas que construyen *La hija del judío*. De esta manera doy la primera muestra de que la trama principal de la historia es de carácter político, económico y social.

El tercer capítulo está diseñado para reforzar mi hipótesis acerca de la trama principal y para desentrañar algunos aspectos ideológicos, recursos estéticos, tipos de discurso y corrientes literarias que configuran la novela y se perciben a partir del análisis del narrador, de la configuración los personajes más importantes y de las relaciones que se entablan entre ellos. Por ello divido el capítulo en dos apartados, uno dedicado al narrador y otro a los personajes que aparecen en los primeros cinco capítulos, que finalmente son los

que mayor relevancia tienen en el desarrollo y narración de los acontecimientos posteriores. Para lograr este objetivo tuve que buscar alguna postura teórica que me ayudara en el análisis, fue difícil encontrarla, leí capítulos enteros de textos cuyo significado intentaba desentrañar durante semanas —como la *Teoría de la novela* de Mijail Bajtin— para luego darme cuenta de que sus perspectivas de análisis no me ayudaban en el estudio de los personajes de *La hija del judío*.

Fue la narratología, con *El relato en perspectiva* de Luz Aurora Pimentel, la que me dio las principales herramientas para desentrañar la configuración del narrador y los personajes, así como la de los tiempos narrativos. Para analizar el entorno espacial de los personajes me apoyé en el estudio de Gastón Bachelard, *La poética del espacio*, y el de Friedrich Bollnow, *Hombre y espacio. Teoría de la interpretación*, del hermeneuta Paul Ricoeur, me ayudó a entender cómo se lograba establecer una relación entre el narrador y el lector. Fueron de mucha utilidad para analizar los aspectos históricos de los personajes *La novela histórica* de Georg Lukács y *La poética de la novela histórica mexicana del siglo XIX* de Gerardo Bobadilla Encinas —a pesar de que no estoy del todo de acuerdo con su análisis, hubo algunos aspectos que me parecieron interesantes y que sirvieron para mi estudio—, y para analizar los románticos me apoyé, principalmente, en *El Héroe y el Único* de Rafael Argullol y, en menor medida, *Las raíces del romanticismo* de Isaiah Berlin y *El alma romántica y el sueño* de Albert Beguín. También revisé *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica* de Mario Praz (un clásico), que aborda los aspectos oscuros, los más pasionales del romanticismo y definitivamente no satisfizo las necesidades de mi análisis.

Después de haber demostrado que la trama principal era política y de analizar al narrador, a los personajes y sus relaciones, quedaba por demostrar que el Prepósito de San

Javier era el personaje principal de esta historia y cuáles eran las características que lo hacían importante. El cuarto capítulo está dedicado exclusivamente a este personaje, que me parece sumamente complejo. Intento descubrir sus características físicas y emocionales, sus capacidades, la relación que entabla con otros personajes, su ideología y todos los aspectos que lo hacen distinto al resto de los personajes. Para ello recurrí a las mismas fuentes que emplee en el capítulo tercero.

Finalmente había que abordar el aspecto histórico, demostrar que *La hija del judío* no era una novela histórica, folletinesca o romántica “pura” y analizar la postura ideológica de la novela. Para ello hice un resumen de la historia de Yucatán, basado en mi lectura de Sergio Quezada, *Breve historia de Yucatán*, y de Melchor Campos García, “*Que los yucatecos todos proclamen su independencia*”. Aunque leí otros textos sobre historia de México,² no me ayudaron lo suficiente ya que necesitaba estudios más específicos pues el tema de la novela que estudio es muy local. Después señalé cuál era la postura ideológica de Justo Sierra respecto a la historia de Yucatán.

Como *La novela histórica* de Georg Lukács y el estudio de Gerardo Bobadilla Encinas sólo me ayudaban a comprender de manera parcial la complejidad de la obra en su aspecto histórico, tuve que acudir, además de a estos estudios sobre la literatura, a otro campo, el de la teoría de la historia, para completar mi análisis. Recurrí de nuevo a Paul Ricoeur, al texto antes mencionado, así como al capítulo “Argumentos narrativistas” del libro *Tiempo y narración I* y al de “El entrecruzamiento de la historia y la ficción” de *Tiempo y narración III*; además me ayudó mucho el análisis del discurso histórico del siglo XIX que hace Hayden White en su libro *Metahistoria*. Como culminación de este capítulo explico, a partir de los resultados que obtuve en mi análisis, por qué la considero un híbrido

² Cfr. en mi bibliografía.

y por qué llamo a *La hija del judío* una novela de la Historia: está elaborada a partir de varios esquemas, el romántico, el de la novela histórica y el de folletín, pero tiene diferencias sustanciales que la alejan de estos paradigmas, la acercan a un contexto y una ideología nacional —particularmente yucateca—, y la convierten, de esta manera, en una novela original.

Mis conclusiones irán encaminadas a proponer una reivindicación de esta novela como parte importante de la historia de la literatura mexicana, así como a motivar el estudio del folletín mexicano a partir de nuevas perspectivas —como la que propongo en esta investigación—. Me parece que la literatura netamente mexicana no inicia repentinamente con el modernismo, sino que lo propio comenzó a dar forma a nuestra literatura desde mucho tiempo antes. Mi investigación intenta ser una pequeña prueba de ello y una invitación a descubrir, en otros textos, esa identidad literaria mexicana que fue evolucionando hasta alcanzar la originalidad y calidad expresiva que logró en el modernismo.

1. Antecedentes críticos

En las historias de la literatura hispanoamericana revisadas para este estudio, la figura de Justo Sierra O'Reilly prácticamente no aparece: Cedómil Goic (*Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*), Giuseppe Bellini (*Historia de la literatura hispanoamericana*) y Pedro Henríquez Ureña (*Las corrientes literarias en la América Hispánica*) definitivamente no lo mencionan; José Miguel Oviedo sólo lo toma en cuenta al hablar de Justo Sierra (hijo), dice que Sierra O'Reilly era su padre y que “cultivó la novela histórica y folletinesca”;¹ Emilio Carilla (*El romanticismo en la América hispánica*) lo incluye en el grupo de escritores de folletín, especificando que no considera este género verdaderamente literario;² Enrique Anderson Imbert sólo hace una pequeña referencia al autor cuando lo incluye en el grupo de la novela romántica mexicana que prefirió asuntos históricos, y en otra parte señala que su obra, *El filibustero*, así como otras novelas históricas hispanoamericanas, idealiza al pirata;³ finalmente Jean Franco incluye las novelas de O'Reilly entre las novelas románticas latinoamericanas que buscan

presentar la colonización española del modo más favorable posible [...], idealizar la realidad, y esta idealización hay que atribuirle, más que a una visión utópica que mira hacia el futuro, a un nostálgico tradicionalismo [...] [el núcleo de las

¹ José Miguel OVIEDO, *Historia de la literatura hispanoamericana 2. Del romanticismo al modernismo*, p. 215

² Cfr. Emilio CARILLA, *El romanticismo en la América hispánica*, t. II, pp. 130-131. Llama la atención que este autor tiene una apreciación bastante clara sobre la influencia que tuvo la situación política de Hispanoamérica respecto a los textos literarios que se escribieron en el siglo XIX y cómo estos textos adquirieron así un carácter distinto al europeo y, en particular, distinto a lo español; sin embargo no aprecia esos efectos en la producción literaria de Perú, Colombia y México (*loc. cit.* t. I, pp. 24-30, 54-55 y 163) y, por tanto, no los percibe en *La hija del judío*, novela que apenas menciona en su texto. Este autor aporta opiniones interesantes sobre la literatura hispanoamericana que retomaré en el último capítulo de esta investigación.

³ Cfr. Enrique ANDERSON IMBERT *Historia de la literatura hispanoamericana I. La colonia. Cien años de República*, pp. 255 y 264.

novelas consiste] en un ataque al oscurantismo católico. No obstante, ninguna de ellas supera el anacronismo.⁴

Las historias de la literatura mexicana, en los años que van de 1942 a 2001, no han tratado muy bien a *La hija del judío* ni al resto de la obra de Sierra O'Reilly. Las opiniones que transmiten son juicios heredados que no toman en cuenta los nuevos estudios que se han hecho actualmente y tampoco se molestan en mencionar sus características particulares.

Julio Jiménez Rueda le dedica al novelista unas cuantas líneas en las que menciona sus actividades públicas de “jurisconsulto, periodista y hombre de letras yucateco” y, sin adjetivaciones ni clasificaciones, “autor de las novelas tituladas: *La hija del judío* y *Un año en el hospital de San Lázaro*”.⁵

Carlos González Peña, si bien reconoce a Sierra O'Reilly el importante papel que desempeñó en la política y la cultura de su estado, con respecto a la producción literaria su juicio no es nada favorable, tanto por el carácter regional de ésta, como porque las tramas “son de relaciones farragosas y sin aliño”,⁶ y estéticamente “no son tampoco dechado de lengua, en que el autor no se complacería, por cierto, con nimiedad de orfebre”,⁷ además de que están inspiradas en “nada artísticos modelos como Dumas y Sue”.⁸

Heriberto García Rivas da una biografía sobre O'Reilly, y en otros apartados hace referencia a él —como padre de Justo Sierra Méndez— y a su obra —cuando se refiere a *El secreto del ahorcado* de Antonio García Gutiérrez como influencia directa en *El secreto del*

⁴ Jean FRANCO, *Historia de la literatura hispanoamericana. a partir de la independencia*, p. 98.

⁵ Julio JIMÉNEZ RUEDA, *Historia de la literatura mexicana*, p. 179.

⁶ Carlos GONZÁLEZ PEÑA, *Novelas y novelistas mexicanos*, p. 56.

⁷ *Idem*.

⁸ Carlos GONZÁLEZ PEÑA, *Historia de la literatura mexicana*, p. 170.

ajusticiado de Sierra O'Reilly—. ⁹ Sobre *La hija del judío* sólo menciona la fecha y lugar de publicación, así como que es una novela histórica “referente a la época virreinal”. ¹⁰

En el *Diccionario de escritores mexicanos* de María del Carmen Millán hay una biografía y bibliografía más o menos extensa del autor. Con respecto a las novelas sólo dice los lugares y años donde fueron publicadas. Sobre *La hija del judío* añade que es novela de folletín.

Emmanuel Carballo en su diccionario no se muestra tampoco adicto a nuestro autor cuando incluye a *La hija del judío* en el grupo de novela de folletín. Ante su desfavorable opinión sobre estas novelas por el apresuramiento en la elaboración, el exceso de intrigas y la ligereza en la creación de los personajes, la califica como “entretenida” y nada más. Resume la novela de forma muy superficial: dice que es romántica y que la trama principal es la de padre e hija que son acusados injustamente de judíos. Reconoce que *La hija del judío* tiene ciertas particularidades al anotar que “El argumento es típico de una novela de folletín; lo que no es usual es que Sierra incida en la novela de costumbres, tome partido contra la dominación española y denuncie la intolerancia religiosa”, ¹¹ pero no profundiza en las causas de estas diferencias ni en el hecho de que gran parte de las novelas mexicanas e hispanoamericanas comulgan con ellas. ¹²

Cabe notar aquí que sólo los últimos dos estudiosos aluden a más de dos obras escritas por Justo Sierra O'Reilly, a pesar de que la producción de éste es amplia y no se

⁹ Cfr. Heriberto GARCÍA RIVAS, *Historia de la literatura mexicana. Tomo II. México independiente. Siglo XIX.*, pp. 51-52, 120 y 212.

¹⁰ *Ibid.*, p. 131.

¹¹ Emmanuel CARBALLO, *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX* p. 228.

¹² Cfr. Cedómil GOIC, “El romanticismo y la novela” en *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana. II Del romanticismo al modernismo*, pp. 63-67; Francisco José SOLARES LAVARRE, “Discurso contra histórico: paradigma narrativo en dos novelas sobre la época colonial latinoamericana” en *Revista Iberoamericana*, y Gerardo Francisco BOBADILLA ENCINAS, *La poética de la novela histórica mexicana del siglo XIX: la historia y la cultura como testimonio mítico*.

limita al ámbito literario —existen obras académicas de su autoría como *Lecciones de Derecho Marítimo Internacional* (1854). Para continuar con esta revisión me parece importante mencionar aquí las principales obras de carácter literario publicadas por este autor y que menciona Antonio Castro Leal en su noticia bibliográfica sobre Justo Sierra O'Reilly: además de *La hija del Judío*, aparecen *Vida y escritos de don Lorenzo Zavala* (1846), *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y Canadá* (1851), *Los indios de Yucatán* (1857), *Un año en el Hospital de San Lázaro* (1905),¹³ *Algunas Leyendas* (1892), *El filibustero* (1923)¹⁴ y *Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos* (1938).

Estudios más o menos recientes¹⁵ que tratan la novela mexicana, ya sea en general o especializados en el siglo XIX —curiosamente entre las opiniones parcialmente favorables que encontré, la mayoría son de extranjeros—, tienen una visión un poco más profunda sobre la novela. Reconocen ciertos valores tanto en *La hija del judío* como en el resto de la producción literaria de Sierra O'Reilly y recomiendan una revaloración de las mismas.

John Lloyd Read es el crítico con la opinión más favorable, aunque un tanto exagerada, con respecto a *La hija del judío* —sin embargo, no sucede lo mismo respecto a *Un año en el Hospital de San Lázaro*—.¹⁶ Contrariamente a otros autores, y destacando el carácter romántico de la novela, alaba las convincentes descripciones de Yucatán, al grado de compararlas con las cuidadosas descripciones que hace Walter Scott en algunos de sus

¹³ Esta novela fue publicada como folletín entre 1845 y 1849 en el *Registro yucateco*, y sólo apareció como libro cuarenta y cuatro años después de la muerte de su autor.

¹⁴ *El filibustero* fue publicado originalmente en el primer periódico de Justo Sierra O'Reilly, *El museo yucateco* (enero de 1841- mayo de 1842), en el que también se dieron a conocer otras narraciones del mismo autor recopiladas en *Algunas leyendas*.

¹⁵ Cabe esta aclaración pues si revisamos obras como *La novela mexicana* de Federico Gamboa, que sobre O'Reilly dice: “el doctor Sierra, de Yucatán, cuya mejor obra fue su hijo Justo” (p. 33), vemos que las opiniones no son nada favorables ni profundas.

¹⁶ Con respecto a Sierra O'Reilly opina que, después de Fernández de Lizardi, es el primer novelista conocido con cierto mérito. Cfr. John Lloyd READ *The mexican historical novel*, p. 98.

libros;¹⁷ según él, la descripción de los personajes, y la perfección de los mismos, corresponde a la de los grandes autores románticos como Bulwer-Lytton, Scott, Dumas y Sue.¹⁸ Con respecto a la estructura menciona la armonía que logra entre la trama principal y las sub-tramas, que resultan bien entrelazadas con el elemento de misterio, cosa que no consiguen, en su opinión, ni Fernández de Lizardi ni Manuel Payno:¹⁹

This dramatic conflict does not seem forced and artificial. The action appears perfectly motivated and developments seem to be the natural results of the causes in operation. And what is more important still, the characters undergo a literary resurrection that leaves them alive and worthy of the readers sympathy or opposition. There is here the type of naturalness that helps the reader to identify himself with the frustrated protagonist. Of abuses of exaggeration and cheap sentimentality, common to many Mexican historical novels, there is little in *La hija del judío*.

The style, like the progression of events, is quite logical, and is free from unnecessary ornamentation. The author was evidently dissatisfied with the serial form.²⁰

En cuanto al aspecto histórico de la novela, Read lo considera una acertada crítica al Tribunal del Santo Oficio, que encarna la corrupción. Considera que la lucha política y eclesiástica resulta tan interesante como la historia de amor y así señala la importancia del Prepósito de San Javier como personaje principal de la historia.²¹ En resumen, Lloyd Read es de los pocos autores que elogia plenamente la novela, quizá en exceso.

Continuando con la visión favorable hacia Sierra O'Reilly y su obra, J. F. Arias Campoamor se muestra sorprendido ante el hecho de que, siendo Sierra O'Reilly considerado el precursor de la novela histórica romántica en México, se le tenga así olvidado. A pesar de ello, su opinión hacia la obra de Sierra, aunque trata de ser paternalista, resulta poco favorable al decir que: "Su estilo es de forma tradicional o clásica

¹⁷ *Ibid.*, p. 103.

¹⁸ *Ibid.*, p. 107.

¹⁹ *Idem.*

²⁰ *Ibid.*, pp.105-106.

²¹ *Ibid.*, pp.104-105.

con algún desaliño, pero sus periodos tienen el ritmo de los buenos escritores de su tiempo. Es pobre y seco en las descripciones y en la composición de la obra predomina un tono abstracto y frío”.²²

Ralph Warner, por su parte, considera a O’Reilly como el primer novelista de Yucatán, e iniciador de la literatura yucateca, así como el primer cultivador de la novela histórica en México. Considera que el autor, junto con Juan Díaz Covarrubias, son los precursores de los asuntos nacionales en la literatura mexicana, además de que el primero también introdujo el tema del pirata en la novela mexicana.

Acerca del romanticismo en las obras del autor dice que:

[...] tiene sus aspectos particulares. No se recrea en la descripción de la naturaleza. Le interesa más que otra cosa la interpretación del significado de sus personajes y escenas. Ante la oportunidad de meditar sobre una ruina, comenta la ruina misma. Su interés en el pasado no está teñido del medievalismo del romántico.²³

Warner señala la importancia de conocer mejor la obra de O’Reilly, particularmente *La hija del judío* por su “habilidad para mantener el interés de los lectores en la acción de sus novelas”.²⁴ Con respecto a esta obra dice que aunque la historia de amor entre dos jóvenes es el punto de partida de la novela, hay otros personajes —particularmente el Prepósito de San Javier—, y tramas —como la crítica a las actividades de los jesuitas y del Santo Oficio— que juegan un papel preponderante en la historia.

Posteriormente J. S. Brushwood señala que, entre los autores románticos que incursionaron en la novela histórica, Sierra O’Reilly fue el que mejores resultados obtuvo,

²² J. F. ARIAS CAMPOAMOR, *Novelistas de Méjico. Esquema de la historia de la novela mejicana (de Lizardi al 1950)*, p. 52.

²³ Ralph WARNER, *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*, p. 17.

²⁴ Ralph Warner, *op. cit.*, p. 18.

particularmente con *La hija del judío* en que la intriga está bien elaborada, aunque no por ello considera a Sierra como un gran autor:

Sierra developed a well organized plot around the inquisition and a matter of justice with excellent coordination of the amatory and historical elements. It would be wrong to call Sierra a great novelist, but is notable for his healthy restraint and for the good sense that made this later work a tightly woven story [...].²⁵

Este estudioso considera que el tema principal de la novela es la injusticia de la Inquisición y, muy acertadamente señala que:

El personaje principal [...] es un jesuita amigo de la joven que decide salvar su herencia, reservando parte de la misma para su orden. El jesuita bien puede ser la mejor caracterización que se haya hecho en México durante los años del romanticismo. Es uno de esos raros casos donde un personaje no es totalmente bueno o malo. [...] Aunque el jesuita desea sinceramente ayudar a la joven, esta inclinación tiene un límite absoluto, *ya que también piensa en el bienestar de su orden, lo que para Sierra es una suerte de egoísmo.*²⁶

Entre los pocos estudios que se han dedicado a la obra de Sierra O'Reilly y específicamente a *La hija del judío*, la mayoría se enfoca a estudiar el aspecto histórico de la novela, ya sea como un testimonio al estilo romántico, o diferenciado de esta corriente por características determinadas. Pocos hacen una evaluación estética de la obra, y cuando se realiza, los resultados son muy negativos, tal es el caso de Ermilo Abreu Gómez. Este estudioso, cuyos juicios han sido citados por otros autores y, de esta manera, perpetuados; en su artículo "Sierra O'Reilly y la novela", hace un análisis general en el que resalta el hecho de que las obras de O'Reilly no son plenamente románticas, pues sólo usa de esta corriente los elementos intelectuales y deja a un lado el aspecto artístico del romanticismo,

²⁵ J. S. BRUSHWOOD, *The romantic novel in Mexico*, p. 17.

²⁶ *Ibid.*, p. 161. Las cursivas son mías.

de tal manera que lo considera un romántico incompleto, aunque no por eso ‘impuro’ o ‘mediocre’.²⁷ Menciona la existencia de una fuerte influencia del neoclasicismo por la forma —estilo clásico o tradicional— de sus textos, el excesivo racionalismo y la tendencia moralista que en ellos encuentra. Lamenta la incapacidad de expresión al estilo romántico y la justifica por la falta de medios para conocer y explotar otras posibilidades de expresión y, en contradicción con el carácter neoclásico que le atribuye, dice que:

Su pobreza descriptiva, su falta de penetración de lo plástico y de lo ornamental [...] se debe a la manifiesta inclinación del doctor Sierra hacia lo subjetivo, hacia la interpretación de las relaciones de los seres y de las cosas y, después, a la naturaleza misma que ofrece el paisaje de Yucatán [...]. Su temperamento lógico, inquisitivo, le induce a seguir, con más atención, el valor psicológico, antes que el físico del mundo que le rodea. Y esta misma psicología le place, no tanto aplicada al individuo como a la sociedad. Y en cuanto al paisaje de Yucatán [...], influye en su espíritu de un modo negativo. En vez de exaltarlo le deprime, le obliga a encerrarse dentro de sí mismo. Así aprende a meditar en las teorías superiores del mundo, en donde no es la sensación sino la idea de los seres la que domina.²⁸

Abreu Gómez considera errores o desaciertos todos aquellos rasgos que no se apegan a los lineamientos del romanticismo: señala la forma castiza en que escribe Sierra, carente de adornos y de hipérboles, la escasez de sentimentalismo y la omisión del individualismo; pareciera que lo que más le disgusta a Abreu Gómez es el aspecto formal de la obra:

[...] ciñéndose a esa naturalidad, su estilo se enfría y casi entra, por esto mismo, en los anteriores carriles neoclásicos. El elemento burgués, por razones privativas, aparece en su obra formando núcleos sociales. La libertad literaria que oye predicar no le abre nuevos horizontes, antes se los reduce al campo ocupado por los propios románticos que le sirven de

²⁷Ermilo ABREU GÓMEZ, “Sierra O’Reilly y la novela” en *Contemporáneos*, p. 73. Esta opinión, así como otras de Abreu Gómez la citan autores como J. F. ARIAS CAMPOAMOR y José EZQUIVEL PREN aunque tratan de ser favorables y complacientes cuando dan sus opiniones sobre el autor y su obra.

²⁸Ermilo ABREU GÓMEZ, *art. cit.*, p. 39.

modelo. Sigue, con libertad, el sendero que se le señala, pero ignora el vuelo lírico que la corriente levanta en las almas. En términos generales, no le place nada de lo que tiene visos de apariencia, de mero ornato, de extravío del centro del propio individuo, de exageración del predominio del corazón sobre la inteligencia. Aprovecha, en cambio, las enseñanzas críticas y la postura social del romanticismo.²⁹

Si bien es cierto que trata de apoyar una revisión y revalorización de la obra de O'Reilly, no encuentra, o al menos no aporta, los argumentos necesarios para apoyar esta intención, excepto en el momento —e incluso este caso se da con ciertas reservas— en que habla de su originalidad, la cual consiste en que “mientras el romántico se extravía en el pasado por medio del recuerdo, el doctor Sierra realiza un movimiento de comparación que puede definirse así: el pasado le interesa en cuanto es medida para percibir el presente.”³⁰ Por otra parte destaca del hecho de que como “rudo polemista” transforma el gusto romántico y exalta el espíritu mexicano que justifica filosóficamente sus enconos políticos y religiosos.³¹

Antonio Castro Leal, en su prólogo a *La hija del judío*, pone de relieve el aspecto histórico de la novela, en el sentido de que se apega a la verdad de los acontecimientos:

[...] una de las novelas que pintan mejor las intrigas y los sobresaltos de nuestra época colonial. Presenta en toda su complicación, a la vez con agudeza y verdad, los diversos intereses, prejuicios y vanidades que solían poner en movimiento, y también en contradicción, no sólo a los funcionarios reales y a los dignatarios eclesiásticos, sino a todos aquellos que, por interés o por inclinación, se acogían a uno u otro partido.³²

²⁹ *Ibid*, p. 48.

³⁰ *Ibid.*, p. 63. Esta opinión la cita también Ralph WARNER (*op. cit.*, p. 17) al hablar del romanticismo de Justo Sierra O'Reilly

³¹ Ermilo ABREU GÓMEZ, *art. cit.*, p. 49.

³² Antonio CASTRO LEAL, “Prólogo” a *La hija del judío*, p. XII.

Así, se extraña cuando, respecto al conde de Peñalva (personaje histórico que forma parte de la trama de *La hija del judío*), Sierra O'Reilly se haya divorciado de la Historia para contar ficción pura y tiranizar a un hombre que en la realidad era honrado, protector de los indios y, por tanto, injuriado por los adinerados.³³ Aunque dice que esa falta de apego a los hechos reales no demerita la calidad literaria. En el sentido estético, si bien atiende a las críticas anteriores, señala que la falta de descripciones superficiales de los personajes queda totalmente superada por medio del desarrollo de su psicología que basta para demostrar su individualidad y explicar sus actitudes.

Si bien éste es el primer texto que habla de *La hija del judío* en un sentido casi totalmente positivo, es sólo un prólogo, cumple como tal, y aún falta para demostrar que en esta novela hay calidad literaria. Además, la manera en que Castro Leal analiza el aspecto histórico de la novela me parece un tanto ingenua.

De la misma índole me parece la opinión de Matilde Guerra Peón sobre *La hija del judío* en su tesis de maestría sobre Justo Sierra O'Reilly, pues muestra la misma sorpresa ante la visión negativa y no histórica del conde de Peñalva y además señala: “Es curioso que a pesar de asegurar la verdad histórica de su relato no mencione ninguna fuente, ningún documento histórico.”³⁴ Con respecto a la estructura no pone reparos pues su carácter equilibrado y unitario permite el desarrollo efectivo de la intriga. No pasa lo mismo cuando señala características del lenguaje ya que su sobriedad y casticismo —incluyendo algunos arcaísmos que tratan de simular una época antigua, pero que no por eso logran una diferenciación entre las clases sociales—, la falta de adjetivación y descripciones, así como

³³ En su prólogo (pp. XVI-XVII), Castro Leal deduce que el falseamiento pudo deberse más que al odio por los españoles, a la inclinación romántica de Sierra O'Reilly. Esto significaría que en la obra de O'Reilly pesa más la expresión artística que la ideológica, opinión que resultaría totalmente contradictoria a la que Ermilo Abreu Gómez había expuesto con anterioridad.

³⁴ Matilde GUERRA PEÓN, *Justo sierra O'Reilly y los orígenes de la novela en Yucatán*, p. 87.

los vocablos repetitivos dan como resultado un texto que, según Guerra Peón, llega a resultar “monótono”.³⁵

Guerra Peón, como Castro Leal, señala que, aunque los personajes carecen de una descripción física, los perfiles psicológicos bien logrados —y aquí alude particularmente al del Preósito de San Javier—, reemplazan esta carencia. Con respecto al romanticismo de la obra, aunque Guerra Peón no niega la pertenencia a esta corriente, sólo señala dos características que se encuentran en la novela: la vuelta al pasado colonial que sustituye la recurrencia al medioevo, y la presencia del “yo”, cuando afirma que “El yo romántico existe en cuanto a que el autor es siempre el guía dentro de la obra. Se sitúa también dentro de la obra en algunas comparaciones y en algunas disgregaciones de orden social y político”.³⁶

Según lo expone Guerra, fuera de estos elementos, el romanticismo se difumina ante la carencia de descripciones, el predominio de la razón sobre el sentimiento,³⁷ los personajes que se rigen por la razón y que sólo son románticos en su apariencia externa y que no responden al ideal del héroe de esta corriente. Así, cita a Abreu Gómez cuando dice que Sierra es un “romántico incompleto”.³⁸

En un estudio más reciente, Sara Poot Herrera logra ver que esas diferencias entre la Historia y lo narrado en *La hija del judío*, así como la visión negativa del pasado, no son meros accidentes y tienen una intencionalidad: “Si bien su romanticismo consiste en reconstruir y novelar acciones del pasado colonial, la recreación se hace señalando explícitamente las diferencias entre ese pasado de doscientos años atrás y el momento en

³⁵ *Ibid.*, p. 88.

³⁶ *Ibid.*, p. 91. Nótese que ni siquiera estas características responden totalmente a un carácter romántico en sentido amplio de la corriente a la que nos referimos.

³⁷ Guerra Peón considera que ésta no es característica romántica aunque en mi opinión el romanticismo no niega a la razón ni tampoco la subordina totalmente al sentimiento.

³⁸ *Vid. supra.*

que se escribe”.³⁹ Poot nos dice que Sierra utiliza recursos como alusiones a textos antiguos y señalamientos sobre las diferencias entre su obra —por ejemplo, la de que sus personajes son distintos por ser reales— y las de los autores que lo influenciaron como Sue y Dumas, para darle verosimilitud a la historia; finalmente se cura en salud ante la crítica arguyendo la libertad que tiene para escribir lo que quiera.

Observa que los personajes y el ambiente en que se mueven están inmersos en claroscuros, los jesuitas⁴⁰ —particularmente el Prepósito— y la Santa Hermandad representan la luz, que, a su vez, se oponen al oscurantismo del resto de las autoridades eclesiásticas y políticas:

Son estos personajes en el presente de la novela, los últimos miembros de una cadena genealógica en los que se resuelve el conflicto racial y social iniciado desde principios del siglo XVII. Uno y otro son descendientes de españoles y portugueses radicados en la península yucateca.

Así, *La hija del judío* traza relaciones históricas y geográficas entre México (Yucatán específicamente), España y Portugal, triángulo no común en la literatura mexicana. Esta relación tiene que ver con la persecución de los judíos en España y con los años de independencia de Portugal.⁴¹

Vemos pues que los personajes buenos, los que llevan luz consigo, son aquellos que representan los antecedentes directos de la independencia de México que queda ampliamente justificada por la novela. Poot agrega que el problema que subyace en la novela “es fundamentalmente económico”.⁴² Estructuralmente, dice que la novela está bien elaborada, menciona la uniformidad y simetría de los capítulos que corresponde a la usanza

³⁹ Sara POOT HERRERA, “*La hija del judío*: entre la inquisición y la imprenta” en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, p. 764.

⁴⁰ Poot nota que son ellos los únicos que poseen una imprenta, claro símbolo de ilustración: “Si en el nombre del Santo Oficio se cometen atrocidades, en el nombre del signo escrito se intenta reconstruir un orden de carácter económico, afectivo y social. Con la restitución de los derechos se clausura la novela. La máquina tipográfica ha burlado a la máquina de la Inquisición” *Ibid.*, p. 777.

⁴¹ *Ibid.*, p. 769.

⁴² *Ibid.*, p. 776.

decimonónica; la intriga tiene un alto grado de desarrollo que se logra por medio de diálogos, discusiones, y estrategias ofensivas y defensivas entre los prelados, y el hecho de que los acontecimientos se desarrollen en la noche o en lugares oscuros, resulta un elemento de misterio importante, además de que recrea la época en que se sitúa la historia.

Más o menos en el mismo tono está realizado el estudio de Miguel Ángel Castro, quien piensa que, más que económicos, los intereses que guían la elaboración de la novela son políticos y justifican la separación de Yucatán de quien no lo ha sabido gobernar:

Los intereses políticos de Justo Sierra O'Reilly influyen claramente en la estructura de su novela *La hija del judío*. [...] la historia de don Justo va a la Historia convencido al menos de tres cosas: de los males que el gobierno español, virreinal y centralista le ha acarreado a Yucatán, y de la buena labor de la compañía de Jesús, víctima de intrigas, y de los actos y sentimientos independientemente patrióticos de los criollos.⁴³

También menciona los elementos de verosimilitud de que se vale Sierra O'Reilly para, de alguna manera, por medio de la ficción, reemplazar o reelaborar la Historia, haciendo una recreación negativa del pasado colonial.⁴⁴ Para Castro también están presentes los claroscuros que se logran por medio del diálogo y el elemento auditivo. Así, divide la novela en tres partes, la primera con atmósfera de medias palabras y recelos; la segunda llena de retrospectiva, distanciamiento e iniciación, en que los tañidos de las campanas marcan el ritmo de los susurros, y la tercera, que es una sinfonía de revelaciones.⁴⁵ Es justamente este tipo de acercamiento el que, según Castro, nos permite

⁴³ Miguel Ángel CASTRO, "Entre tañidos y susurros. *La hija del judío* de Justo Sierra O'Reilly" en *Inquisición novohispana*, p. 149.

⁴⁴ O al menos eso es lo que entiendo cuando dice que esta novela "gana la ficción, la literatura y, por ello, la historia". *Ibid.*, p. 151.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 157.

conocer el pasado colonial con todo el “oprobio” y el “heroísmo” que contiene: con sonidos que representan y simbolizan claroscuros, y con personajes que representan instituciones.

Ana Rosa Domenella, apoyándose en Sara Poot, vuelve a tocar el aspecto de la verosimilitud en la novela de O’Reilly al hablar del narrador que renuncia parcialmente al papel de omnisciente, delegando así parte de la responsabilidad a las fuentes históricas. En el texto es fundamental la presencia de lo escrito, tanto como documento para elaborar la narración, como en anónimos impresos para realizar la intriga.

Con respecto a las características estilísticas de la novela, particularmente a las pocas descripciones; a la caracterización de María, no de manera idealizada, sino como un personaje típicamente yucateco, y a la falta de lirismo y diálogos amorosos, Domenella dice abiertamente que por estas razones podríamos dudar de la clasificación de la novela como romántica, “si no fuera por el género y su recreación histórica”,⁴⁶ de hecho dice que “es por cierto el espíritu ilustrado, el de las Luces, el que predomina en los juicios sobre religión y política, aunque los enredos pertenezcan al folletín decimonónico”.⁴⁷

Otras de las observaciones de Domenella señalan que *La hija del judío* es una novela predominantemente masculina en la que las mujeres tienen poca participación, y si la tienen, es en la medida de los rasgos masculinos que las caracterizan. La crítica advierte que los indios aparecen poco y siempre en un estado salvaje, de animales o cargadores. Finalmente está la opinión, a mi manera de ver muy acertada,⁴⁸ de que “El verdadero

⁴⁶ Ana Rosa DOMENELLA, “Lo dicho y lo omitido en *La hija del judío* de Justo Sierra O’Reilly” en *Inquisición novohispana*, p. 168.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 175.

⁴⁸ Me parece extraño que muy pocos estudiosos hayan percibido esto, siendo que el Prepósito aparece en la mayor parte de la novela mientras que María, la hija del judío, sólo en unos cuantos capítulos.

protagonista y centro generador del relato es el prepósito sin nombre, aunque la excusa sea contar la historia de ‘La hija del judío’.⁴⁹

Un texto que particularmente me llamó la atención fue el apartado que Gerardo Francisco Bobadilla Encinas dedica al análisis de *La hija del judío* en su tesis doctoral sobre la novela histórica en México en el siglo XIX. Lo primero que hace en este estudio es rebatir dos opiniones opuestas sobre la novela que nos ocupa: la de González Peña sobre los nefastos modelos que inspiran la novela;⁵⁰ y la de Ralph Warner que afirma que Sierra es el primer novelista histórico en México.⁵¹ Sobre el último punto dice que antes estuvieron la obra de Rodríguez Galván, los textos de José María Lafragua y del autor anónimo de *Xicoténcatl*.⁵²

De la refutación a González Peña surge todo el estudio posterior en el que afirma que la inspiración e influencia de modelos como Dumas, Sue, Bulwer Lyton y Walter Scott es relativa pues, en la literatura mexicana en general, y particularmente en la novela de Sierra O'Reilly,

[...] estuvo fuertemente permeada por el hecho de que la novela histórica fue un modelo apropiado y reelaborado por una tradición que se gestaba, la mexicana. Esta naciente tradición resementizó la intencionalidad ético-estética del modelo atendiendo la *episteme* y la función social que desempeñaba la novela y el escritor en México: la de contribuir a la configuración concreta de un imaginario sociocultural republicano y nacionalista unificador.⁵³

Así, la novela de Sierra O'Reilly se apropia y reelabora formas discursivas extranjeras, tanto para evitar el plagio como para adaptarlas al problema criollo, y de esta

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 174-175.

⁵⁰ *Vid. supra.*

⁵¹ *Vid. supra.* La opinión de Warner, según Bobadilla, está muy influenciada por la de Lloyd Read.

⁵² Cfr. Gerardo Francisco BOBADILLA ENCINAS, *op. cit.*, p.89.

⁵³ *Idem.*

manera institucionalizar el ideario liberal, así como a la tendencia didáctica de la literatura mexicana. Para ello, los dos narradores —el principal y el padre Noriega— asumen “estrategias discursivas que otorgan nueva significación ético-estética al modelo”⁵⁴ que “permean y diversifican la valoración y configuración del mundo que narran”.⁵⁵

Así, son varias formas discursivas que enmarcan determinadas situaciones en la narración: la novela de aventuras está presente en las acciones de Felipe Álvarez de Monsreal; el costumbrismo permite la “focalización de tipos y tiempo-espacios”;⁵⁶ el folletín, el suspenso.

Pero además de estas formas, Gerardo Bobadilla encuentra tres que le parecen fundamentales: la del testimonio o crónica, forma literaria heredada desde la época colonial y que funciona para darle verosimilitud a la historia, además de que cumple con una función social. *La hija del judío* es una interpretación alternativa a la Historia que se conocía por los informes del padre Cogolludo, historiador franciscano del siglo XVII; así, “el discurso novelesco se manifiesta como crónica y el narrador como investigador”⁵⁷ y la nueva historia aporta la visión liberal donde la Historia, concebida como progreso, inicia en 1810 y el pasado es el periodo oscuro que sólo existe en la medida que permite al mexicano participar de la historia de Occidente. Como ya se dijo, además del narrador principal que se apoya en viejos y apolillados papeles, está el padre Noriega cuya “actuación va encaminada a refuncionalizar el pasado histórico —la conspiración contra Peñalva— en el presente y en el futuro del enunciado”.⁵⁸

⁵⁴ *Ibid.*, p. 93-94.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 91.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 97.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 95.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 100.

Para Bobadilla, la novela gótica es la “matriz ético-estética de la novela”⁵⁹ ya que a partir de ella se crea el ambiente de nocturno y de misterio en el que se desarrollan los claroscuros que ya he mencionado con anterioridad y que Bobadilla interpreta, no como los medios que aportan una visión de mundo específica, sino que realizan una significación ideológica en la que está presente la configuración liberal del mundo.⁶⁰

La novela de iniciación está presente cuando se le revelan a Luis de Zubiaur el misterio que contienen los acontecimientos del pasado. Su iniciación implica la del resto de los personajes y lleva consigo la adopción del imaginario nacionalista que, gracias al carácter iniciático de la revelación, adquiere un valor sacro.⁶¹

Bobadilla concluye que son las tres formas discursivas: novela gótica, testimonio y novela de iniciación las que “forman la poética particular de *La hija del judío*”⁶² y que la reelaboración de géneros discursivos no es exclusiva de esta obra sino que la hacen varios novelistas en México: los liberales que quieren institucionalizar su proyecto.

El último autor que mencionaré, el más reciente, por cierto, es Francisco Solares Lavarre. Solares, complementando de alguna manera el texto de Bobadilla en el aspecto histórico,⁶³ alude a la presencia de un discurso contrahistórico en la novela que consiste en cuestionar la Historia, su veracidad y su prescriptividad, por medio del discurso literario y su verosimilitud. Así:

⁵⁹ *Ibid.*, p. 97.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 97-99.

⁶¹ *Ibid.*, pp. 101-105. El anacronismo ideológico se salva por el hecho de que el pasado colonial no se concibe como Historia (*vid. supra*). Ante la reelaboración histórica y el aspecto iniciático, la historia de la novela, según Bobadilla, se convierte en mito.

⁶² *Ibid.* p. 105.

⁶³ Lo que para Bobadilla es refuncionalización o resemantización, en Solares lo encontramos como transculturación que da como resultado una “cultura de mestizajes”. Cfr. Francisco José SOLARES LAVARRE, “Discurso contrahistórico paradigma narrativo en dos novelas sobre la época colonial” en *Revista Iberoamericana*, p. 637.

[...] el discurso contrahistórico que presenta Sierra cuestiona la historia establecida al aprovecharse de sus recursos como narración, y cuestionar, mediante manipulación, sus bases documentales. Sin embargo, lejos de agredir abiertamente los documentos que sirven de referencia, su actitud es completar y suplir los espacios con su propia creación. El hecho de que la ficción pueda ser entretejida con la historia presupone una severa crítica contra la supuesta imparcialidad histórica por parte de Sierra.⁶⁴

En opinión de Solares, la novela tiene, fundamentalmente, una función ideológica y, por ello, la modernización de la historia —los anacronismos— se debe a la necesidad de crear una correspondencia entre pasado y presente, para así transmitir el mensaje nacionalista que se desea.

En resumen, podemos advertir que hay opiniones muy diversas con respecto a Sierra O'Reilly y su obra —particularmente *La hija del judío*. Destacan dos maneras principales de acercamiento hacia la novela: la primera tuvo un enfoque ideológico que analizaba este aspecto de la novela y sólo en este sentido le concedía algún valor, al mismo tiempo que descalificaba el estético; la segunda, bastante tardía, ha retomado el aspecto estético y ha logrado ver ciertos valores en la obra que nadie anteriormente había podido apreciar. Los dos acercamientos han respondido a las circunstancias históricas en que se encontraba la crítica literaria: el primero responde a periodos históricos de búsqueda de identidad y valores nacionales; el segundo pertenece a un periodo en que el valor ideológico deja de tener tanta preponderancia y, gracias al desarrollo de la crítica, se ha logrado observar ciertos valores estéticos en obras que antes sólo eran valoradas por sus contenidos ideológicos.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 641.

Dentro de estas dos tendencias de análisis hay ciertas subdivisiones y las opiniones volcadas en diferentes estudios sobre *La hija del judío* se pueden clasificar de la siguiente manera. Una parte de ellas es heredada y no tiene fundamento en el análisis personal. Otra descalifica a *La hija del judío* simplemente por ser folletín —pues este género disgusta a algunos críticos— pues posee una idea modélica del folletín que no se debe contaminar por el modelo de la novela histórica ya que así ambos pierden su pureza. Hay críticos que quieren alinearla en un paradigma romántico establecido a pesar de que la novela no concuerda con la idea modélica que tienen de esta corriente —pocos de ellos cuestionan la causa y generalmente la atribuyen a la incapacidad del autor y también muy pocos explican en qué consiste ese modelo romántico.

Muchos la aplauden sin fundamentar los méritos de la obra o arguyen que debe ser estudiada simplemente por ser la primera novela histórica en México —lo cual no resulta suficiente para aplaudirla.

Recientes estudios analizan de forma propositiva su aspecto histórico e ideológico y, desde esta perspectiva, resaltan sus méritos. Todos ellos observan una relación algo irregular entre el paradigma romántico europeo y la novela: reconocen que las mayores similitudes entre *La hija del judío* y el romanticismo se relacionan con la manera de reconstruir y novelar acciones del pasado, e incluso en este aspecto encuentran ciertas diferencias.⁶⁵ De estos estudiosos, sólo Francisco Bobadilla señala claramente que en la obra confluyen diferentes corrientes literarias y de que esta confluencia permite una positiva diferenciación de la novela histórica europea que responde a contextos y necesidades socioculturales distintas.

⁶⁵ Vid. *supra*, particularmente lo relacionado con Sara Poot Herrera

Me parece que hacen falta estudios sobre la obra en general, ya que ni siquiera se ha llegado a un acuerdo acerca del tema principal de *La hija del judío* que, más que una crítica a la Inquisición o a los jesuitas, trata sobre la injusticia que vivió la clase culta y adinerada criolla en América a causa de la burocracia española y la presión inquisitorial, esto es, a causa del centralismo gubernamental. Este tema principal, así como algunos sub-temas relacionados a éste, que pocos autores han tocado, se relacionan con el pasado y el presente del autor y de la provincia yucateca. Sólo han sido observados por lectores cuidadosos puesto que se encuentran encubiertos bajo la apariencia de una historia de amor y hacen falta estudios más profundos. Reitero: *el asunto primordial que trata la novela es de carácter político, social y, como bien lo observa Sara Poot, económico. Este aspecto no debe soslayarse cuando se haga un análisis sobre esta obra.*

También habría que analizar las diferentes formas discursivas, especialmente el romanticismo, que inciden en la creación de *La hija del judío* y que particularmente determinan la personificación del Prepósito de San Javier, poco mencionado por los estudiosos (salvo por Domenella) y que en mi opinión es el personaje principal de esta historia. El romanticismo es una corriente que en ocasiones ha sido mal interpretada, a veces se le confunde con sensiblería, en otras ocasiones con exceso de pasión y oscuridad. Generalmente *se olvida que el romanticismo es una corriente de amplio espectro e incluyente: no niega nada y aboga siempre por la libertad creativa en pro del conocimiento personal —del interior en todos sus aspectos— y, por este medio, del mundo que nos rodea.* Ciñéndonos específicamente a este sentido, *La hija del judío* es una novela romántica, puesto que es una búsqueda de identidad, es un retorno al pasado para reconocer y así explicar el presente. El Prepósito de San Javier, gracias a sus conocimientos, es el medio para realizar esta búsqueda: no sólo presenta datos escritos —que serían los aceptados por

el racionalismo ilustrado—, también somete a otros personajes a experiencias sensibles, propias del romanticismo, que les permiten un conocimiento más vívido de los hechos.

El texto de Sierra O'Reilly no es una novela que tenga como intención contar verdades históricas, es una obra que utiliza el pasado como medio para interpretar y reflexionar sobre su presente; por ello, se toma la libertad de modificar el pasado y los hechos históricos, de esta manera los hace más similares a los sucesos que se presentan en el entorno político mientras escribe. En ese sentido estoy de acuerdo con Abreu Gómez, quien dice que al autor de la novela “le interesa el pasado en cuanto es medida para percibir el presente”.⁶⁶

En éste y en muchos otros sentidos *La hija del judío* es una novela romántica, sin embargo, no se debe esperar de ella realizaciones semejantes o iguales a las europeas. Si bien es cierto que las novelas hispanoamericanas adoptaron la corriente romántica, no todas lo hicieron a manera de copia del modelo original. Novelas como *La hija del judío*, tomaron los principios fundamentales de la corriente y los adaptaron a las condiciones socio-políticas y culturales de su país, de tal manera que, sin separarse totalmente de la influencia romántica, el contenido ideológico fuera comprensible y congruente con la realidad nacional.

Estoy convencida de que muchos de los que consideran a *La hija del judío* como una novela pseudo-romántica tampoco tienen una idea clara de lo que es el romanticismo—esto no significa que yo piense que la novela de Sierra es completamente romántica—, ya que en su mayoría consideran a este movimiento como pura libertad y sensibilidad estética absolutamente contraria al neoclasicismo, reducido a una corriente de frío preceptivismo. El romanticismo no niega la razón, y me parece que Sierra O' Reilly usa de

⁶⁶ *Vid. supra.*

toda su libertad para crear un texto que expresa, estética e ideológicamente, su subjetividad de la manera en que lo desea; para crear una obra con fines muy específicos.

Considero que el hecho de que la novela sea un folletín no cancela su valor literario, como lo hacen ver algunos críticos, esta forma de novelar me parece tan válida como cualquier otra y lo que cuenta es el acierto con que se trabaja y la habilidad con que el autor utiliza las estrategias lingüísticas y narrativas para transmitir la información que proviene de su subjetividad.

2. De amantes, aliados y enemigos.

Presentación de los temas que construyen la novela.

Antes de comenzar con el análisis, me parece oportuno dar un resumen de la novela ya que es poco conocida y es importante apreciar ciertos detalles antes de leer la siguiente investigación.

Resumen de la novela

La historia relata que Mérida nunca se destacó por sus buenos gobernantes durante la época colonial y muchas veces los ciudadanos de cierto poder o valía se vieron obligados a defender sus intereses y los de sus trabajadores en contra de algunos gobiernos tiránicos por medio de la institución del cabildo. Precisamente por el año de 1644 llegó a la península de Yucatán uno de sus peores gobernadores, el conde de Peñalva, quien desde el inicio de su gobierno se dedicó a cometer todo tipo de arbitrariedades que condujeron a la provincia a los extremos de la miseria y el hambre. Aunque muchos hombres ilustres protestaron contra semejantes ultrajes, la Corona no dio oídos a las quejas.

Uno de los hombres más afectados fue el portugués Felipe Álvarez de Monsreal, éste fungió como comisionado ante el virrey para interesarlo en favor de los principales yucatecos y así evitar la llegada del conde de Peñalva a la provincia. El conde se enteró de estos manejos e intentó matar a don Felipe cuando lo encontró en el puerto de Veracruz, sin embargo la puñalada no fue de muerte y ambos, en diferentes momentos, llegaron a la provincia.

Don Felipe se iba a casar con María Altagracia de Gorozica, descendiente de una de las familias más respetadas de la provincia. Desgraciadamente el conde se enamoró de ella

también y, aunque no logró impedir la boda de la pareja, ayudado por los consejos del Comisario del Santo Oficio, el Deán Gaspar Gómez y Güemes, logró hundir a don Felipe en las cárceles inquisitoriales, acusándolo de judío.

Los bienes de éste fueron incautados y María Altagracia, ya embarazada, quedó totalmente desprotegida y decidió vengarse del conde asesinándolo. Para estos momentos, los personajes principales de diversas regiones y estratos de la provincia habían formado una comunería en la que fungía como testigo y mediador el más alto prelado jesuita, quien posteriormente se convertiría en el Prepósito del Colegio de San Javier. A falta del respaldo de la Corona, la comunería realizó un juicio en contra del gobernador —en su ausencia— y decidió su destino: la muerte. Don Alonso de la Cerda, un personaje culto que había participado en diferentes cargos públicos, y don Juan de Zubiaur, uno de los comerciantes más ricos de la provincia, tenían el encargo de ejecutar la sentencia.

Al descubrir que María Altagracia tenía las mismas intenciones que ellos, decidieron apoyarla y juraron protegerla, a ella y al hijo que esperaba, por el resto de sus vidas. La ejecución se llevó a cabo, María Altagracia murió después del parto, pero su hija María alcanzó a nacer y quedó bajo la protección de don Alonso quien fue nombrado Justicia Mayor en espera de la llegada del nuevo gobernador.

La repartición de los bienes de don Felipe no se llevó a cabo puesto que el padre jesuita se opuso a que el Deán se apropiara de éstos bienes y exigía una parte considerable de las ganancias. Ante la negativa del Deán para la repartición, ésta quedó en suspenso. Dieciséis años después de estos hechos, la Corona exigía esos bienes y además los de María Altagracia, sin embargo, existía un impedimento para esa apropiación y era que la hija de ésta vivía y en cualquier momento podría exigir sus derechos o alguno de sus descendientes.

Entonces el Deán decidió recluirla en un convento y obligarla a profesar. Sin embargo, la joven María estaba enamorada de don Luis, el hijo de Juan de Zubiaur, y no deseaba en absoluto profesar los votos que se le exigían. Don Luis, por su parte, también profesaba amor a María, era estudiante en el Colegio de San Javier y por ello se encontraba alejado de su padre, quien residía en Campeche, confiado en el cuidado que pondría el Preósito de San Javier en su primogénito.

El Preósito, por su parte, a sabiendas del interés que el Deán tenía sobre los bienes de María, decidió que si ese dinero no se destinaba completamente a la Compañía, abogaría por la hija de don Felipe para que se le restituyeran todos sus bienes. Ante la negativa del Deán por la primera opción, se desató una lucha encarnizada entre ambos prelados por obtener la victoria.

María fue encerrada en el convento, pero el Preósito se encargó de retrasar la ceremonia en que María debía hacer los votos. Por otro lado, conociendo el amor que sentían los jóvenes, envió a Luis a la Ciudad de México. Allí, el padre Noriega, subalterno y hombre de confianza del Preósito, se encargó de revelarles los secretos del pasado, así como el peligro que corría su padre en el presente, pues había en la provincia un comisionado regio que trabajaba en secreto para investigar los sucesos relacionados con Peñalva.

Luis, convencido de la verdad de lo narrado y lleno de amor hacia María, decidió ingresar a la Pía Unión, una sociedad secreta de ciudadanos que se comprometían en cuerpo y alma a trabajar el resto de sus vidas por el bienestar de la Compañía de Jesús. Por ello regresa a Mérida sin el conocimiento de su padre, Juan de Zubiaur —quien también pertenecía a la Pía Unión— que fue obligado a conducir a su hijo en el rito de iniciación, y posteriormente fue presionado para que aceptara la posterior unión de Luis con María, a

quien no consideraba como su igual dadas las calumnias que habían manchado el nombre de la familia de María.

Mientras esto sucedía, el Preósito se encargó de descubrir todos los secretos que aún le quedaban por conocer. Obtuvo documentos que incriminaban al Deán por conspirar en contra de Felipe Álvarez; supo quién era el comisionado regio, aprovechó la predisposición que tenía éste contra el Deán y se encargó de inclinarlo en favor de la causa jesuita; descubrió dónde estaban escondidos los tesoros que el conde de Peñalva había acumulado durante su gobierno, de los que nunca se había conocido su paradero y por los que la familia de Peñalva había presionado tanto hasta que la Corona decidió enviar al comisionado regio.

La comunería, por su parte, se vio en peligro ante la presencia del enviado regio y lo mandaron envenenar. El comisionado, antes de morir, nombró al Preósito como su sucesor con poderes amplios. Éste reunió a los asesinos y les hizo firmar un acta en la que se confesaban culpables del asesinato de Peñalva y del comisionado regio. Los integrantes firmaron puesto que estaban ante el nuevo comisionado regio y éste les prometía inmunidad a cambio de la disolución de la comunería que a partir de ese momento se comprometía a no volver a cometer otro acto ilícito de semejante envergadura.

Después de acabar con la comunería, el Preósito hizo prisionero al Deán; le mostró todas las evidencias que lo incriminaban, particularmente una carta, en donde firmaban éste y el conde de Peñalva, que consistía en un convenio de conspiración en contra de Felipe Álvarez de Monsreal, con la finalidad de repartir entre ellos los bienes obtenidos después de que Felipe fuera encerrado en las cárceles del Santo Oficio. El Preósito negoció con el Deán la firma de varios documentos a cambio de entregarle la carta incriminatoria, uno de

ellos, el más importante, era el que ordenaba la liberación de María. Finalmente y para hacer más patente su triunfo, le hizo officiar la boda de los jóvenes.

Juan de Zubiaur fue presionado a aceptar la boda de su hijo con María. No sirvieron las amenazas de hacer públicos sus manejos en contra de Peñalva, ni tampoco las advertencias que recibía para cumplir su obligación de obediencia como miembro de la Pía Unión. Sólo aceptó el enlace cuando su cuñada, que se había recluido varios años atrás en el convento y había protegido a María durante su estancia en éste, le confesó que ella y la madre de Luis sí eran de ascendencia semita —a diferencia de María que simplemente era víctima de calumnias.

Luis y María finalmente se casaron y fueron conducidos por el padre Noriega a tierras extranjeras. Vivieron un tiempo en Brasil y luego en Portugal. Felipe Álvarez quedó libre después de un tiempo y se reencontró con su familia. Muchos de los bienes de la familia quedaron a cargo de la administración jesuita, quienes fueron ampliamente gratificados.

Temas que construyen la novela

Hasta ahora he afirmado que el tema principal de la novela es de carácter político y social, y que la trama de amor es el pretexto para que el autor, por medio del narrador, exprese sus ideas sobre la situación política y económica en México, tanto de la época colonial, como del momento en que escribe. El objetivo de este capítulo es definir, a partir de las evidencias que proporciona el texto, los temas que confluyen en la novela.

Para empezar cabe decir que los acontecimientos que narra esta historia se desenvuelven en dos diferentes ámbitos, el público y el privado, que interactúan constantemente. Al hablar del ámbito público me refiero a las acciones y situaciones en las

que se desenvuelven los personajes con una finalidad que va más allá de las necesidades personales de satisfacción emocional u obtención de riquezas materiales, esto es, aquellas en que el objetivo está directamente relacionado con el beneficio o malestar de la sociedad o de una institución en particular. Con el término privado me refiero a las acciones o situaciones que realizan los personajes para obtener un beneficio o una satisfacción personal como la acumulación de riquezas y la realización de las aspiraciones amorosas.

En esta novela se relatan varios hechos que pertenecen al ámbito público. Uno de ellos se refiere a las injusticias que cometió el conde de Peñalva contra toda la sociedad yucateca y que da los antecedentes para explicar la situación en que se encuentran los personajes en el presente de la historia. El segundo se desarrolla en ese presente, y es la pugna entre dos instituciones, la Compañía de Jesús, que trabaja a favor de la educación de la población yucateca, y la Inquisición, cuyos objetivos están encaminados exclusivamente a la obtención de riquezas, y que no reparan en los daños y las injusticias que comenten contra la sociedad y los individuos con tal de facilitarse este fin. Hay una tercera instancia pública, la gubernativa, representada por la Corona española, este poder está disminuido en la novela ya que no es capaz de poner freno a las injusticias que comete la Inquisición, ni atiende a las peticiones de la sociedad civil representada por los Cabildos y que en ocasiones extremas, como durante el nefasto gobierno de Peñalva, se ha visto obligada a formar comunerías para ejercer la justicia por propia mano.

En esta historia, el objetivo que guía las acciones de la Compañía de Jesús es la educación y la obtención de fondos para lograr tal fin. Hubo un momento en que intentaron llegar a acuerdos con los representantes de la Inquisición para obtener ganancias que les permitieran continuar con su tarea sin importar que la obtención de ese dinero fuera ilícita y que el resto del dinero tuviera como propósito llenar los bolsillos de los inquisidores. Los

esfuerzos resultaron infructuosos y, en el presente de la historia, el Prepósito de San Javier busca intervenir para que las ganancias de la Compañía, que tienen fines útiles para la sociedad, sean mayores.

La historia comienza con la narración de la situación de María, una joven que desconoce su pasado y a sus padres; que es acosada por la codicia del Santo Oficio, representado por el Deán. Cuando el padre, Felipe Álvarez de Monsreal, recién fue encarcelado, el jesuita y el Deán trataron de pactar las ganancias que le corresponderían a cada institución, privó el desacuerdo y el asunto quedó congelado durante un tiempo. Una carta de Madrid dirigida al Obispo de Mérida exige que se incauten de una vez por todas esos bienes y que se encierre a la hija del judío en un convento. Para allanar las dificultades, el Deán decide aceptar las condiciones que años atrás le imponía el Prepósito para llegar a un acuerdo, pero el Prepósito ha cambiado de opinión y quiere todas las ganancias para su Compañía y las piensa obtener por otros medios: impidiendo que el Deán pueda llegar a sus objetivos hasta que ceda a sus exigencias, o ayudando a que María quede libre y que su agradecimiento le reporte los beneficios económicos que desea, por eso dice el jesuita:

Esos hombres se han obstinado en su intención de aprovecharse exclusivamente de unos bienes que, si no ha de devolverse a su legítimo dueño, deben destinarse a objetos sagrados y de publica utilidad, y no al provecho de algunos...
¡Vamos! No quiero darles el nombre que se merecen. Yo propuse que guardasen para sí el dinero y las alhajas preciosas, que bien monta una suma respetable, entregando a la Compañía los bienes restantes para aplicarlos a la educación de la provincia, que tan atrasada en ilustración se encuentra. ¡Lo han rehusado! Pues bien: o todo ha de ser de la Compañía, o todo, sin bajar un maravedí, ha de volver a las manos de su legítimo dueño. He aquí mi formal

declaración de guerra que estoy dispuesto a sostener. (1, VII, p. 68)⁶⁷

En la pelea que entabla el jesuita contra el representante de la Inquisición no enarbola como bandera la justicia en primera instancia, sino intereses sociales, en este caso educativos, representados por la Compañía de Jesús y que están por encima de los deseos personales del padre Prepósito. Así lo expresa claramente en un diálogo que sostiene con el padre Noriega:

Diréle solamente, que hay una persona interesada en la suerte de María, que no puede serme indiferente por los vínculos que a mí la ligan. Sólo una cosa prefiero a los intereses de esa persona: los intereses de la Sagrada Compañía, que son para mí superiores a toda consideración. (1, VII, p.74)

Como vemos en esta cita, tampoco los afectos o intereses personales van a influir en las acciones del Prepósito más que de modo secundario, este personaje asume los intereses de la Compañía como propios y actúa en su beneficio pasando por alto cualquier consideración de tipo emocional o moral. Con esto no quiero decir que el personaje del Prepósito busque pasar por encima de la justicia pues él no inició la intriga contra María. De hecho cuando el conde de Peñalva gobernaba, el Prepósito estuvo en contra de las injusticias que cometía e incluso fue testigo directo de las acciones de la comunería para contrarrestar las arbitrariedades del conde y reprimió a la comunería cuando intentaron aseinar, para salvar su reputación, a quienes intentaban descubrir los misterios del asesinato de Peñalva: en esa misma época Juan de Hínestrosa y en el presente de la historia, el dominico encargado de encontrar a los culpables. El jesuita no aprueba las venganzas

⁶⁷ Las referencias de citas textuales o pasajes procedentes de la novela *La hija del judío* las registraré siempre dentro del texto, tal y como aparece en este caso, en el que se indica, entre paréntesis, primero, en números arábigos, la parte (1ª, 2ª, 3ª, 4ª o 5ª del texto); luego, en números romanos, el capítulo, y finalmente la página donde aparecen. Las referencias de cualquier otro libro serán consignadas siempre, de manera sintética, a pie de página (la referencia completa se localiza en la bibliografía).

privadas ni los despojos arbitrarios; sin embargo, si esos despojos se realizan, procura que los beneficios monetarios se canalicen hacia la educación.

Es oportuno mencionar que tanto el Deán como el Prepósito están conscientes que la acusación de judío que pesa sobre don Felipe es totalmente injusta y no tiene fundamentos, y la consiguiente incautación también es moralmente reprobable: la acusación surgió en la época del conde de Peñalva, quien, celoso, deseaba a la mujer de don Felipe y, asesorado por el Deán, redactó una denuncia anónima que sumió en la cárcel a Felipe quien, de esta manera, dejó el campo abierto al conde para seducir a la dama que, en vez de acceder a sus deseos, lo asesinó. Así, lo que está en pugna no es sólo la obtención de justicia, sino la manera en que los bienes incautados deben ser administrados.

Y aquí vuelvo al asunto que motivó la redacción de este capítulo: definir lo que considero como trama política y social. En la pugna que se establece entre el Prepósito y el Deán hay intereses económicos de por medio; hay un poder arbitrario que decide sobre los destinos de los individuos a voluntad y otro que trata de no sobrepasar los límites de la justicia y cuyo interés primordial está en propiciar la educación en la provincia. La lucha de estos poderes y la victoria final va a determinar cuáles son las prioridades que deben guiar al gobierno de la sociedad y en este caso serán la educación y la justicia. Si bien es cierto que las instituciones que se oponen son ambas religiosas, la pugna no es en sí de carácter religioso puesto que no hay discusiones teológicas de por medio, la verdadera oposición está entre una institución que explota a los individuos para obtener beneficios monetarios y otra que trata de ser justa —protege a las víctimas y castiga a aquellos que actuaron injusta o ilegalmente—, de promover el sacrificio individual en pro de la comunidad y de encauzar el dinero que tiene en sus manos para fines de bienestar social, en este caso educativos.

Por otro lado se encuentra la historia de amor, ésta pertenece al ámbito privado en que dos enamorados, María Álvarez y Luis de Zubiaur, luchan por estar juntos en un mundo que les presenta dificultades para realizar esa aspiración. Las acciones de estos dos personajes estarán condicionadas por el amor que sienten el uno por el otro y el logro de ese objetivo sólo los beneficiará a ellos. Sin embargo, el ámbito privado nunca está totalmente desligado del público, de tal manera que *la reunión final de los amantes dependerá de la manera en que se desarrolle y concluya el conflicto público*. María será víctima de las maquinaciones de la Inquisición pues se encuentra desprotegida. Luis, por su juventud, es incapaz de hacer nada por ella. Necesitarán de alguien poderoso que contrarreste la influencia del poder que acosa a María, el Prepósito tomará este papel en la medida en que es medio para vencer al Deán en una lucha política que se ha establecido entre ellos desde la época en que fue encerrado el padre de María.

La trama de amor está estructurada a partir de todas las acciones que realizan los personajes a favor o en contra de la reunión de los amantes. Aquí se podría pensar entonces que el tema principal es éste, puesto que al final vence el amor. Sin embargo, me parece que la trama va mucho más allá de eso ya que el móvil del amor sólo determina las acciones de los dos interesados, el resto de los personajes actúan por otro tipo de motivaciones y su influencia en la historia amorosa es de carácter tangencial. El Prepósito interviene motivado por los intereses de la Compañía y lucha por la reunión de los amantes en la medida en que esto no perjudique a la institución que representa y le ayude en su guerra contra el Deán y la Inquisición. Sor Carlota, tía de Luis, apoya emocionalmente a María en su encierro y proporciona las pruebas de su propia impureza de sangre para que don Juan de Zubiaur deponga su resistencia al enlace de los amantes. Juan de Zubiaur manifiesta su rechazo al enlace, pero el Prepósito le tiene las manos atadas y no puede

hacer ninguna oposición activa. Noriega sabe del amor de don Luis pero sus actos se apegan siempre a las órdenes del Preósito.

El resto de los personajes —José Campero, Juan de Herrada, Juan de Hiestrosa, Tadeo Quiñones, Juan Perdomo, el padre Dominicó, el Obispo de Mérida— *ni siquiera tienen idea de que exista una intriga amorosa en el desarrollo de los acontecimientos.* El Deán actúa contra María pero no porque le interesen sus sentimientos, sino porque quiere despojarla y el único medio es encerrándola en el convento. Incluso el mismo don Alonso desconoce la intriga amorosa hasta muy avanzada la novela, de hecho no se sabe exactamente en qué momento se entera de ella y nunca pronuncia su opinión a este respecto. En la segunda parte de la novela se narran acontecimientos del pasado en que ni siquiera habían nacido los amantes y, aunque explican los impedimentos para consumar la relación amorosa, el objetivo de los jesuitas al revelarle a don Luis esta información consiste en que, motivado por su pasión por María, se involucre en la vida pública de su provincia.

En toda la novela, los momentos en los que se hace referencia al amor que se tienen don Luis y María son escasos —cabe mencionar que hay muy pocos arranques sentimentales— y generalmente salen a relucir cuando uno de ellos está pensando en el otro y se preocupa por los impedimentos que pueda tener la relación. Luis no es el héroe que, después de superar innumerables peligros, rescata a su doncella; es un personaje que se somete a la voluntad de otro para que lo ayude, y María es un personaje que ama pero que se arredra ante cualquier peligro y que, igualmente, se somete a la voluntad de los otros. Hay una historia de amor de por medio pero no hay amantes activos o con una gran presencia que haga pensar que el asunto amoroso predomina por encima del resto de los acontecimientos narrados.

En la configuración de esta historia participan dos tipos de asuntos, públicos y privados, que interactuarán y se influirán mutuamente durante todo el desarrollo. Por los motivos ya expuestos y por los que manifestaré en el resto de la tesis, sostengo que los hechos políticos, económicos y sociales que se narran tienen preeminencia en el texto y por ello constituyen la trama principal

3. Titiriteros y marionetas.

Presentación del narrador y los personajes

A diferencia de lo que opina gran parte de los estudiosos hasta ahora mencionados, considero que el tema principal a partir del cual se construye la novela no es una historia de amor. El asunto predominante es de carácter político y hay ciertas evidencias que permiten decirlo.

La primera se encuentra en el tipo de acontecimientos que constituyen el corpus de la obra: predomina la narración sobre diferentes conflictos políticos y sociales, como lo sugiere el mismo título de la novela: *La hija del judío* y no *María*, nombre de la supuesta protagonista. La elección del título alude claramente a que la individualidad de este personaje no tendrá mucha importancia en la historia, lo relevante será el epíteto con que la califican y que constituirá el punto de conflicto de toda la novela: el supuesto judaísmo de María será el pretexto para hablar de muchos otros temas que se desarrollarán a lo largo del texto a partir de una lucha de poderes.

En la historia predominan los problemas relacionados con la tiranía y la oposición a ésta, al grado de que la Segunda Parte se dedica por completo a la exposición de las problemáticas que caracterizaron el pasado de Yucatán, directamente relacionadas con las injusticias ocurridas en dicha provincia en el presente del mundo narrado,⁶⁸ así como con los intentos por remediar esos males. En contraste, no hay un sólo apartado que se refiera exclusivamente a la relación de los amantes: los capítulos III y IV de la Primera Parte son los más abocados al tema, y aun éstos se encuentran mezclados con otros asuntos de

⁶⁸ *Vid. infra.*

carácter histórico, político y social.⁶⁹ Cabe mencionar también la perenne presencia del Prepósito de San Javier, un personaje poderoso, con supremo control sobre las vidas y actos de quienes lo rodean, ya sea en persona o representado por su socio, durante toda la novela.

El orden de presentación de los personajes en los primeros cinco capítulos refleja quiénes serán los más relevantes en la historia:⁷⁰ en el primer capítulo, aparece la aparente heroína de esta historia y los personajes que la rodean en el tiempo presente del mundo narrado; el segundo capítulo no trata, como se esperaría en una historia sentimental, del amante de María, sino de un jesuita que se muestra a sí mismo como rebelde a las órdenes de las autoridades, principalmente inquisitoriales, que en este caso serán representadas por la figura del Deán;⁷¹ en los capítulos III y IV, dedicados a Luis de Zubiaur sabemos que hay una relación amorosa de por medio; finalmente, el capítulo V nos revela la causa del conflicto y relaciona a todos los personajes bajo el mismo rubro: el Deán desea incautar la herencia de María, lo cual la hará objeto de numerosas injusticias, y cómo esto afecta a buena parte de los personajes, para bien o para mal. Cabe señalar aquí que el orden de aparición de los personajes resulta muy revelador para saber qué tema tendrá mayor peso en esta historia: antes de conocer el conflicto amoroso, nos hemos enterado de las intrigas políticas que existen entre el Deán y el Prepósito de San Javier.

⁶⁹ En estos capítulos, además de narrarse quiénes son los jóvenes y cómo se conocieron, se revela, en contraste con la extraña orfandad de María, quién es el padre de Luis, las influencias políticas que éste tiene y el dominio que ejerce el Prepósito de San Javier sobre él; también se narran hechos históricos como la muerte de Felipe IV, y se ejemplifican las costumbres de la sociedad de aquellos tiempos por medio de la discriminación que sufría María a causa de su orfandad y la mancha que —ella ya sospecha— debieron llevar sus padres.

⁷⁰ Elijo estos capítulos porque es evidente que su función —el título de cada uno de ellos lo dice de alguna manera— radica en la presentación de los actores de la historia y las relaciones que se van a establecer entre ellos. La caracterización de cada protagonista en estos cinco es completa en la medida en que establecen las relaciones que predominarán durante todo el texto. Respecto a los personajes que son caracterizados en otros momentos, es evidente que no van a jugar un papel tan preponderante.

⁷¹ Esta aseveración se sustenta a partir del considerable espacio dedicado a que el lector sepa que el jesuita y su socio trabajan en la elaboración de una imprenta clandestina y en la clara postura de oposición que muestra el jesuita ante el Deán.

Todo esto enmarcado por un narrador omnisciente que, situado en el siglo XIX, ya en un México independiente, critica de manera abierta y constante la vida política de la Nueva España, así como todos los males que perduraron o se agravaron hacia la época en que se sitúa la enunciación.⁷²

Ciertamente la historia de amor desempeña un papel importante en el desarrollo de los acontecimientos, pero este tema se encontrará siempre subordinado al de la política. El enamorado Luis de Zubiaur podría eliminarse de la novela y, haciendo algunas modificaciones, nadie notaría el cambio; pero si se quisiera borrar al Preósito, al Deán y las intrigas que surgen entre ellos, la novela dejaría de existir, o al menos perdería más de la mitad de sus páginas, así como a sus mejores personajes, y los elementos que le dan calidad y la hacen original desaparecerían.

Durante el resto de esta investigación, me esforzaré por ampliar la argumentación que valide mi afirmación sobre el tema de la novela. En este capítulo, me interesa hacer algunos señalamientos sobre el papel que desempeña el narrador dentro del texto así como sobre el aspecto de la caracterización de los personajes de esta historia.⁷³ Tales aspectos se definen en los cinco primeros capítulos de la novela. Este análisis ayudará a dilucidar cómo se estructura la novela, con qué parámetros y, en consecuencia, cuál es el tema principal.

El titiritero

Antes de empezar esta parte del análisis, cabe aclarar que concibo al narrador como una entelequia que tiene a su cargo el acto de narrar, que “es un ‘contrato de inteligibilidad’ que

⁷² Luego veremos que cuando delega la responsabilidad de la narración en el padre Noriega, también hace que éste participe de esa postura crítica y rebelde que a cualquier lector avezado le llegará a parecer anacrónica.

⁷³ La caracterización de los personajes y del narrador que haré a lo largo de este capítulo de mi investigación estará basada en el método que propone Luz Aurora PIMENTEL, *El relato en perspectiva*, capítulos 2, 3, 4 y 5.

se pacta con el lector, con el objeto de entablar una relación de aceptación, cuestionamiento o abierto rechazo entre su mundo y el que le propone el relato.”⁷⁴ Recordemos, respecto al mundo narrado, que:

Un relato [...] es la construcción de un mundo y, específicamente, un mundo de acción humana. En tanto que acción humana, el relato nos presenta, necesariamente, una dimensión temporal y de significación que le es inherente. Por ello, hemos de considerar este mundo de acción no simplemente como “hacer” exterior y/o aislado [...], sino como parte de un entramado significativo de acción que incluye procesos interiores [...]

El mundo narrado se inscribe sobre coordenadas espaciotemporales concretas que son el marco necesario a esa acción humana.⁷⁵

En una narración puede haber uno o varios narradores, a veces la voz narrativa se confunde con la del autor, en otras ocasiones son los propios personajes los que narran. Las perspectivas y los puntos focales van a variar según esté estructurado el relato.⁷⁶ A su vez, el narrador que aborda un tema histórico puede entenderse como aquel que

realiza el proceso de selección y síntesis de información, configurando con eso la totalidad ético-estática concreta, es aquella instancia generadora de sentido gracias a la reflexión consciente de las particularidades de su objeto: la Historia. Es quien manifiesta en su discurso la conciencia del devenir histórico mediante los comentarios autorales que extrapolan imágenes y representaciones del momento del enunciado al de la enunciación, creando así la continuidad necesaria [...] entre periodos históricos diferentes, como parte de un proceso significativo único.⁷⁷

En el caso de la novela de Justo Sierra O'Reilly, el perfil del narrador embona con el del autor, es casi un *alter ego* suyo.⁷⁸ Esto se deduce por las características que comparten: el narrador se presenta en esta historia como una voz que, desde el presente que

⁷⁴ *Ibid.*, p. 62.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 17.

⁷⁶ *Ibid.*, pp. 95-114.

⁷⁷ Gerardo Francisco BOBADILLA ENCINAS, *op. cit.*, p. 62.

⁷⁸ Cfr. Luz Aurora PIMENTEL, *op. cit.*, p.174.

comparte con sus lectores (1848-1849), narra hechos del pasado ocurridos en Mérida durante el siglo XVII; así como el autor, es de sexo masculino y muestra un alto grado de instrucción; es culto, ha leído a los grandes autores de las novelas de folletín, conoce buena parte de la historia de Yucatán y tiene acceso a sus archivos, lo que también indica que es un adulto pudiente ya que pocos jóvenes pueden acceder a ese acervo cultural tan amplio (que abarca música, Historia y literatura, por lo menos) ya que el trabajo de investigación requiere mucho tiempo.

Autor y narrador comparten la misma conciencia expresada a partir del discurso gnómico⁷⁹ y por ello las opiniones del narrador serán asimilables a las del autor. Todo lo anterior, así como el hecho de que es un narrador heterodieético,⁸⁰ permite deducir que el narrador es equiparable a un autor ficticio, esta estrategia permite el efecto estético de proximidad entre el narrador y el público.

Al posesionarse de los personajes, como cuando dice “mi María” (1, I, p.7), enfatiza en el discurso de ficción, prefabricado por un narrador ficcional, que a su vez representa la voz que dialoga con el lector en el nivel de la realidad. De esta manera, el narrador establece tres niveles de realidad que le dan complejidad al relato y que al mismo tiempo hacen hincapié en la distinción realidad / ficción. Por una parte está el mundo narrado, la diégesis, en el que se mueven los personajes y que es totalmente ficticio; luego está el lector —el ideal es un yucateco de la época—, un ser real que se enfrenta a un relato ficticio; por su parte, el narrador —*alter ego* del autor— funciona como puente de comunicación entre el lector y la historia: es ficticio porque sólo existe en el texto, pero al mismo tiempo se

⁷⁹ Entiendo el discurso gnómico como “un discurso por medio del cual el narrador emite juicios y/o expresa sus opiniones sobre el mundo, la vida o los eventos que narra.” (*Ibid.*, p. 142).

⁸⁰ Según Luz Aurora PIMENTEL (*Ibid.* p. 141), “el narrador heterodieético se define por su *no participación*, por su “ausencia” [en el mundo narrado]. A diferencia del homodieético, el narrador heterodieético sólo tendría un función vocal.”

distancia de sus personajes al posesionarse de ellos, además de que comparte con el lector una realidad —la de Yucatán de 1848 y 1849—, un espacio, un tiempo y una memoria.

Respecto al acervo cultural del narrador, cabe mencionar que éste se presenta como un narrador-investigador, que nos va a presentar hechos documentados. En el primer capítulo de este trabajo señalé que algunos críticos hicieron manifiesto el hecho de que el narrador, a pesar de que afirma la veracidad de los hechos que narra, no todos son ciertos y no menciona sus fuentes documentales para que el lector compruebe la veracidad de sus aseveraciones. Mientras algunos críticos se extrañan por esta actitud, otros han sabido observar que tiene fines particulares relacionados con la transmisión de un mensaje nacionalista.⁸¹ Este narrador se presenta como un investigador ya que ese estatus lo hace confiable ante los ojos del lector y de esta manera su verdad de los hechos resulta convincente.

Trata a los receptores de su historia de una manera familiar y asume que hay un conocimiento compartido que permite el entendimiento y que su imaginación coincida con lo que él desea transmitir: “Aquellos *mis* lectores que, como yo, conozcan detalladamente la ciudad de Mérida, recordarán [...] cierta casa [...]. *Acompáñenme* hasta el ángulo noreste de la Plaza Mayor, *avancen* una, dos cuadras hacia el norte y deténganse al terminar esta dirección” (1, I, p.1 [las cursivas son mías]).

Transita por el espacio y el tiempo a voluntad y asume que el lector, en su imaginación, lo acompañará voluntariamente y se dejará llevar. Así, en las primeras líneas de la novela el narrador ya ha establecido un pacto de inteligibilidad con el lector y ha puesto de manifiesto las reglas que guiarán su relato.

⁸¹ *Vid. supra*, opiniones de BOBADILLA ENCINAS y SOLARES LAVARRE, cap. 1.

Conforme avancen los primeros cinco capítulos veremos que la narración se caracteriza por la focalización cero,⁸² propia del narrador omnisciente, en la que el narrador, además de moverse a voluntad en el espacio y el tiempo, presencia los diálogos de los personajes y penetra en sus pensamientos a voluntad, los hace patentes al lector, ya sea por medio de la transcripción del discurso directo o de la transposición del discurso figural. Este narrador es testigo de todas las conversaciones, pero se reserva el derecho de elegir la información que proporcionará al lector, de ahí que haya momentos en que recurra a ciertos trucos con fines estéticos que consisten en fingir que desconoce la temática de algunas pláticas que se entablan entre los personajes. Por ejemplo, cuando el narrador afirma: “No sé a derechas cuál sería el tópico de la conversación que pasaba entre los cónyuges”, eso no implica que no sea un narrador omnisciente, frases como ésta son empleados por el narrador con la finalidad de crear suspenso; de hecho, en la misma escena, después de aparentar que no escucha la conversación, es capaz de referirnos todo lo que ocurre en la casa de los personajes: “interrumpían don Alonso y doña Gertrudis su conversación y guardaban el más profundo silencio, hasta que pasaba el peligro de ser en ella sorprendidos” (1, I, p. 4), y no sólo eso, unos capítulos después, se introduce hasta la misma habitación de estos personajes y nos revela *toda* su conversación: “De esto, pues, se ocupaban los dos esposos en el momento que hemos escogido para entrar silenciosamente en el dormitorio conyugal, sin captar la venia de sus castísimos dueños.” (1, V, p. 42).

Es un narrador perfectamente identificable a partir de sus enunciaciones, realizadas unas veces en primera persona: “[...] en este particular sólo expreso simplemente mis

⁸² Con este término me refiero a la libertad amplia del desplazamiento del narrador entre diferentes lugares y personajes (mentes figurales), ahondando en la conciencia de estos últimos hasta donde considere pertinente: “la perspectiva del narrador es autónoma y claramente identificable tanto por los juicios que emite en su propia voz como por la libertad que tiene para dar información narrativa que *él* considere pertinente, en el momento que *él* juzgue adecuado”. Luz Aurora PIMENTEL, *op. cit.*, p. 98.

impresiones, sin afán de violentar la creencia o las preocupaciones de los demás” (1, II, p. 12); de hecho, es tan consciente de su papel, que manifiesta la posesión sobre los personajes que está creando: “Mi María no era, pues, una belleza extraordinaria” (1, I, p. 7); también hace patente su presencia por medio de la segunda persona del plural, con la que involucra al lector en la narración y lo transporta a diferentes lugares y situaciones:

A mal podría llevarse que, después de conducir al lector en hora tan avanzada de la noche hasta el aposento de María para leer la historia sentimental de su corazón, saliésemos *hospite insalutato*, de la casa de don Alonso sin detenernos un momento a decir algo de lo que ocurría en el dormitorio de los dos cónyuges en aquella hora silenciosa [...] (1, V, p. 38)

Respecto al tiempo, desde el capítulo III ya el narrador se da la licencia de remitirnos 16 años antes del presente del mundo narrado para contarnos los antecedentes de María y resumir en unas cuantas líneas la forma en que creció; luego nos traslada unos meses antes —ya en el año 1660—, durante los que se conocieron los amantes y el Deán hizo su primera aparición en casa de los protectores de la joven. Además este narrador enuncia desde su propio presente, muy distinto al de los hechos que narra, y da por hecho que lo comparte con el lector, al que sirve como puente para conocer ese pasado:

[...] la servidumbre se ocupaba con afán en los preparativos de la cena, de esa cena agradable y succulenta que las costumbres modernas, haciendo una ruin y sórdida innovación, contra la cual protestan todavía los buenos gastrónomos, han abolido ya, como abolieron también la vieja costumbre patriarcal de comer a las doce del día, tomar un segundo chocolate a las tres de la tarde y merendar a la puesta de sol. Y entonces ¡Oh tiempos venturosos y de grata recordación!, no se presentaba ningún caso de apoplejía, pues las gentes, cuando mucho, se morían de un ‘golpe de aire’ o de un ataque de privación (1, I, pp. 3-4)

Según lo ha explicado Paul Ricoeur,⁸³ cualquier autor escribe un texto con determinadas intenciones, pero en cuanto el texto se separa de su autor, adquiere una independencia semántica que a su vez será modificada por un lector que actualizará las referencias potenciales no ostensibles de acuerdo a su situación personal. El narrador de *La hija del judío* tiene una tarea muy clara que consiste en intentar solucionar este problema de referencialidad.⁸⁴ Esta novela fue publicada como folletín en Yucatán —y no de otra manera mientras vivió el autor—, lo cual indica que, en primera instancia, estaba destinada a lectores que compartían con el autor ciertos conocimientos espacio-temporales y eso permitía una actualización aproximada a las intenciones originales del autor, sin embargo, eso no pareció suficiente al creador de esta obra y por ello ideó un narrador que constantemente hiciera hincapié en el presente que comparten el narrador y el lector del periódico *El fénix* —a partir de un tiempo y espacio ficcionales distintos al del presente del mundo narrado (un futuro lejano)—. Por medio de esta estrategia, el narrador conduce de manera premeditada la actualización del relato por parte del lector, quien además, relacionará las referencias de la historia con su propia experiencia, que es casi inmediatamente posterior a la producción de la novela.

En este mismo sentido de involucrar al lector en el relato, el narrador no sólo lo hace en un aspecto temporal, sino también espacial, basta señalar cómo ha llevado al lector a la casa de don Alonso, a la habitación del Preósito, a la iglesia donde se vieron los amantes por primera vez, y por supuesto, a las calles de Mérida.

⁸³ Paul RICOEUR, *Teoría de la interpretación*, pp. 83-100.

⁸⁴ Este problema, según Paul RICOEUR (*Ibid.*, p. 92), consiste en que “la función referencial de los textos escritos es afectada profundamente por la falta de una situación común, tanto para el escritor como para el lector”.

Este narrador, además de escuchar a voluntad los diálogos entre los personajes, tiene también la facultad de introducirse en la mente de cada uno de ellos, y así transcribe sus monólogos internos: “—Entonces —pensó María— ni soy la hija de Don Alonso, ni tengo título alguno para exigir el aprecio y consideración de los demás.” (1, III, p. 24) o nos relata sus sueños.⁸⁵ Cuenta los pensamientos y sentimientos de cada uno a partir de transposiciones:

Casi estuvo el Deán por dar al traste con la conferencia, mandar a paseo al jesuita y salir bruscamente del aposento; pero retuvo la reflexión de que la influencia y participación del Preósito eran necesarísimas e imprescindibles para arreglar el grave negocio que le ocupaba. (1, II, p.18)

Además es un narrador claramente identificable y diferenciado, tanto por el presente en que narra como por las intervenciones constantes que hace, expresando su punto de vista en cualquier oportunidad que se le presente; así, después de relatar el sueño de María expresa su nostalgia del pasado que se llega a identificar con el sueño, motivo que ha tomado del romanticismo y que le sirve para ornamentar y enriquecer su relato: “¡dorados sueños de juventud! ¡Cuán rápidamente pasáis, sin dejar la más ligera huella en el corazón! ¡Cuán pronto os desvanecéis al duro y frío aspecto de la imponente realidad!” (1, IV, p. 26); también nos hace patente su asombro y cierto rechazo de la modernidad:

[...] si hoy conocemos el mármol, el alabastro, la loza de China, el cristal de roca, las alfombras y, por último, todo ese *assortiment* de muebles que nos envía la industria francesa y hemos alcanzado en estos tiempos gloriosos de inmortal memoria, ni fue culpa de nuestro mayores ignorarlo, ni yo sé, hablando en plata, si habremos ganado mucho, poco o nada con semejante refinamiento. (1, I, p. 3)

⁸⁵ *Vid. infra.*

En cada descripción que lleva a cabo encontramos sus juicios perfectamente diferenciados; de manera que, cuando se detiene a enumerar los componentes del vestuario de María, no faltan los juicios de valor que nos remitan directamente a la perspectiva del narrador: “Su vestido mal podría llamarse elegante en este siglo en que el refinamiento se ha llevado hasta la transparencia [...] no había ese estrechísimo calzado que comprime y reduce el pulido pie [...] hasta una pequeñez casi fabulosa, y a veces ridícula” (1, I, pp.7-8).

Otro ejemplo lo tenemos cuando, antes de presentar al Preósito, el narrador, por segunda vez en la historia, insiste en reforzar el pacto de confianza que ha establecido anteriormente con el lector a partir de la insistencia en la objetividad de su narración: “no es extraño que, a pesar de mi afán y mis largas vigias en la investigación de *viejos y apolillados papeles*, me encuentre sin datos suficientes para aventurar una descripción.” (1, II, pp. 10-11 [la cursiva es mía]) De esta manera, no describirá el colegio de San Javier porque no tiene datos suficientes para hacerlo —con lo que provocará en el lector la deducción de que no va a mentir y que su historia, además de verosímil, será también veraz. Asimismo asume que su postura hacia los jesuitas, personajes muy controvertidos a lo largo de la historia, podría causar polémicas pero señala que sus impresiones se basan en hechos positivos y fehacientes que acontecieron particularmente en la provincia de Yucatán y que son independientes de lo que estos jesuitas hicieron, las pasiones que provocaron o de lo que se dijo en otros lugares respecto a ellos:

[...] que nadie vaya a figurarse que voy a hablar de los padres jesuitas con la animosidad y encono que emplean algunos escritores modernos, o los que tienen algún motivo particular de odio y malevolencia contra esta célebre y perseguida sociedad. No tal, porque si bien ella pudo ejercer en los consejos y en la conciencia de príncipes fanáticos algún pernicioso influjo, si bien pudo mezclarse en algunas intrigas tenebrosas provocando así trastornos y disturbios —lo cual no seré yo quien lo niegue— y si, por último, su

presencia y espíritu dominante pudieron preparar la ruina de algunos países, en Yucatán, por el contrario, no hicieron sino mucho bien, difundiendo las luces entre la ignorante juventud de aquellos tiempos.

Cierto que alguna vez se mezclaron en algunos asuntos misteriosos e influyeron, sin aparecer, en una u otra contienda ruidosa; pero eso, tal vez provino más bien del carácter individual de los padres que del funesto espíritu que se atribuye a la sociedad. (1, II, p. 11)

Nótese cómo a partir de esta cita el narrador hace patente su conciencia romántica de la relatividad de las cosas al asumir que hay opiniones encontradas sobre los jesuitas, y que su visión está determinada por las acciones de éstos en la península de Yucatán que ha presenciado o leído, independientemente de lo pernicioso que haya sido su influencia en otras regiones. Además, tiene la prueba de que en Estados Unidos han hecho mucho bien (Cfr. 1, II, p. 12). En este narrador encontramos las influencias del romanticismo cuando defiende la experiencia subjetiva por encima de cualquier relativismo. Para comprender esta postura cabe señalar lo que dice Rafael Argullol respecto a la relatividad y la postura del romántico:

Precisamente el tiranismo de la razón romántica entraña la voluntad de hacer frente a ese relativismo mediante la construcción de una identidad subjetiva que sea el fruto vigoroso de la contradicción trágica. No pudiendo medir su conducta con la conducta moral de un mundo al que juzga desprovisto de ella, el romántico somete toda esa escala de valores a su individual juego de gozo y sufrimiento. *La voluntad del Yo se alza ante la volubilidad disgregadora de la realidad.*⁸⁶

Respecto al mismo asunto dice Albert Béguin que

[...] los románticos ya no creerán que una suma de hechos debidamente comprobados conduzca al saber supremo; pero conservarán la esperanza del conocimiento absoluto, que para él representará algo más y mejor que un simple ‘saber’ [...] Para ellos se tratará de un conocimiento en el cual no sólo participe el intelecto, con sus más oscuras regiones y con las

⁸⁶ Rafael ARGULLOL, *El héroe y el único. El espíritu trágico del romanticismo*, p. 261.

aun ignoradas, pero que le serán reveladas por la poesía y otros sortilegios.⁸⁷

Vemos que el narrador valora el conjunto por encima de las particularidades, es capaz de hacer un análisis total, pone en una balanza valores tanto positivos como negativos, se deja guiar por su subjetividad y su experiencia para llegar a ciertas conclusiones y de esta manera accede a un conocimiento que se acerca en la medida de lo posible a lo absoluto.

El narrador pone de manifiesto las intenciones y las acciones de la orden jesuita —que en Yucatán están más encaminadas a la educación que a la política— y las valora por encima de los errores individuales que pudieran desprestigiarla. Esta percepción podría considerarse ajena al romanticismo, puesto que de alguna manera anula el valor de las acciones individuales que tanto exalta esta corriente; sin embargo, me parece que el romanticismo concibe el mundo como una dualidad en la que el individuo interactúa constantemente con el Todo, tratando de penetrar en él, pero con la conciencia trágica de la imposibilidad de esa compenetración.⁸⁸ De esta manera, el grupo de los jesuitas podría interpretarse como una representación a micro-escala del Todo y la interrelación que establece con sus individuos.

El narrador impone aquí su visión de los hechos, sus impresiones subjetivas por encima de cualquier otra opinión que haya respecto a los jesuitas. Si bien es cierto que han participado en situaciones no muy honrosas, esto es cuestión de algunos individuos, la concepción del narrador está por encima de los accidentes, aunque es consciente de ellos y tiende a una comprensión global en la que los jesuitas tienen el mérito de estimular el

⁸⁷ Albert BÉGUIN, *El alma romántica y el sueño. Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*, p. 27.

⁸⁸ Cfr. Rafael ARGULLOL, *op. cit.*, pp. 61 y 182-183.

conocimiento, valor que en esta novela tendrá una importancia innegable y que reviste particularmente el carácter del Prepósito de San Javier.

Así, la perspectiva del narrador está determinada por el presente en que narra y la manera de construir, entender y relacionarse con sus personajes está condicionada por su cosmovisión decimonónica y las preocupaciones que tiene en el presente y a las que constantemente alude. Se limita espacialmente a Yucatán, lugar en que vive, que comparte con el lector y del que conoce su historia; intenta ser objetivo,⁸⁹ y así lo señala constantemente, aunque esto realmente sólo sea un artilugio para jugar con la credibilidad del lector y hacerlo su cómplice; es una perspectiva crítica que analiza y compara el presente y, sobre todo, posee una postura ideológica de carácter impositivo.

Digo que el narrador juega con la credibilidad del lector puesto que, aunque señala que ha consultado “viejos y apolillados papeles”, nunca da una referencia bibliográfica exacta para que confirmemos sus informaciones; aunque nos dice que sus personajes, particularmente María, son reales, y se oponen por ello a los artificiosos de Alejandro Dumas, Walter Scott, Eugenio Sué (Cfr. 1, I, p. 7 y I, VII, p. 66) entre otros, por ser “una verdad, y la verdad para lucir brillantemente no necesita de vanos adornos” (1, I, p.7), ninguno de ellos tiene cuerpo y más bien encarnan ideas.⁹⁰ Después de hacer creer al lector que es confiable y se apega a la realidad ya que no describe el Colegio de San Javier porque no tiene documentos que le permitan hacerlo con fidelidad, se toma la licencia de contarnos cómo es la habitación del Prepósito; recurre a hacer descripciones detalladas sobre monumentos con la clara intención de que el lector crea que está contando Historia cuando lo que está en el texto, excepto en sus líneas generales —las pompas fúnebres de Felipe IV

⁸⁹ Para ejemplos con citas del texto *Vid. infra*.

⁹⁰ Sobre la realidad y el carácter ideológico de los personajes hago un análisis detallado de cada uno en el apartado dedicado a este fin, por el momento basta hacer esta mención.

o la existencia del conde de Peñalva, aunque respecto a este último parece que tampoco se apega del todo a la verdad de los hechos que cualquier historiador puede consultar—, es mera invención de este narrador que, por si no fuera suficiente, nos lleva de la mano, nos invita a caminar junto a él para que nosotros, ingenuos lectores, tengamos la impresión de que él también desconoce muchos secretos de la historia y los descubrirá al mismo tiempo que nosotros.

Y ¿por qué afirmo que es un narrador impositivo? Porque, sin manifestarse abiertamente, al menos en un principio, en contra de ciertos personajes, nos muestra de ellos los aspectos convenientes para que tomemos su postura: así, nos habla del atuendo lleno de oro que viste un representante de la iglesia como el Deán (Cfr. 1, I, p. 6),⁹¹ y que nos remite como lectores a la debilidad de este personaje por los objetos mundanos, para que el lector se predisponga en rechazo hacia él; a ello se suma la ironía con que habla sobre el transporte que utilizaba:⁹²

[...] los que habían estudiado y sabían latín, y tenían, además, autorización competente del inquisidor ordinario para leer la Biblia, seguramente estarán enterados de cuanto en ella se dice relativo a carruajes, con lo cual era bastante para formarse una idea clara y distinta de ellos. (1, I, p. 5)

Como es obvio, este narrador posee una ideología determinada y lo caracteriza el patriotismo que pone de manifiesto cada vez que expone su opinión sobre diversos asuntos: en primer lugar parece desconfiado ante las innovaciones que provienen de Francia o de la China; pero sobre todo define este carácter el hecho de que constantemente menciona el atraso y abandono que hubo durante la Colonia, causado por el monopolio español y que particularmente sufrió su provincia:

⁹¹ Véase en el apartado dedicado al análisis del Deán.

⁹² Se aprovecha aquí también para hacer una crítica sobre el carácter elitista que rodeaba al conocimiento.

El atraso absoluto de la Colonia en artes y manufacturas, la pobreza general del país, la total incomunicación con el extranjero, el exclusivo monopolio de la Madre Patria, el poco estímulo que se le presentaba para frecuentar su trato con una provincia que ningún interés le ofrecía, y mil otras causas hartamente conocidas, o que bien pueden conjeturarse, indemnizarán a nuestros antepasados de cuanto hoy se dice sobre la extravagancia y mezquindad de los asientos, mesas y colgaduras que decoraban las habitaciones de Mérida. (1, I, p. 2)

Menciona también el sistema de sobornos que pervivía en ese tiempo, el único medio viable para recibir ciertos beneficios por parte de la Corona y que desataba una cadena interminable de corruptelas:

[...] las representaciones del cabildo hallaban agradable acogida en la corte del gracioso monarca, por la sencilla razón de que siempre iban acompañadas del presente de una fragata para el leal servicio o de un cuantioso donativo para sostener la guerra de Flandes. Y entonces no había arbitrios municipales ni la villa poseía fondos ningunos, pero en las grandes emergencias hacíase un prorrato entre los regidores, cada venerable pelucón de aquellos traía de su casa doce o quince talegas de pesos, para el presente acordado. ¡Oh edad argentina y dorada, que has pasado para no volver! ¡Cómo suspiran por ti los antiguos monopolistas, los que hacían exclusivamente el contrabando de géneros preciosos y los que creían que por ser ellos ricos, ya todo el país lo era y disfrutaba de comodidades y abundancia! (1, IV, pp.29-30)

A partir de estas citas nos damos cuenta de que tenemos ante nosotros, además de lo que ya se ha mencionado, un narrador irónico que usa este amargo recurso para ganarse la anuencia del lector respecto a las opiniones políticas que ejemplifica de esta manera. La crítica feroz se limita al sistema político colonial, pues hay una exaltación y defensa, tanto de las costumbres del pasado,⁹³ como de los valores culturales que caracterizan a México y lo diferencian de otras culturas:

⁹³ Véase la cita anterior que habla de las costumbres alimenticias.

También cantó María, y aunque no fue ninguna aria de Rossini o Meyerbeer, ni había sido educada en el conservatorio de París o de Milán, cantó, sin embargo, con una voz nítida y pura; y su *Himno a las estrellas* bien podía valer tanto como la Casta diva, de la '*Norma*', o como el *¡Oh, matutini albori!* de '*La donna del lago*'. Porque estemos en que cada nación y cada pueblo tienen su carácter peculiar (1, I, p. 8).

Las costumbres del pasado, representan lo idílico,⁹⁴ frente a un presente lleno de vanalidades y artificios con los que no se siente identificado. Le preocupa la situación que vive su país y particularmente su provincia en su presente y por eso hace constantes comparaciones con el pasado que, como el sueño, va a servir para conocer y explicar al presente.⁹⁵

Observamos a partir de las evocaciones del pasado la inserción en la novela de otro tópico romántico: la nostalgia. El romanticismo europeo, ante el profundo desprecio que le inspira el “espíritu de la época”, se remonta nostálgicamente a la Edad Media, e incluso más lejos, a la Grecia antigua, considerada como la Edad de Oro, en la que surgieron los primeros héroes trágicos. En este pasado buscan reconocerse a sí mismos y encontrar la explicación de su presente:

Su “sueño griego” nace de la misma angustia infantil del reo ante el cadalso: no tiene futuro y en realidad tampoco tiene pasado —en sentido histórico—, sino la apasionada necesidad de eludir el curso efímero del presente. La Grecia antigua, comprendida como la más cabal aproximación a la “Edad de Oro” deviene, para los románticos, un totalizador mito trágico en el que se contempla su propia voluntad individual.⁹⁶

El caso del narrador de *La hija del judío* es muy particular respecto a la postura que adopta respecto a los tópicos románticos ya que su historia no se sitúa en Europa ni él nació

⁹⁴ Véase lo relativo a Prometeo en Rafael ARGULLOL, *op. cit.* pp. 207-215.

⁹⁵ Este aspecto será retomado nuevamente en el resto de la investigación. Aquí sólo lo menciono para completar la caracterización del narrador.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 180

allá, de tal manera que no se sentirá totalmente identificado con el pasado griego o medieval europeo. Vive un presente confuso en el que la nación está buscando consolidar su propia identidad, no puede negar un “espíritu de la época” que en México todavía no existe pues el espíritu apenas está naciendo, lo que sí puede es hacer un recorrido por la historia de sus tierras para encontrar la identidad nacional, para explicarse los errores del presente a partir del pasado y buscar soluciones a ellos. Intentará reconocerse en hechos que ocurrieron en su terruño, pero no tiene a mano muchos elementos puesto que la historia de América es muy reciente. Dado que el pasado indígena está casi borrado de la memoria, la única época que se puede retomar con precisión es la colonial, pero siempre marcando la diferencia entre lo tradicional y lo extranjero: las costumbres alimenticias, opuestas a las modernas importadas; las canciones nacionales que valen tanto como las italianas; el mobiliario modesto de la casa, tan diferente del *assortiment* que en su actualidad se importa desde Francia y que llena las casa de un refinamiento de dudosa utilidad.⁹⁷

El narrador de esta historia refuncionaliza los tópicos románticos —pasado vs. presente, nacionalismo vs. extranjerización—, adaptándolos a las circunstancias históricas de la nación de la que escribe y para la que escribe. De ahí se explican diferencias como las que mencioné en el párrafo anterior y muchas otras como la ausencia de un espíritu trágico. Insisto, si *el narrador escribe sobre la realidad de un Estado naciente* —muy diferente a los Estados europeos cuya historia es larga—, *que apenas se está formando, no puede asumir desde un principio imposibilidades y tragedias, pero sí buscar en el pasado lo que debe ser recuperado*, por más que recuerde a la dominación española, *y lo que debe corregirse*.

⁹⁷ *Vid. supra.*

A partir de la caracterización de este narrador se refuerza la idea de que el tema principal de esta historia no es de carácter amoroso: sus constantes intervenciones giran, en su gran mayoría, sobre la situación política y cultural de Mérida, tanto en el pasado como en el presente, y ha dejado claro que María y los hechos que la rodean interesan por su carácter real y no ficcional. Por lo tanto su novela tocará aspectos más serios que la simple historia amorosa, además de que tendrá un carácter que trascienda al simple divertimento, por ello insiste tanto en ganarse la credibilidad del lector aludiendo al documento escrito que en el mundo que comparten se concibe como “veraz”.

Este narrador es un titiritero que se posesiona de sus personajes, configura sus relaciones y el desarrollo de los acontecimientos de tal manera que reflejen su postura ideológica. En esta novela no hay polifonía ni intención de que la haya —como en *Los Bandidos de Río Frío*, que aparenta tenerla—, todos los sucesos, así como los diálogos que se entablan entre los personajes, están elaborados con la finalidad de manifestar la ideología del narrador y transmitirla a un lector, al que constantemente se dirige la voz narrativa. Pero esta manipulación evidente no es una falla técnica: tiene una intención comunicativa particular que se relaciona con el mensaje que se desea transmitir y no le resta efectividad al texto ni mucho menos al suspenso.

Unas marionetas y otro titiritero⁹⁸

Conocemos a la mayoría de los protagonistas de esta historia por medio de una caracterización básicamente moral, en general son personajes con un bajo grado de

⁹⁸ Para mayor claridad señalo aquí que concibo al personaje como lo hace Luz Aurora PIMENTEL (*op. cit.*, p. 59) quien afirma que “un personaje no es otra cosa que un *efecto de sentido*, que bien puede ser del orden de lo moral o de lo psicológico, pero siempre un efecto de sentido logrado por medio de estrategias discursivas y narrativas”, aunque siempre hace referencia al mundo de acción y valores humanos.

referencialidad⁹⁹ —aquellos con mayor plenitud referencial, como el conde de Peñalva, no tienen una participación predominante en la historia y su referencialidad es muy local o geográfica, ya que sólo tiene significado para aquellos que conocen la historia de Yucatán, de ahí que el narrador transforme su referencialidad, lo tiranice y lo convierta en un personaje-tipo.¹⁰⁰ La mayoría de los personajes se caracterizaran a partir las enunciaciones que hace el narrador sobre las acciones y actitudes que los configuran a lo largo de la historia, así como por su entorno, y por ellos mismos, a partir del diálogo que entablan con otros.

Don Alonso y doña Gertrudis

El primero que aparece en esta historia es don Alonso de la Cerda y casi inmediatamente conocemos a su esposa doña Gertrudis. A partir de una pequeña pausa descriptiva, sabemos que el hombre tiene una connotada, aunque cada vez menos activa vida pública, y la gente lo respeta por la rectitud, poco común, que lo caracteriza:

[...] don Alonso de la Cerda, [era un] sujeto generalmente honrado y respetado en toda la provincia por indios y españoles, así por sus cualidades privadas como por sus virtudes públicas. Dos veces había sido don Alonso Justicia Mayor de Yucatán y en ambas había demostrado rectitud y tanta pureza, que llegaron a ser proverbiales en el país (1, I, pp. 1-2)

Por su parte, la esposa de don Alonso es, por sus costumbres religiosas, un modelo a seguir: “su esposa podía ser citada como un bello modelo entre las distinguidas matronas de la capital, por su espíritu caritativo, sus sentimientos religiosos y la severidad de sus

⁹⁹ Adopto este término de Luz Aurora PIMENTEL (*Ibid.*, p. 64) para referirme a los nombres que “se caracterizan a partir de códigos fijados por la convención social y/o literaria”

¹⁰⁰ Cabe señalar que los personajes-tipo se construyen a partir de “Los rasgos típicamente humanos en los que se manifiestan abiertamente las grandes corrientes históricas.” (Georg LUKÁCS, *La novela histórica*, p. 34).

costumbres cristianas” (*Idem*). Cabe notar que en ninguno de los dos casos se menciona un solo rasgo del aspecto físico de los personajes y que si en algo destacan es por sus costumbres morales y religiosas, y por el hecho de que el matrimonio no ha tenido hijos propios.

La decoración de la casa donde viven marca el grado de religiosidad de los personajes:

La sala estaba alumbrada como de ordinario, es decir, había en el ángulo de ella un candil con mecha de pabito perfectamente saturada de aceite de higuera; pero, además, por vía de lujo, ardía en el altar una candela de cera amarilla colocada en una palmatoria de plata. Las altas y estrechas ventanas de basta y mal pulida madera estaban plenamente abiertas, para establecer la corriente de aire entre ellas y las puertas que caían al zaguán y al corredor.

Don Alonso y su esposa, vestidos en traje casero y sentados en un rudo canapé a la testera de la sala, platicaban íntima y cordialmente sobre asuntos domésticos. (1, I, p. 3)

El altar, las puertas y ventanas *abiertas* que dan paso a la corriente de aire nos sugieren que Gertrudis y Alonso son personas con la conciencia tranquila, que no tienen nada que esconder; se agrega a esto la alusión al lujo, que pone de manifiesto algo que el lector ya sospechaba desde que tuvo noticia de los cargos políticos importantes que había ejercido don Alonso: la pareja tiene una buena posición económica, aunque “Las ventanas de basta y mal pulida madera” y el “rudo canapé” indican que el dinero no es determinante para que prive el refinamiento en esa casa.

Si tomamos en cuenta lo que dice Friedrich Bollnow respecto a que las puertas y ventanas “abren la casa para relacionarla con el mundo”,¹⁰¹ se confirma la idea de que estos personajes, puesto que tienen las puertas y ventanas abiertas, participan en la vida pública de su comunidad. Así mismo, permiten la entrada de cualquiera a su casa puesto que la

¹⁰¹ Friedrich BOLLNOW, *Hombre y espacio*, p. 143.

función de la puerta ha quedado anulada¹⁰² y de esta manera se limita al espacio de su vida privada que puede ser invadida fácilmente por cuestiones públicas. Con las ventanas sucede algo similar, su apertura permite una interacción con el exterior, que en este caso está representado por el aire que entra a través de ellas y de esta manera se atenúa el “efecto separador” que caracteriza a la ventana.¹⁰³ El aire invade las estancias y los corredores, los lugares donde “los recuerdos hallan refugios cada vez más caracterizados”¹⁰⁴ y de esta manera el espacio que habitan Alonso y Gertrudis pierde intimidad.

A partir de estos datos podemos inferir que la pareja constituye una familia honrada y pacífica. El capítulo V, por medio de las intervenciones del narrador y el discurso directo en forma de diálogo, proporciona más información sobre el papel que juegan estos personajes en la historia: son los protectores de la huérfana María, amenazada por enemigos poderosos representados por la Inquisición:

—Duele en verdad —decía en voz remisa doña Gertrudis— que no satisfechos con haber sacrificado al padre, ni de haber causado la muerte de la madre, quieran también perseguir cruelmente y aniquilar a esta pobre criatura, que Dios ha puesto bajo nuestra protección. (1, V, p. 42)

Los líderes eclesiásticos, y al mismo tiempo políticos, buscan despojarla de los bienes que le corresponden por herencia, encerrándola en un convento:

¹⁰² Según BOLLNOW (*Ibid.*, p. 143), la función de la puerta consiste en que “Aquel que pertenece a la casa puede entrar y salir libremente por ella y es propio de la libertad de su ‘habitar’ que pueda abrir y pasar a toda hora por la puerta cerrada por dentro, mientras que el extraño está excluido y necesita que se le deje entrar expresamente”. Por otra parte, el carácter entreabierto que Gastón BACHELARD (*La poética del espacio*, p. 261) le atribuye al hombre y que queda representado en la puerta, en el espacio de estos dos personajes queda anulado por las puertas abiertas que permiten la entrada indiscriminada de lo exterior al interior de la casa. De lo que se deduce que, si la casa es “un medio para cobijar, un refugio” y “El espacio exterior es el de la actividad en el mundo, donde siempre hay resistencias que vencer y adversarios de los que defenderse”. (Friedrich BOLLNOW, *op. cit.* p. 122), entonces la amenaza puede entrar fácilmente en la casa de don Alonso y doña Gertrudis, como efectivamente sucede.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 149. Aunque son pequeñas, en ellas se ha atenuado también el principio fundamental de la ventana como medio de observación hacia el exterior, de “Ver sin ser visto” (*Ibid.*, pp. 147-148), puesto que sólo se le da relevancia al hecho de que permiten pasar en aire.

¹⁰⁴ Gastón BACHELARD, *op. cit.*, p. 98.

—[...] ¿Ignora[s], acaso, que los bienes de don Felipe, cuantiosos como son, valen la pena de excitar la codicia de los perseguidores de esta familia? Verdad es que todos están confiscados desde el día mismo en que hicieron desaparecer al buen hombre; pero como hay derechos que reclamar a favor de la única y legítima heredera de ellos, prefieren mejor resolver la dificultar, quitando de en medio el único obstáculo que les impediría quedarse con todo. (I, V, p. 43)

Por amor a María, Alonso y Gertrudis se debaten entre la rebeldía y el temor que les inspira una institución tan poderosa que “sería capaz de quemar al rey mismo si conviniese a sus miras” (I, V, p. 43). Estas iniquidades indignan el espíritu de dos personajes que se caracterizan por un amplio sentido del honor y de la justicia:

—[...] ¡A la Inquisición, chitón! Tengamos paciencia: bendigamos a Dios, ya que no podemos remediar el mal. Día vendrá, aunque no lo veremos, en que desaparezca esta abominable institución, que es vergüenza y oprobio de la monarquía. Entre tanto, conformémonos y...

—¡Conformarnos! —interrumpió doña Gertrudis—
¿Consentiremos entonces que nos arranquen nuestra hija, la encierren a la fuerza en un convento y todo por robarle descaradamente lo que es suyo? Entonces yo diría, que no hay gente leal en España, ni nobles caballeros, sino viles y humildes esclavos que merecerían llevar las cadenas que rompieron con tal heroísmo don Pelayo, el Cid, San Fernando y doña Isabel la Católica. ¡Mal año para tantos héroes, que no redimieron un pueblo sino una manada ruin!
(I, V, p. 44)

Este aspecto de rebeldía y de crítica hacia las autoridades puede parecer un tanto anacrónico en las voces de estos personajes; las nociones de rebeldía, justicia y libertad son de evidente filiación romántica y el narrador las adapta a sus personajes, y compensa o atenúa el anacronismo de los personajes por medio de su visión católica del mundo y de los acontecimientos, y al adjudicarles el sentido del honor en boga durante el siglo XVII, en que se sitúa esta historia, lo cual hace que el diálogo sea verosímil.

En resumen, Alonso y Gertrudis, en vez de personificar a seres de “carne y hueso”, delimitados físicamente y con una función determinada por su individualidad, son personajes tipo que representan a una sociedad criolla católica y honrada que sufre impotente las injusticias que cometía la Inquisición durante la Colonia.

El Deán

Aunque se menciona a María como objeto de la plática de los esposos que callan cada vez que sienten el peligro de ser escuchados por ella, su caracterización queda pospuesta mientras aparece en escena una

figura elevada e imponente. Era su traje una vestidura talar de seda negra, sujeta en la cintura con una ancha faja azul celeste bordada de oro. Llevaba en los zapatos gruesos hebillones del propio metal, y su blanca y espesa cabellera caía en copiosos rizos sobre su cuello y mejillas. [...] [era el] señor bachiller don Gaspar Gómez y Güemes, Deán de la Santa Iglesia Catedral y comisario del Santo Oficio, cuyas insignias portaba sobre el hombro izquierdo. (1, I, p. 6)

El Deán se nos presenta, a partir de su rimbombante nombre, como un alto dignatario de la Inquisición y de la Iglesia: eso nos revela la descripción de su vestuario, en la que resaltan ciertas características, que provocan algunas inferencias por parte del lector respecto al mundo de acción humana representado. Si bien su vestuario concuerda con su cargo eclesiástico, hay algo que resalta particularmente llamativo: el oro y la seda. Estos elementos inducen al lector a pensar que el personaje no es un eclesiástico cualquiera, sino alguien soberbio, quizás avaro, pero sobre todo rico. Lo que va a buscar el narrador por medio de esta descripción es que el lector note que el eclesiástico posee riquezas contrarias a cualquier voto de pobreza y de entrega a Dios. La alusión del narrador sobre la

ostentación del oro y al transporte particular del que goza don Gaspar, lleva al lector a pensar que este personaje sufre de algunas debilidades mundanas relacionadas con la avaricia, las cuales se irán haciendo más patentes conforme avance la novela.

Esta ostentación del oro y el lujo es más significativa si tomamos en cuenta que unos párrafos atrás el narrador hizo alusión a la vestimenta y mobiliarios de don Alonso, los cuales se caracterizan por su sencillez y sobriedad. El contraste entre estos personajes producirá en el lector una toma de partido por quien muestra mayor piedad cristiana y la consecuente repulsión respecto al eclesiástico, quien desde un principio se manifiesta cuestionable en cuanto a su calidad moral.

Aunada a esta descripción viene la angustiada impresión que recibe el matrimonio gracias a esta visita, que sólo augura males futuros y que se relaciona directamente con María, asunto que provoca a don Gaspar una sensación desagradable: “—Sí, otra vez la hija del judío —repuso el Deán mostrando en su expresión un aire que no podía definirse entre despecho, odio o menosprecio.” (Cfr. 1, II, p. 15).

El Deán tiene también una fuerte presencia en el segundo capítulo. Lo vemos en una confrontación directa con el Preósito de San Javier y por su oposición a éste, conocemos sus debilidades: es un hombre irascible que, consciente de este defecto, se encuentra “temeroso” (1, II, p. 17) de malograr sus objetivos al participar en discusiones con seres astutos que lo sobrepasan en inteligencia, como el Preósito de San Javier, y que reacciona a las preguntas evasivas de éste de manera visceral. Veamos un fragmento del diálogo entre estos dos personajes para darnos una idea de lo que acabo de mencionar:

—Supuesto, pues, señor Preósito, que está usted enterado de cuanto ocurre, quisiera que me diese su dictamen.

—¿Mi dictamen? ¿Cómo me lo demanda usted, señor Deán? ¿Confidencialmente o en su calidad de Comisario del Santo Oficio?

—Bien; yo, el Comisario del Santo Tribunal pido a Vuestra Reverencia, su dictamen— dijo el Deán poniéndose en pie, subiéndosele la sangre al rostro y casi transportado de cólera.

—Pues bien —replicó en voz sonora el jesuita e imitando el ademán del Comisario— yo, el Consultor Ordinario del Santo Oficio, cuyo título he recibido de una autoridad superior a la de Vuestra Señoría, debo decirle, señor comisario, que guarde y observe las formalidades que prescriben los estatutos. Cuando este caso llegue, cumpliré sus órdenes, si alguna nueva objeción no me ocurre en contrario. (1, II, p. 20)

También sabemos que don Gaspar no es alguien que hable abiertamente o con franqueza, puesto que siempre dice las cosas a medias para que el otro complete sus alusiones; sin embargo, el Preósito nunca cae en sus juegos y lo obliga a ser claro, aprovechando, al mismo tiempo, para colmar su paciencia y vencerlo irritando sus indómitas pasiones:

—Pero discurro que don Alonso ignorará del todo este suceso.

—¿De cuál habla usted, señor Deán? —preguntó el jesuita.

—¿Cómo de cuál? ¿Ha olvidado usted lo que estábamos hablando?

—Pues, porque estamos en que hay aquí dos sucesos por lo menos: el primero es que el señor Obispo ha recibido una carta; y el otro, que yo poseo una copia de ella.

—Pues bien, como quiera usted entenderlo.

—En tal caso, diré a usted que ignoro el contenido de la pregunta. (1, II, p. 19)

La hostil conversación entre estos dos personajes gira en torno a una carta proveniente de Madrid que recibió el Obispo, cuyo contenido conocemos muy posteriormente —el Deán sólo está dispuesto a revelarla parcialmente al Preósito— y que don Gaspar informa que se relaciona con María, a quien llama “la hija del judío”.

Con la presencia de este personaje en los primeros capítulos de la historia, sabemos varias cosas: que María corre algún peligro o que su situación es de alguna manera delicada, tanto por el silencio y los temores de sus protectores, como porque el Deán la llama “la hija del judío”, aunque ese título no parece ser totalmente del agrado del Preósito:

—¡Cómo! exclamó el Preósito con cierta sonrisa irónica—. ¿Otra vez doña María?

—Sí, otra vez la hija del judío [...]

—Bien, sea como a Vuestra Señoría le plazca —continuó el jesuita— no disputaremos ciertamente por los términos. ¿Qué hay acerca de la hija del judío? (1, I, p. 15).

Sabemos también que María no es hija de don Alonso y de doña Gertrudis, que hay un secreto alrededor de su nacimiento relacionado con judíos e Inquisición y que existen órdenes expresas desde Madrid para actuar sobre este asunto. Percibimos desde el segundo capítulo que habrá un claro antagonismo entre el Preósito y el Deán, y que los objetivos de este último están en contra del bienestar y la felicidad de María.

María

El siguiente personaje que se presenta en escena, el único que es objeto de una descripción física detallada —tres párrafos—, es María. Veamos en primer lugar que posee un nombre, cuya digna referencialidad remite al lector, en el contexto judeo cristiano, a la virgen madre de Jesucristo y que ese apelativo posee fuerte carga semántica relacionada con la pureza y el sufrimiento. Ello nos anticipa que en la historia María será una inocente víctima de lo que se fragüe contra ella y contra sus seres queridos.

La primera vez que es mencionada, la única antes de que sea descrita, es para poner de manifiesto que don Alonso y doña Gertrudis le ocultan algo:

[La conversación] debió haber sido en torno a los asuntos particulares de doña María. Y dígolo porque durante esta plática, si se escuchaba cerca la voz de la niña, o parecía que sus pasos se encaminaban a la sala, interrumpían don Alonso y doña Gertrudis su conversación [...] y guardaban el más profundo silencio, hasta que pasaba el peligro de ser en ella sorprendidos. (1, I, p. 4)

Luego viene el retrato que hace de ella el narrador cuando aparece por primera vez en escena ante la insistencia del Deán por verla. Las descripciones iniciales son muy generales; de hecho, el primer párrafo funciona, más que para darnos una idea sobre quién es María, para poner de manifiesto la credibilidad, objetividad y confiabilidad del narrador que la describe. El narrador, al diferenciar a su personaje de otras heroínas femeninas típicas de la novela de folletín, cuya caracterización es asumida por el lector como fantasiosa y subjetiva, cancela la posibilidad de que María sea sólo producto de la imaginación y reafirma el carácter objetivo de su descripción:

Rayaba entonces en los diez y seis años. Nada sería más fácil para mí que presentarla a mis lectores ataviada de la belleza y encantos de una hurí, porque tampoco nada hay más fácil que robar a Alejandro Dumas, Bulwer Lytton, Eugenio Sué o Walter Scott la paleta de los colores que han servido para pintar y encarnar a Haydea, Alicia, Flor de María o Flora Mac-Ivor. Pero todo esto nos alejaría de la exactitud histórica, porque mi María es un hecho, una verdad, y la verdad para lucir brillantemente no necesita de vanos adornos. (1, I, p. 7)

Este párrafo es muy rico acerca de la ideología que va a permear en toda la estructuración de la obra y se puede tratar desde diferentes aspectos. Por el momento cabe mencionar que el retrato de María será objetivo en la medida en que se opone a lo que en su época se concibe como subjetivo y fantástico, esto es, las novelas históricas y de folletín. Como dice Luz Aurora Pimentel:

Si la información proviene del narrador, el grado de confiabilidad depende de la ilusión de 'objetividad' que logre

a través de este retrato. A su vez esta ilusión de objetividad depende del modelo descriptivo utilizado: mientras mejor embone con los modelos cognitivos propuestos por el saber de la época, mayor será la ilusión de que la descripción no sólo es ‘completa’ sino ‘imparcial’.¹⁰⁵

El modelo cognitivo, en este caso, se caracteriza por el rechazo a todo aquello no racional o fantasioso, aquello que se oponga al método de conocimiento científico y comprobable. El retrato de María responde a este modelo: “Así, al caracterizar a un personaje por su apariencia física, una buena parte del ‘retrato moral’ ya está dado. Además, al mismo tiempo que el narrador proyecta la imagen del personaje, define, de manera oblicua, su propia postura ideológica, incluso la del autor.”¹⁰⁶

María se nos presenta como una jovencita cuyo desarrollo aún no ha terminado y que además no es un dechado de hermosura, pero sobre todo está la insistencia (a partir de la comparación con otros personajes ficticios, extremadamente hermosos, que construyen los autores románticos en boga) de que es un personaje real, alguien que existió en un momento de la Historia y que no es producto de la fantasía. El personaje descrito por el narrador aspira a apegarse a la realidad.

En el siguiente párrafo ya encontramos una caracterización física más detallada que le da mayor realidad e individualidad que al resto de los personajes de la historia, que tienen como común denominador la carencia de un cuerpo explicitado, al grado que parecieran sólo encarnaciones de conceptos e ideas:

Mi María no era, pues, una belleza extraordinaria y deslumbradora, ni podría llamársele la más linda de las meridianas; pero sobre ser de unas formas regulares y simétricamente proporcionadas, sobre poseer un suave color anacarado, una tez limpia y pulida, reinaba en toda ella, principalmente en su boca de púrpura y en sus ojos de

¹⁰⁵ Luz Aurora PIMENTEL, *op. cit.*, p. 71.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 75.

esmeralda, un candor, una dulzura y una amabilidad que hechizaban al espíritu más indiferente. Su acento, más que nada, era un sonido inefable, una armonía del cielo. (*Idem*)

La forma de retratar a María sigue la convención tradicional, pues va de lo general a lo particular. Hay que ver que el narrador se detiene en ciertos detalles y pasa por alto otros que dan una idea clara del tipo de personaje que le interesa como protagonista de su novela. En este párrafo se insiste nuevamente en que no es demasiado bella, es una joven bastante real en la medida en que sus formas no están fuera de lo común; el color y la limpieza de su piel y de su cara, así como el color de la boca y los ojos aluden a la clase social a la que pertenece —hija de criollos adinerados—; es bonita pero su belleza no rebasa el parámetro común; además, los ojos y la boca, aunados a una hermosa voz, hablan del carácter cándido y tierno de la joven. Por otro lado hay que notar que a pesar de que la niña tiene piel, ojos y boca, pareciera que su cuerpo es una idea que no termina de cuajar en objeto o forma claramente definida: ¿qué altura tiene?, ¿cómo son sus brazos, su cintura, su pecho o su cabello? Incluso cuando en el párrafo siguiente se alude a su ropa, después de resaltar la elegancia de ésta, el narrador deja de describir a María para generalizar sobre lo que las mujeres usaban en la época sin que importe lo que María utilizaba en ese momento:

Su vestido mal podría llamarse elegante en este siglo en el que el refinamiento se ha llevado hasta la transparencia; mas para aquella dichosa edad, era de lo más rico y brillante que se estilaba entre las gentes de tono y caudal. En vez de gasa y olán clarín usábase terciopelo, en lugar de vestidos con manillo y demás adherentes cuya nomenclatura sería larga, las doncellas de aquel siglo y de este país, que siempre anduvo retrasado en modas cincuenta años por lo menos, llevaban guardapiés y chapín con encajes de Flandes y bordados de lentejuelas. No había ese estrechísimo calzado de raso que comprime y reduce el pulido pie de nuestras damas hasta una pequeñez casi fabulosa, y a veces ridícula; pero si las chinelas eran de paño, un sí es no es burdo, también los palillos o tacones eran de oro y los lazos de hermoso camelote. (1, I, pp. 7-8)

A partir de la caracterización que se hace de María podemos pensar que ella también es una idea, representa un ideal de mujer joven, así como Gertrudis representa el ideal de la matrona. Gertrudis carece absolutamente de forma: es una mujer casada y de edad avanzada de la que ya no se espera que tenga hijos o que inspire las pasiones de alguien; en cambio María, como es joven y será objeto del amor de Luis, requiere una caracterización que incluya cualidades que justifiquen el enamoramiento a primera vista que sufre don Luis por ella, pero, fuera de esto, tampoco importa mucho su caracterización como individuo. Ella simplemente representa las ideas y las características del grupo al que pertenece; por eso desde el principio se insiste en que no es un personaje fuera de lo común, sino que se apega a la realidad, y lo real va a estar determinado por el estándar, sumado a una cierta idealización de quien construye o concibe ese estándar, además de que el personaje está determinado por la clase social a la que pertenece.

En el capítulo III sabemos que María es una jovencita con un problema de identidad que surge a partir de la certeza de que Alonso y Gertrudis no son sus padres, y de ciertos indicios que le permiten deducir que sus verdaderos progenitores debieron estar involucrados en algo turbio y que esa es la causa por la que nadie los menciona.¹⁰⁷ La niña sufre y se retrae en sí misma, sentía “una amargura profunda, un veneno corrosivo que destruía las fuentes del placer y de la vida en aquella alma infantil” (1, III, p. 23). Pero no es una valerosa romántica que piense luchar contra el destino que se le ha impuesto, muy al

¹⁰⁷ ¿Este problema de identidad podría interpretarse de una manera más general, como un problema de identidad criolla en que se ven enfrentadas la madre patria España y la otra madre, la tierra donde nacieron y que los vio crecer? Tomando en cuenta que esta novela se escribió apenas dos décadas después de consumada la Independencia, en una época en que se busca la constitución de un Estado sólido y en un momento en que Yucatán está muy descuidado por el gobierno mexicano (a tal punto que, para 1848, tiene que pedir ayuda a Estados Unidos para sofocar la sublevación de los indios en la “guerra de castas”), me parece muy lógico que el abandono y la carencia de una patria sólida susciten este tipo de reflexiones. María representa a la juventud criolla y no es ilógico que se susciten dentro de ella estos problemas de identidad.

contrario, lo asume; así queda caracterizada por su monólogo interior: “sea cual fuese mi destino, yo juro que sabré arrostrarlo con dignidad y firmeza”. (1, III, p. 24)

Sabemos también, gracias a este capítulo, que está enamorada de don Luis y que el simple hecho de escuchar su voz en la iglesia y así conocerlo, abrió a sus pies un mundo de fantasía que le permite evadirse, por medio del sueño, de la abrumadora realidad:

[...] soñó, arrebatada en las alas de su imaginación, subió hasta un mundo desconocido donde todo era hechizo y amor; allí, como en la encantada isla de Armida, vio jardines amenos, risueños prados, fuentes bulliciosas corriendo sobre florido césped. Allí vio voluptuoso joven, radiante de gloria y felicidad, que era rey de aquellos solitarios dominios, que la recibía postrándose a sus pies, despreciando las vanas preocupaciones de la tierra y ofreciéndole su corazón rebosando de amor y de ternura. (1, IV, p. 26)

La música y el sueño son tópicos que acercan a María a la concepción romántica de la vida que niega el destino y le permite al individuo elegir el camino que desea, aun a sabiendas de la imposibilidad de su triunfo. Así, María se acerca a lo que Rafael Argullol considera el punto medular del romanticismo:

La enseñanza más profunda del romanticismo es la mostración del hombre como náufrago errante en un océano que le resulta inaprensible [...]. Como suicida, como superhombre, como genio, como sonámbulo, como nómada... el héroe romántico —frente al moderno espíritu de abandono de la identidad— prefiere exiliarse de la realidad antes de hacerlo de su propia identidad.¹⁰⁸

La música y el sueño son justamente los medios de evasión preferidos por el romántico; la primera porque su interpretación depende de la percepción subjetiva y su creación es la menos condicionada por la mimesis del mundo real; el sueño, por su parte,

¹⁰⁸ Rafael ARGULLOL, *op. cit.*, p. 114.

libera completamente la subjetividad, exagera los sentidos y permite un conocimiento del Yo y del mundo —unidad y escisión— que lo rodea, ajeno a toda regla preestablecida.¹⁰⁹

Después comenzará la lucha interior de este personaje que se debate entre el amor que siente por don Luis y la conciencia de que debe alejarse porque sabe que en sus orígenes hay un pasado turbio que puede significar un desenlace trágico para los enamorados. La pasión, con todo, es más poderosa que las señales de alarma y la joven *se deja llevar* ante la insistencia de don Luis en cartearse.

A partir de aquí se podría creer que la niña está dispuesta a arrostrar todos los peligros con tal de llevar a buen éxito su relación amorosa, pero en cuanto surge el siguiente obstáculo no duda en someterse: en el capítulo V el Deán le propone vestir el hábito de monja; ella muestra su abierta repugnancia a tal estado pero afirma “que si la voluntad de sus padres exigiese de la suya semejante sacrificio, por mayor que fuese éste, no dejaría de realizarlo” (1, V, p. 40). María entonces no es una heroína, se asemeja a una víctima romántica, ya que somete su voluntad a la de otros sin siquiera cuestionarla.¹¹⁰ Si bien éstos son sus protectores, se encuentran impotentes ante el poder de la Inquisición y del Deán, que está por encima de las leyes civiles.

La desprotección en que se encuentran habla de un orden social trastocado en el que el poder de la Inquisición supera al del rey, en que la legalidad no se ejerce; de esta manera, los vasallos —aquí podemos hablar al nivel más general de la Nueva España— se encuentran indefensos ante las injusticias inquisitoriales y carecen de una figura paternal

¹⁰⁹ Cfr. para el tema de la poesía Rafael ARGULLOL, *Ibid.*, pp. 288-289 y Albert BÉGUIN, *op. cit.*, pp. 29-31, y para el de la música, Isaiah BERLIN, *Las raíces del romanticismo*, pp. 170-174.

¹¹⁰ Isaiah BERLIN (*Las raíces del romanticismo*, p.115) insiste en que para el romántico, lo que distingue al hombre es su voluntad y la necesidad de ser libre; así, el hombre “Debe elevarse por encima del deber y de la naturaleza y poder elegir entre cualquiera de ellos” En la reacción de María no hay un cuestionamiento, sino sumisión a las voluntades aparentemente superiores.

que resguarde sus derechos. Volviendo al nivel general y metafórico, España, se encuentra ausente y ha abandonado a sus hijos a la suerte.

Hay que agregar que María tampoco posee un espíritu indagador —más bien es muy obediente, respetuosa y sumisa—, puesto que en estos cinco capítulos se ha insistido sobre su misterioso origen y las dudas que ella tiene al respecto, y, sin embargo, jamás se le ha ocurrido escuchar a escondidas las conversaciones que sobre ella entablan sus protectores.

Si bien María es un personaje que ha conocido la fuerza de la pasión, todavía no es capaz de asumir el papel romántico que cuestiona y se opone a las voluntades ajenas. Los preceptos morales con que la han educado rigen su conducta inhabilitándola para satisfacer cualquier deseo que contravenga la regla de obediencia a sus protectores. En ningún momento se alude a que María considere que los obstáculos pueden ser superables o se puede luchar contra ellos. Esto también nos habla, metafóricamente, de un mundo representado en el que la Nueva España se encuentra a merced de sus tutores pero aún es incapaz de rebeliones o cuestionamientos peligrosos que puedan cambiar el orden preestablecido y que, sin embargo, a raíz de una pasión, se gesta dentro de ella un deseo de insurrección, si no contra sus protectores, al menos sí contra aquellos que buscan imponerse injustamente y coartar su voluntad.

Notamos pues, a partir de la caracterización que hace el narrador, ya sea de manera directa o trasponiendo el discurso figural —rara vez se presenta el modo de enunciación dramático—,¹¹¹ que la situación que vive María en la novela gira en torno a dos ejes semánticos: la relación amorosa con don Luis y la injusticia a que piensan someterla por ser hija de un judío y por lo que se ha perfilado hasta este momento, su postura en ambas situaciones será pasiva y se dejará llevar por lo que hagan los demás respecto a ella.

¹¹¹ *Vid.* Luz Aurora PIMENTEL, *op. cit.*, pp. 83-94.

El Prepósito de San Javier

Éste es el personaje más interesante y complejo de esta historia; en él confluyen la mayor parte de los roles temáticos: tiene cierta rivalidad política e ideológica con el Deán y su voto será importante para determinar el destino de María; conspira y se rebela de tal manera que alberga en su habitación una imprenta; es un personaje importante para la Compañía de Jesús; de hecho, es el más poderoso jesuita en Yucatán. Pero veamos paso a paso lo que nos deja conocer el narrador sobre este personaje en el segundo capítulo.

A pesar de la falta de datos que buscó en “viejos y apolillados papeles” (*Vid. supra*), y contrario a la fidelidad histórica que se había planteado desde el principio, el narrador se da la licencia poética de introducirnos en el dormitorio del Prepósito y nos cuenta cómo es éste. Ya ha ganado la confianza del lector y puede permitirse “ciertas” libertades —que en el transcurso de la novela descubriremos que no son pocas— para describir el espacio en que se mueve el Prepósito:

En uno de los ángulos del claustro superior, había dos salones precedidos de un largo pasadizo. El segundo de ellos, con dos corpulentas ventanas que daban a la huerta y desde cuyas espesas celosías podía observarse, sin temor de ser visto, cuanto ocurría en ella, era una pieza modestamente amueblada. Esto es, había allí cuatro asientos de tijera, un bufete, dos estantes de libros, una tarima que servía de lecho, algunas pinturas de pasajes de la Biblia, una imagen de san Ignacio y un crucifijo de hermosa escultura de Guatemala, colocado en un singular nicho de cristales, *único que se hubiese visto jamás en la provincia [...]*. Además, había una gran mesa de nogal a un lado, algunas cajas de roble con pequeñas divisiones interiores, y un raro aparato ingenioso cuyo destino poquísimos habrían entonces comprendido. Tal era el dormitorio del jesuita. ([Las cursivas son mías] 1, II, p. 12)

La descripción de este aposento podría pasar inadvertida si no fuera por dos elementos con valor simbólico que caracterizan claramente al Prepósito y lo distinguen de

cualquier religioso con cierta jerarquía: las ventanas dispuestas para el espionaje y el aparato ingenioso que poco después reconocemos como una imprenta clandestina. Ambas cosas nos dan la idea de un personaje que se oculta, que hace cosas contrarias a las leyes establecidas y que por tanto se encuentra vigilante con el fin de que nadie descubra sus secretos y para tener conocimiento de los pasos que realizan los otros.

Las ventanas llaman la atención particularmente por el hecho de que no son usadas, —como en la casa de don Alonso como medio de ventilación— sino que mantienen su función primigenia y fundamental de “observar hacia los alrededores de la casa por si se aproximaba alguna persona extraña y posiblemente hostil”.¹¹² A diferencia de la casa de don Alonso, abierta al exterior, la habitación del Prepósito da la impresión de un lugar hermético, íntimo, en el que se guardan secretos y que se debe proteger de las miradas y presencias extrañas.

La puerta está cerrada y el acceso a la habitación es limitado: si sólo se requiere darle información al jesuita, las claves para ello están preestablecidas, así, un lego llega a avisar sobre la presencia del Deán en el Colegio de San Javier de manera discreta: no dice nada, sólo toca tres veces y el Prepósito ni siquiera le abre la puerta puesto que ya los tres golpes le indican que una persona distinguida desea hablar con él; de esta manera se hace patente que existen entre ellos códigos secretos, indicio que confirma el ambiente misterioso que envuelve al Prepósito. El único que puede entrar es quien se ha ganado la confianza del jesuita y además es su cómplice, el padre Noriega. El acceso a esta habitación está totalmente controlado y restringido, lo cual indica que el Prepósito guarda en ella secretos que no deben ser revelados a cualquiera.

¹¹² Friedrich BOLLNOW, *op. cit.*, p. 147.

Sin embargo, parece que no son secretos personales los que ahí se guardan. Los objetos que pueblan la habitación no son cuadros famosos, telas lujosas o cartas de amor. Es la habitación de una figura pública que dedica su vida a la organización a la que pertenece y cuyas actividades, aunque son clandestinas, no tienen la finalidad de una satisfacción personal.

Podemos inferir la importancia del personaje y de su cargo eclesiástico a partir de tres elementos que forman parte del mobiliario de sus habitaciones: posee artículos exclusivos o únicos en la provincia, como es el crucifijo que aparece en la cita anterior, la imprenta y

una especie de sofá con cojines de piel curada, cuyo uso ha desaparecido en el país hace más de medio siglo; pero que antes se tuvo por un mueble de lujo exquisito y voluptuoso, que sólo se veía en las salas de los regidores, canónigos provinciales y de todos aquellos que por su riqueza y buen gusto tenían el privilegio exclusivo de usar muebles refinados y elegantes. (1, II, p. 14)

El que atesora los objetos mencionados necesita tener cargos importantes o mucho dinero para adquirirlos, ya que además se caracterizan por un alto valor cultural. Esos lujos revisten al poseedor de cierta dignidad que trasciende por encima de los atributos que se puedan inferir de alguien que reviste de lujo sus ropajes (imposible dejar de compararlo con el Deán).

El sencillo mobiliario del Prepósito se opone al oro que adorna los ropajes de don Gaspar; en el primer caso, resalta el buen gusto, la cultura y la distinción adquirida por los méritos del jesuita; en el segundo, nos encontramos ante alguien simple que se deja impresionar por los objetos mundanos, y cuyas actividades están básicamente encaminadas a la obtención de éste.

Después de esta pausa descriptiva llega el Deán y se entabla la enojosa discusión:

—Acá entre nosotros —dijo el Deán [...]— el señor Obispo ha recibido una carta de Madrid sobre este importante asunto.

—Sí, lo sabía ya. (1, II, p. 15)

Con esta primera escaramuza podemos darnos cuenta del carácter de los personajes que se están enfrentando: el Deán, que no desea decir toda la información que posee, comienza la conversación con elipsis; el Preósito, a sabiendas de que si sorprende al Deán y se anticipa a lo que dice obtendrá más información de la que éste piensa darle, afirma que conoce la existencia de la carta y de esta manera hace que su adversario se sienta con mayor confianza para expresarse.

El objetivo del Preósito se cumple y el Deán deja las elipsis para volverse grandilocuente y explícito —nótese que además es incapaz de controlar sus emociones y se muestra sorprendido:

—¡Cómo! ¿Sabía Vuestra Señoría que Su Señoría Ilustrísima, el Obispo, mi señor, ha recibido una carta de Madrid, relativa a la cuestión de la hija del judío? —preguntó el Deán, sorprendido y cambiando la posición que antes había tomado. (1, II, pp. 15-16)

Este movimiento de sorpresa es aprovechado por el Preósito para hacer mofa de la ingenuidad y la incapacidad de ocultar emociones por parte del Deán:

—Sí, señor, lo sabía yo.

—Eso es incomprensible.

—No extraño que a Vuestra Señoría le parezca tal; no puede menos que ser así, y de veras que no me sorprende verle con ese aire de azoramiento. (1, I, p. 16)

A partir del diálogo entre estos personajes en el capítulo II, sabemos que el Preósito, “gran conocedor del espíritu humano” (1, IV, p. 31), es un personaje superior, intelectual y políticamente, a su adversario —sobre todo porque es capaz de controlar sus

pasiones y porque la autoridad que lo nombró Consultor Ordinario del Santo Oficio está por encima de la que nombró al Deán. El jesuita, además, puede tener una influencia directa en la suerte de María, ya que se le consulta sobre ello. También sabemos que es de ideas poco comunes, rebeldes, que el Deán considera inapropiadas, pero que para el Prepósito son válidas puesto que provienen de la reflexión personal y no de la imposición:

—[...] Secretos hay, señor Deán, que no pertenecen a uno solo, y que revelarlos, sobre ser deshonesto, podría comprometer intereses sagrados.

—Ése no es el lenguaje de un inquisidor —dijo el Deán, incorporándose y haciendo ademán de dirigirse a la puerta.

—Pero es un lenguaje conforme a mis personales sentimientos y a la idea que yo tengo formada sobre ciertas cosas —repuso el jesuita sin mudar de postura ni cambiar de actitud. (1, II, p. 17)

Aquí vemos que el Prepósito piensa por sí mismo y posee sus propios juicios sobre diversos asuntos. Además controla sus pasiones a diferencia del Deán que grita “enteramente fuera de sí”, habla con “mal reprimida ira” (1, II, p. 21), “teme malograr el éxito de esta visita” (1, II, p. 17) y “Casi estuvo el Deán por dar al traste con la conferencia, mandar a paseo al jesuita y salir bruscamente del aposento, sin despedirse” (1, II, p. 18); en cambio, el Prepósito reacciona de manera mesurada y, según las circunstancias, cambia su actitud, al grado de que se le puede concebir como un artífice de la simulación: emociones como el desprecio apenas se le notan (“escapándosele de los labios una sonrisa *imperceptible*” [las cursivas son mías] 1, II, p. 16); generalmente “observa con indiferencia todas aquellas evoluciones” (1, II, p. 17) en las que el Deán manifiesta las diversas pasiones que lo invaden; en otro momento, según le convino, “*mostró* cierta expresión de ofendida dignidad” ([las cursivas son mías] 1, II, p. 16) y cuando obtuvo la información que deseaba mortifica al Deán “tomando la actitud de una persona que se siente fastidiada de una visita,

aunque sin valor para decirlo franca y categóricamente”, y espera “con paciencia y resignación el fin de aquel arrobamiento” (1, II, p. 18).

El Prepósito es un actor que representa un papel determinado para lograr que su adversario revele información que no deseaba comunicar, o se irrite y se vaya cuando su presencia ya no es relevante para las intenciones del Prepósito. Tiene control sobre las acciones del Deán y su ingerencia es imprescindible para que María sea encerrada en un convento. El Prepósito es el titiritero que controlará las acciones y el destino de estos dos personajes y, como lo veremos en el siguiente capítulo de esta tesis, su influencia no se limitará a ellos.

En segundo capítulo de la novela nos damos perfecta cuenta del carácter del Prepósito y de su superioridad ante el Deán. Sin embargo, de su físico no sabemos nada ¿qué altura tiene?, ¿cuántos años?, ¿es bien parecido o deforme? Lo único que podemos deducir es su origen europeo o criollo por el alto cargo que ocupa, pero eso no significa mucho en una novela donde la mayoría de los personajes participa de esa misma condición.

El Prepósito no tiene cuerpo y por tanto no está delimitado físicamente. Lo único que conocemos de él son algunas de sus ideas y su carácter rebelde, huidizo, dispuesto a la conspiración y al espionaje, así como el cargo religioso que ocupa y ciertas ideas que se le pueden atribuir por su condición de jesuita, que es lo más referencial que caracteriza a este personaje. Ese espíritu —ya lo veremos— se trasladará voluntariamente en el tiempo y en el espacio con la única ayuda de aquellos que se le subordinan, como el padre Noriega y que más bien funcionan como extensiones de él mismo.

Tampoco posee un nombre, lo conocemos por el cargo que ocupa en el Colegio de San Javier, y por tanto carece de individualización. Es el representante de una orden religiosa y de un puesto político pero no es un individuo sino una idea o un ideal. Luego

sabremos que su fuerte influencia política se extiende no sólo en el ámbito religioso, sino también en el civil a causa de sus relaciones y la influencia que ejerce sobre Juan de Zubiaur, y que posee un importante ascendiente sobre la juventud de la Provincia al tener a su cargo la educación de jóvenes como don Luis.

Volviendo al tema de la incorporeidad, tanto el Deán como el Prepósito son personajes tipo: cada uno representa a su grupo, y si hablamos a nivel del mundo representado, nos damos cuenta de que los atributos de cada uno son la metáfora de las características que el narrador le atribuye a las instituciones que encarnan. Así, la Inquisición se caracterizará por los defectos de la avaricia, la irracionalidad y la soberbia —lo oscuro—, mientras que la orden de los jesuitas representarán lo racional, la cultura, la sobriedad y la rebeldía —la luz—. Y no en balde se va a caracterizar a los jesuitas y a la Inquisición de esta manera; los primeros fueron los educadores de criollos y promovieron el pensamiento germinal para la Independencia mexicana, los que lucharon contra la “tiranía” y la irracionalidad española que representan los segundos. Esta lucha de fuerzas en la que saldrán victoriosos los jesuitas será una manera de justificar, a partir del pasado, la Independencia de México y el presente desde el cual escribe el narrador.

El padre Noriega

El personaje que aparece a la sombra del Prepósito, y que después será identificado como el padre Noriega, no llega a caracterizarse en estos cinco capítulos, pero su presencia junto a su superior jesuita basta para darse alguna idea de la función que tendrá en la historia: un subordinado que tiene participación en secretos importantes como la elaboración de una imprenta clandestina y que cuenta con la confianza absoluta de su superior, ya que éste no recela en dejarlo con el aparato mientras habla con el Comisario del Santo Oficio y

tampoco muestra temor de que su conversación con el Deán sea escuchada, como veremos que sí sucede con otros personajes a lo largo de la historia. El socio, lo veremos después, será el brazo derecho del Prepósito, una especie de prolongación del él mismo que le permite cumplir sus objetivos y superar distancias sin que la autoridad abandone el Colegio de San Javier.

Esta caracterización que hago aquí se verá confirmada en el capítulo VII¹¹³ cuando el lector se entera que Noriega escuchó la conversación y que su superior lo sabe; que entiende el juego dialéctico que el Prepósito entabló con el Deán, y que no tiene ningún papel de espía en la historia:

No diré (como digo otras muchas cosas que acaso se presumirá que digo o quiero decir) que el socio del Prepósito fuese tan astuto y maligno como aquel padrecito tuerto que, según las crónicas del *Judío Errante*, fue enviado de Roma a París para dar el golpe decisivo al celeberrimo y ominoso padre Rodin. Ni tampoco es intención mía significar que el susodicho socio hubiese sido designado por persona alguna para acechar la conducta del Prepósito: lo primero, porque en ninguna parte de los infolios que he consultado para escribir la presente historia se dice nada de eso; y lo otro porque creo positivamente que todo ello es invención, y que así hay tales socios, como los cerros de Ubeda. Lo que sí parece cierto e indubitable es que el padre Noriega era un súbdito muy sumiso y obediente del Prepósito, instrumento suyo y consagrado a su servicio. (1, VII, p. 66)

Luis de Zubiaur

El siguiente personaje que aparece es don Luis de Zubiaur, un niño de 15 años, al que el narrador caracteriza de la siguiente manera: “El colegial era un joven hechicero; era un niño

¹¹³ Sólo en este caso me permito extenderme de los cinco capítulos que había estipulado en un principio por una razón en particular: Noriega es un elemento fundamental para comprender al Prepósito en toda su amplitud, al grado que el narrador necesita insistir, como lo veremos en la siguiente cita, en la objetividad de su relato que se opone a la ficción, y ese recurso narrativo tiende a aparecer sólo cuando se van a presentar situaciones o personajes importantes.

dotado de todos los graciosos encantos con que la naturaleza suele esmerarse en adornar sus criaturas” (1, III, p.28). Esta belleza, aunada a una hermosa voz, es lo que provoca el enamoramiento de María. Cabe notar que el narrador, al mencionar el carácter natural de esa belleza insiste en la objetividad y el realismo de su narración, alejado de la fantasía con que otras novelas adornan a sus personajes; aunque en este caso la belleza no se concreta en nada específico, la personificación se deja a la imaginación del lector.

Nuevamente, al narrador le interesa en mayor medida la descripción moral de este personaje que igualmente representará un tipo o a un grupo social:

Don Luis [...] encerraba en su alma un germen fecundo de nobles y elevadas cualidades: allí había talento, genio, energía, dignidad, combinado todo con la aplicación más asidua y una amabilidad característica. El Prepósito había sabido aprovechar tan fecundos elementos, y en poco tiempo formó de aquel niño el bosquejo de un hombre eminente. Por de contado, también había en aquella alma el principio de grandes pasiones, que podrían llegar a ser nobles o vergonzosas, según el influjo de las circunstancias, bajo las cuales llegasen a desarrollarse. No era eso un secreto para el jesuita, gran conocedor del espíritu humano. Así pues, guiaba con singular esmero a su pupilo, le observaba sus primeros pasos en la vida, y cuidaba de que aquél árbol no creciese torcido, sino en la dirección que él mismo le señalaba (1, IV, pp. 30-31)

Don Luis encarna a la juventud que hay que moldear por medio de la educación ya que los jóvenes como él representan el futuro de la sociedad. Aunque es un muchacho bueno por naturaleza, priva la necesidad de educarlo para que su camino no se tuerza por influjo de las “circunstancias”. En la recreación de este personaje está presente la idea de que el destino no existe y que la vida de Luis puede estar determinada por las circunstancias que lo rodean, sin embargo, existe la posibilidad de controlar los accidentes llegado el momento, si se tiene un espíritu fuerte y un buen guía. Lo que aquí tenemos es a un futuro

romántico que en algún momento tendrá que hacer una elección entre caminos opuestos, pero don Luis es todavía un germen educable para que en un momento dado posea todas las armas necesarias que le permitan hacer una elección correcta, y si bien ya le guían las buenas pasiones, falta todavía reforzar el fundamento educativo que le permita justificar sus decisiones, al menos ante sí mismo. Así, en esta cita ya se anuncia la poderosa influencia que va a ejercer sobre él, durante toda la novela, el Preósito.

El elemento de la educación como paso previo a la acción podría abrir una polémica respecto a los elementos románticos o clasicistas que predominan en la novela, a causa de la preponderancia que tiene la racionalidad en ella; sin embargo, considero, como Rafael Argullol, que el romanticismo no es una corriente que niegue la razón sino que afirma que ésta es una forma de conocimiento tan válida como los sentidos, el sueño o la imaginación, y que la manera de conocer el mundo y acceder al Único es activando todas estas facultades, siendo que todas ellas son válidas por sí mismas. El romanticismo sólo niega la razón científica a la que reemplaza por la sabiduría: “La sabiduría trágica, la unidad de ciencia y poesía, de magia y ciencia, por la que abogan los románticos, es un esfuerzo — mental, vital, moral— hacia la totalidad y un reconocimiento doloroso de la escisión”.¹¹⁴

No obstante, percibo que hay un tratamiento ambiguo del destino, ya que por una parte existe una manera de manipular las circunstancias, pero por otra hay un destino, asumido por Luis —según lo dice el narrador—, que se relaciona con su situación amorosa y así, “sintió que tenía corazón, que éste estaba destinado a amar y que el principio de ese amor había sido el encuentro de María en la catedral” (1, IV, p. 31).

Volvemos a encontrar un elemento romántico en el carácter de este personaje en el momento en que se nos revela su retrainamiento cuando se enfrenta al amor: “Don Luis no era

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 224.

ya aquel joven bullicioso y expansivo, que se daba a todos por la dulzura y suavidad de su ánimo. No: concentróse en sí mismo, volviéndose melancólico y taciturno.” (1, IV, p. 32). Si bien este retraimiento pareciera que responde más a un cliché o una fórmula sobada por los autores pseudo-románticos, lo cierto es que el carácter de este personaje y la manera como lo ha planteado el narrador anteriormente justifica esta reacción como la búsqueda de explicación y de conocimiento sobre el evento exterior que ha desestabilizado el espíritu del personaje.

Don Juan de Zubiaur

Finalmente aparece Don Juan de Zubiaur, radicado en Campeche, otro personaje que no posee una delimitación física clara ya que no hay un retrato físico que lo describa. En él, lo que destaca es su poder político y su elevada posición social que, bien lo hace notar el narrador, nada tiene que ver con su educación:

[...] don Juan de Zubiaur, oráculo de la villa, no tanto por su ilustración que en verdad no era muy alta que digamos sino por su influjo en ambas Cortes y por el valer que le dieron sus cuantiosas riquezas. Don Juan tenía un ojo siempre abierto sobre la conducta de los gobernadores de la provincia; era el perpetuo censor de sus operaciones y el primero en dar un consejo oportuno para tenerlos a raya. Enérgico y tenaz como buen vizcaíno, los mandarines cuidaban mucho de guardarle sus fueros para moderar su oposición. (1, IV, p. 29)

Si bien es cierto que aquí se manifiesta también un espíritu rebelde contra las iniquidades, ya no de la Inquisición sino del gobierno, es un personaje mucho más individualista al que se le puede tener más o menos contento conservándole sus privilegios. A diferencia de Alonso y Gertrudis, que representan el muy valorado hogar católico y

amoroso,¹¹⁵ cuyo amplio sentido del honor les hace rebeldes a las injusticias y cuya cultura los hace destacar dentro de la sociedad, ocupando importantes cargos gubernamentales; Juan de Zubiaur representa al comerciante criollo, algo ignorante, que vela casi exclusivamente por sus propios intereses y que en vez de infundir respeto en los otros provoca temor en quien se opone a sus intereses. Ambos son criollos, pero el primero, que carece de descendencia, encarna las cualidades morales positivas, mientras que el segundo encarna el ascendente poder monetario de los criollos pero que carece de bases culturales y morales firmes. Aquí es importante señalar algo que retomaré en el último capítulo de esta investigación y que se relaciona con el mensaje que la novela busca transmitir a los lectores: la unión de los herederos de cada uno (María y Luis) representaría la fusión de las cualidades de ambos y, por consiguiente, el perfeccionamiento de la clase criolla, lo cual permitiría el engrandecimiento de la sociedad.

Para reforzar esta idea del personaje como ente político y calculador está el hecho de que sólo pide consejo a otro personaje igualmente poderoso pero superior a él en la intelectualidad: el Prepósito de San Javier, cuyas opiniones son tan necesarias que Zubiaur se ha visto en la necesidad de establecer por su cuenta un correo semanal,¹¹⁶ además es un personaje alejado de cualquier círculo familiar que limite su acción política y le inspire sentimientos amorosos o caritativos: su hijo estudia en Mérida en el Colegio de San Javier, bajo la vigilancia del Prepósito, su esposa murió hace años y su cuñada se encuentra recluida en un convento.

¹¹⁵ Omíto de aquí en adelante la referencia a la alta posición social de estos personajes ya que es más que sabida. Nótese que en la novela la gran mayoría de los participantes en esta historia tienen un elevado nivel económico y los pocos mestizos que aparecen son personajes ruines, chismosos, avaros e ignorantes como Juan de Hiestrosa o Juan Perdomo el hortelano, y la presencia de los indios como individuos es nula, su grupo representa una otredad que amenaza constantemente con romper el orden.

¹¹⁶ “[...] trasladado su reverencia a la profesora de Mérida, don Juan se había visto en la necesidad de establecer un correo semanal por su cuenta, porque entonces no los había públicos, con el sólo objeto de enviar sus enormes cartapacios al Prepósito” (1, IV, p.30).

Este personaje, como todos los demás, le sirve al narrador para mostrar sus percepciones sobre la Colonia respecto a la política y el gobierno: la valía del individuo y las consideraciones que merecía se calculaban en la medida del dinero y el poder que poseía.

Algunas consideraciones

Me parece importante redondear las ideas hasta aquí expuestas. El narrador vacía constantemente sus diversas opiniones en la historia, emite frecuentemente juicios que no se limitan a la caracterización de los personajes, sino que hacen una profunda crítica tanto del presente como del pasado. Si la ficción estuviera por encima de los hechos reales, el narrador no insistiría tanto en la veracidad de su historia, opuesta a los folletines que han publicado los autores románticos en boga. Es claro que lo que el narrador nos quiere contar es algo importante, histórico —real—, que va más allá de una historia amorosa y sin trascendencia de un par de amantes.

El objetivo del narrador tampoco es satanizar el pasado colonial ya que, aunque lo critica, también señala costumbres positivas de ese entonces y que se han olvidado en el presente, y tampoco ensalza el presente con excesiva emoción, de hecho lamenta algunas costumbres que ha traído la modernidad y la moda francesa.

Casi todos los personajes que encontramos en los primeros cinco capítulos son personajes tipo que representan a cierto grupo, ya sea por su edad, su posición social, política, religiosa, sus conocimientos o su nobleza, y ninguno de ellos destaca por rasgos que los individualicen dentro del grupo al que pertenecen. Algunos de ellos tienen aspectos que los hacen parecer románticos, sin embargo, esa intencionada falta de individualización los aleja de esta corriente.

Si bien es cierto que hay una historia amorosa de por medio, el asunto que primero se nos muestra, sobre el que más se insiste y con el que se cierran los capítulos de presentación de personajes, es una injusticia que la Inquisición quiere cometer contra María y en la que están involucrados, de una u otra manera, todos los personajes que se mencionan —aunque la participación de Luis y Juan de Zubiaur no queda del todo clara en estos cinco capítulos, se puede deducir a partir de las relaciones que mantienen con María y el Prepósito respectivamente y se irán dilucidando en el resto de la novela.

El mayor número de ejes temáticos se agrupa alrededor o toca de alguna manera al Prepósito de San Javier, lo cual implica que es la personificación más compleja y quizás la más importante de la novela.

Esta novela escarba en el pasado y lo explica de tal manera que justifica el presente del México independiente y, en particular, el lugar que ocupaba el estado de Yucatán. La historia de los amantes es el pretexto para hablar de muchas otras cosas que pondré de manifiesto.

4. De poder y sabiduría:

El Prepósito de San Javier

En los capítulos anteriores he señalado que el Prepósito de San Javier es el personaje principal de la novela de Justo Sierra O'Reilly. He basado esta aseveración en varios argumentos: las numerosas apariciones que tiene, ya sea personalmente o por medio de su satélite, el padre Noriega; el control o la superioridad que ejerce sobre los otros personajes que participan en la novela, y el hecho de que es el punto donde convergen y se relacionan las historias de cada uno de ellos en una trama que se caracteriza por ahondar en situaciones políticas y sociales, siendo el Prepósito el representante de una institución cuyas actividades tendrán una trascendencia directa en esos puntos trascendentes de la vida de Mérida.

Si bien es cierto que este personaje ya ha sido descrito en el capítulo anterior, es importante retomarlo y estudiarlo con mayor detalle ya que es a partir de él que se comprenden la forma —una novela romántica histórica oculta bajo la apariencia del romanticismo sentimental— y los motivos ideológicos que configuran esta novela —la promoción de los aspectos positivos de la ideología liberal.

En el presente apartado elaboraré una descripción formal de éste, pondré de manifiesto el tipo de relaciones que entabla con el resto de los participantes de esta historia; la función catalizadora que tiene en la narración; su carácter omnipresente y omnisapiente que le permiten tener control sobre la intriga y los personajes; así como la superioridad y complejidad que adquiere a partir del hecho de que ciertas de sus características humanas se encuentran difuminadas.

Comenzaré retomando lo que mencioné, en el capítulo anterior, acerca de que el Prepósito de San Javier es un personaje incorpóreo. En la novela no se menciona ninguna característica física que lo delimite. Si bien el narrador nos proporciona una descripción de su habitación,¹¹⁷ la cual permite ubicarlo en cierto espacio, en cuanto el jesuita sale de ésta, pierde toda delimitación espacial y temporal: carece de nombre, edad —aunque sabemos que no es muy joven ya que tuvo participación activa dieciséis años atrás, cuando ocurrió el asesinato del conde de Peñalva— ni historia privada, sólo existe como funcionario de una institución, la Compañía de Jesús, y representante de una ideología, la liberal. Así fue en el pasado y así es en el presente de la narración.

El resto de los personajes —exceptuando al padre Noriega que es un caso particular del que hablaré más tarde— goza, en cambio, de alguna delimitación física o cierta vida privada que los individualiza y los ancla en el espacio y el tiempo. En este sentido, el Deán es el que más se parece al Prepósito puesto que no tiene una vida privada en la que estén involucradas relaciones familiares o afectivas, sin embargo, lo que lo individualiza son sus debilidades terrenales. Los otros personajes, de una u otra manera, quedan bien delimitados: si bien ninguno es objeto de una descripción física detallada, poseen ciertas características que los distinguen, como el nombre; de algunos, incluso, sabemos la edad; todos tienen relaciones familiares o afectivas, así como una historia personal, que particularizan y delimitan su entorno.

El claroscuro

El Prepósito es un personaje que nunca duerme: frecuentemente recibe visitas nocturnas, por ejemplo, la primera entrevista que tiene con el Deán al momento de conocer a los

¹¹⁷ *Vid. supra.*

personajes de esta historia (Cfr. 1, II, pp. 13-21); en un horario similar se da el careo, que propicia el jesuita en sus propios aposentos, entre don Alonso y Juan de Hinestrosa (Cfr. 3, XI, pp. 27-34); en similares condiciones sucede la cita fantasmagórica que le hace a don José Campero (Cfr. 5, XIV, pp. 351-360) y podría seguir enumerando los encuentros nocturnos que tiene el jesuita, pero sería demasiado largo. Además, el Prepósito no sólo se desvela cuando hay visitas, si se encuentra sólo en su habitación no pierde el tiempo durmiendo, sino que lo dedica a estudiar documentos: la primera noche, después de la visita del Deán, queda largo rato conversando con Noriega, y, cuando éste lo abandona, todavía, “semejante a un fantasma”, hace una “visita a las partes superiores del edificio” (1, VIII, p. 76) del Colegio, mientras que Noriega revisa las bajas y, después de una hora, regresa a su habitación para revisar los papeles que tiene en un compartimiento secreto, hasta que encuentra el deseado y finalmente “se entregó a la lectura de aquellas piezas por todo el resto de la noche” (1, VIII, p. 78). La misma conducta se observa conforme avanza la historia y se acerca a su desenlace, el Prepósito lee cartas y apuntes durante la noche, así sucede mientras espera el aviso de la llegada de don Luis y el padre Noriega a la vigía de Chuburná: “Engolfado se hallaba en esta seria atención, cuando el lego hizo en la puerta la esperada señal. Era ya de día, y el reloj acababa de dar la hora de las cinco” (4, XI, p. 166).

La actividad nocturna de este personaje le da un carácter fantasmagórico, el cual contribuye a difuminar aún más la humanidad del Prepósito. El jesuita juega con las sombras para crear determinadas impresiones sobre los personajes a quienes desea inducir a realizar ciertas actividades. En este aspecto es inolvidable la descripción que hace el narrador sobre la habitación que se ha preparado, bajo las órdenes del Prepósito, para que don Luis preste juramento a la Pía Unión:

Al entrar don Luis, guiado del socio, en la misteriosa capilla, presentóse a su vista un singular espectáculo, nada propicio, en verdad, para borrar de su preocupada mente la profunda impresión que en ella había dejado la escena ocurrida en el salón de arriba. Ardían en el altar dos candelas negras, y al pie de él aparecía arrodillado, en actitud de hacer oración, un personaje envuelto en negro albornoz, absorto de tal manera, que ni señal de vida mostró al rumor de los pasos de los recién venidos.

El socio condujo al joven hasta el centro de la capilla, en donde había una mesa pequeña cubierta de un tapete, sobre la cual aparecían una calavera humana y varios instrumentos de uso desconocido para el absorto colegial. (4, XV, p. 199)

Y lo mismo sucede en otra escena memorable, que cuadraba bien en el marco del imaginario romántico en el que se traslucían claras influencias góticas. Me refiero al momento en que José Campero, después de ser citado, por medios misteriosos (papeles anónimos escritos con letra de imprenta), para acudir a media noche a la Catedral, es conducido frente al sepulcro del padre dominico, cuyo fantasma da las instrucciones a seguir respecto al tesoro del conde de Peñalva y al descubrimiento de los asesinos:

La amortiguada lámpara del sagrario brilló un grado más; pero lejos de que este nuevo y casi imperceptible aumento de luz contribuyese a iluminar más aquel santo y lóbrego recinto, haciendo más visibles los objetos, al contrario, no produjo otro efecto que revestir a éstos de formas vagas, vaporosas, movibles y extravagantes. La fantasmagoría no pudo estar mejor calculada y combinada. El maestro se hallaba en un mundo desconocido y sólo percibía pálidas sombras, fantasmas vanos y quimeras amenazantes.

[...] apareció el difunto con su ropaje blanco, manto negro, grueso rosario y sombrero acanalado; sólo que sus facciones eran las de una calavera descarnada, que en lugar de ojos presentaba dos huecos profundos, en el de la nariz el simple hueco nasal, y en el de la boca una doble hilera de dientes irregulares y despostillados. Sin embargo, de esa boca privada de lengua, de aquellos órganos de locución ya destruidos, salió una voz espantosamente hueca y horripilante [...] (5, XIV, pp. 353-354)

Al ser quien propicia y prepara estas situaciones fantasmagóricas, queda bien claro que el Prepósito no teme a las sombras, y no sólo eso, sino que además es capaz de manipular sus cargas simbólicas para producir efectos determinados en otros personajes que son más impresionables que él —como el joven Luis o el supersticioso José Campero. El Prepósito se encarga de crear, artificiosamente, situaciones fantasmales con el fin de ejercer cierta influencia sobre mentes más débiles que la suya.

Gerardo Bobadilla Encinas, al referirse al aspecto fantasmagórico de la obra, lo denomina gótico y señala que consiste en el desarrollo de la historia en un tiempo-espacio nocturnos:

[...] En este tiempo espacio de misterio y fantasía, los personajes y sus acciones adquieren una dimensión significativa particular, pues son entidades y actos vivos que debaten y entran en conflicto con seres incorpóreos, con seres [...] de esencia ética negativa [...]

La configuración del tiempo-espacio es producto, pues, del *claroscuro*, de la oposición luz/bueno vs. sombra/malo, incidiendo directamente en la caracterización de los personajes.¹¹⁸

[...] las implicaciones valorativas bueno/malo establecidas por la novela gótica están resemantizadas en el texto y, más que corresponder a una visión del mundo específica, son en todo caso mecanismos concretos para la realización de una significación ideológica, que [...] revelan la configuración liberal del mundo, para quien el español era lo oscuro, sombrío y malo, y lo nacionalista, lo claro, lo luminoso y bueno.¹¹⁹

Sin embargo, yo difiero algo de su percepción respecto a esta novela. En primer lugar porque, siendo el Prepósito un ser inteligente, poseedor de muchos conocimientos y, por tanto, aparentemente luminoso, se mueve en las sombras y se aprovecha de ellas, como se vio en las citas anteriores, para usarlas en su favor. En esta historia priva la visión

¹¹⁸ Gerardo Francisco BOBADILLA ENCINAS, *op. cit.*, p. 97.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 99.

romántica del claroscuro como una dualidad intrínseca al ser humano, presente tanto en la noche como en el día y esto queda claro en la manera en que está caracterizado el Preósito de San Javier. Me parece que aquí la oscuridad no encarna el mal, sino lo natural y lo instintivo, mientras que la luz significa lo racional. En otras palabras, en esta novela el simbolismo del claroscuro no tiene tanto que ver con la oposición entre el bien y el mal, sino con la dualidad que existe entre lo apolíneo y lo dionisiaco.¹²⁰

Si bien es cierto que existe el bien y el mal en esta novela, no se puede pensar que uno de ellos esté identificado con los acontecimientos diurnos y el otro con los nocturnos. Si así fuera, tendría que pensarse que el Preósito es malo porque realiza citas nocturnas o porque permanece mucho tiempo en la oscura soledad de su celda leyendo documentos. En realidad este personaje salva a los amantes de esta historia y no sólo eso, sino que además reestablece el orden social, destituyendo a la anarquía que había reinado por muchos años en Mérida la cual, en esta novela, está representada por personajes como el Deán —la Inquisición—, el conde de Peñalva —el mal gobierno— y las clases adineradas —grupos de civiles que se resistían a las prácticas gubernamentales, tanto del rey como de la Inquisición, cuando sus intereses se veían amenazados, pero que a pesar de la validez de algunas de sus exigencias, actuaban fuera de la legalidad.

¹²⁰ Al hablar de dionisiaco adopto la concepción de Rafael ARGULLOL (*op. cit.*, p. 190), quien asume lo báquico o dionisiaco como “una creatividad primaria, frondosa y desordenada [... que] encarna la desbordante riada del inconsciente y el sueño, la locura sensitiva, el misterio de la sexualidad, el río sin cauces torrencialmente ávido de conquistar el gran mar de la vida. El espejo sin límite, el fondo sin forma, la libertad sin moralidad”. Lo mismo respecto a lo apolíneo, que queda definido por Argullol como la luz respecto a la noche, la belleza esencial respecto a la libertad esencial dionisiaca. Dioniso ofrece desordenadamente los elementos dolorosos y placenteros de lo trágico; Apolo los recoge dándoles una dimensión vigorosa y heroica. Dioniso, con la primacía absoluta de lo sensitivo, disgrega la voluntad; Apolo, por el contrario, simboliza la fuerza articuladora de la voluntad. *Ibid.*, pp. 196-197.

La labor de Apolo es “luminosa, ordenadora y dominadora de las fuerzas oscuras de la naturaleza” (*Ibid.*, 197), la individualidad que se consolida y se enfrenta a la disgregación dionisiaca, la luz frente a las tinieblas, la rectitud frente a los retorcidos de las formas.

Retomando el comentario de Gerardo Bobadilla, no me parece que en *La hija del judío* haya una identificación luz/bueno, oscuro/malo, como tampoco creo que la dualidad del claroscuro tenga que ver necesariamente con cualidades específicas de cada uno de los personajes, ya que gran parte de ellos, buenos y malos, realizan actividades en la noche y no por ello sus actividades se vuelven ilícitas. La función de claroscuro en la novela es de carácter ornamental: con él se crean ambientes misteriosos o de suspenso y, en algunos casos, los contrastes de luz y sombra prefabricados por algunos de los personajes tienen la intención de manipular las emociones del personaje para el que se ha preparado determinado escenario.

Esta novela tampoco es una crítica hacia lo español específicamente, de hecho hay tradiciones que alaba el narrador, que analicé en el capítulo anterior, en las que es evidente el repudio a la modernización de las costumbres y la tendencia extranjerizante.¹²¹ Además hay que tomar en cuenta que los personajes más importantes, o con connotaciones positivas, son criollos, españoles y portugueses, y que los pocos mestizos que participan en la historia —principalmente Juan Perdomo, el tuerto Hinestroza, Tadeo Quiñones y el amo Graniel— no desempeñan un papel muy honroso. En mi opinión, y eso lo trataré con mayor profundidad en el siguiente capítulo, el rechazo se dirige a las instituciones y a un sistema en plena decadencia —al menos el narrador lo concibe así— que ya no podía ejercer un gobierno justo en un territorio tan vasto. No hay en esta novela una crítica encarnizada, más bien pretende ser objetiva y racional: señala que el régimen español cometió injusticias, pero asume que ellas eran parte del proceso natural en que se encontraba el gobierno español y de esta manera justifica la independencia de las provincias de España:

¹²¹ *Vid. supra.*

—¡Lástima fuera, en verdad, que un vasto y poderoso reino, en donde el sol jamás se pone, que una nación tan rica, noble y magnánima, se cortase en pequeños trozos para ser más fácilmente destruidos!

—[...] Todas las naciones de la tierra, sin exceptuar una sola, nacen, crecen, se robustecen, llegan al pináculo de su poder y del engrandecimiento, y después se debilitan y por fin caen. [...] Nuestra patria llegó a su apogeo en el pasado siglo. De hoy más, su marcha ha de ser retrógrada y caerá del todo, si una nueva generación no abre la carrera de las reformas políticas y, sobre todo, sociales. (2, VII, p. 186)

Tampoco puede considerarse que haya una exaltación hacia los indios, que serían los pobladores originarios de la región y los más afectados por los españoles. Más bien, en lo poco que de ellos se trata en la novela, representan una constante amenaza. Eso se puede apreciar cuando Noriega le cuenta a Luis las atrocidades que cometía el conde de Peñalva, las cuales estuvieron a punto de desatar la insurrección indígena:

Habría sido la primera, sin duda alguna, la insurrección nefaria de los indios que profesaban a nuestra raza un odio ciego y brutal, y que han estado, están y estarán siempre en la expectativa de una ocasión favorable para emprender contra nosotros una guerra de exterminio. (2, XV, p. 256)

Por lo anteriormente dicho, concuerdo con Miguel Ángel Castro, quien opina que la historia de la novela aborda el pasado desde la perspectiva de una crítica al *sistema político* español, una exaltación de los jesuitas y del patriotismo de los criollos.¹²² Pero esta polémica la retomaré en el siguiente capítulo, por ahora volvamos con el Preósito.

Después de referirme a los aspectos luminosos y oscuros de la novela y cómo el jesuita utiliza ambos en su beneficio, podemos observar que el personaje del Preósito está revestido de algunos elementos románticos pero que ellos adquieren una significación particular por la manera en que son empleados. El Preósito no lleva en sí fuerzas oscuras,

¹²² *Vid. Supra*

ni es pasional. Es consciente de la existencia de ambas fuerzas (luz y oscuridad) y las emplea con intenciones determinadas. En él predomina la luz que le da el conocimiento, pero carece de un cuerpo, de una delimitación física y de una individualidad, por ello es indemne a las pasiones (buenas y malas), y eso lo distingue de un personaje, y sobre todo de un héroe, típicamente romántico.

Saberlo todo, conocerlo todo: controlarlo todo

El padre Prepósito usa el conocimiento, la luz, para someter a los otros a su voluntad: a don Luis le revela información a través de Noriega a cambio de fidelidad a la Pía Unión; la voluntad de Juan de Zubiaur es anulada gracias a los conocimientos que tiene el jesuita sobre su pasado —tanto respecto al asesinato de Peñalva como al ascendente semita que tenía la madre de don Luis— y por ello se ve obligado a aceptar el matrimonio de su hijo con María; tiene pruebas de las iniquidades que el Deán cometió en el pasado y con ellas lo obliga a firmar gran cantidad de papeles contra su voluntad, hasta aquel en que solicita la salida de María del convento, e incluso es obligado a officiar el matrimonio de ésta con Luis. Muy significativa es la siguiente cita respecto a la superioridad intelectual del Prepósito sobre el Deán:

[El Deán] Conocía las ventajas de su adversario, tanto más cuanto que, según éste se había expresado, poseía algunos secretos relativos a las tenebrosas transacciones que mediaron entre el difunto conde de Peñalva y el Comisario; más eso mismo lo estimulaba a obrar con más actividad y multiplicaba sus informes a la Suprema, pintando al Prepósito con los más odiosos colores [...]

Pero éste tenía todavía otra ventaja más sobre su enemigo, y era que conocía todos estos manejos y podía contrariarlos, mientras que el Deán ignoraba de todo punto los del jesuita. En efecto, la policía del Prepósito estaba tan perfectamente organizada, que no hacía movimiento alguno el Deán sin que el jesuita quedara enterado hasta de los más pequeños detalles (4, XII, p.175)

Los documentos son fundamentales en el desarrollo de las acciones, ya que son la manera en que el Prepósito comprueba sus conocimientos y, además, a partir de ellos, ejerce dominio sobre otros personajes. Por ejemplo, al conseguir el papel en el que el Deán acuerda con el conde de Peñalva denunciar el supuesto judaísmo del padre de María, ante el Tribunal del Santo Oficio, a cambio de la repartición de los bienes que obtengan de esta delación, el Prepósito tiene el medio para obligar al Deán a firmar multitud de documentos. Y si aquél no posee papeles que comprueben sus conocimientos, se encarga de adquirirlos, así sucede cuando, después de ser nombrado comisionado regio y sabiendo los secretos de la Santa Hermandad, obliga a sus integrantes a firmar un documento que los inculpa del asesinato de Peñalva, así, éstos se comprometen a disolver la Santa Hermandad con la consigna de que si vuelven a organizarla, el documento se hará público y ellos quedarán deshonrados.

Vemos que el jesuita está consciente de la diferencia que hay entre una venganza pública y una privada, si bien fue testigo de cómo se planeó el asesinato de Peñalva, no hizo nada en contra de este proyecto porque de éste dependía el bienestar público; pero cuando la Santa Hermandad asesina al dominico para no quedar deshonrados si éste descubre a los que mataron a Peñalva, entonces el jesuita se opone a ellos:

—No teníamos odio ni mala voluntad al buen religioso; pero se trataba de la vida y honor de la nobleza de la provincia y hemos obrado.

[...]

—Vosotros, no sólo habéis violado las formas, sino vuestro honor y vuestra conciencia. De la manera que habéis procedido, yo no puedo consideraros sino como asesinos privados, y en esa virtud, yo, el comisionado regio, voy desde luego a proceder. (5, X, pp. 313-314)

El Prepósito es un personaje frío y calculador que utiliza a los otros en su beneficio sin el menor remordimiento. No se deja llevar por los primeros impulsos ante aquel que, de alguna manera, le ha sido desleal. Primero busca la manera de sacarle el mayor provecho posible. Así sucede con Juan Perdomo —“reo del gravísimo delito de saber más cosas de las que cumplía saber a un miserable hortelano” (4, V, p.112)— quien, después de contar indiscriminadamente secretos delicados a los estudiantes de la Profesa, es relevado de su cargo, pero antes de ello, es utilizado para introducir papeles anónimos en el gabinete de José Campero. Este espíritu práctico lo expresa claramente el Prepósito en las siguientes líneas:

[...] nunca debemos desesperar de sacar partido a un hombre cualquiera. Cuando esto se haya logrado, asunto concluido. Si el instrumento embaraza, se quiebra o se arroja. Nosotros no seguiremos literalmente esta máxima, porque hemos resuelto que el buen isleño goce de una tranquila vejez; pero, lejos de aquí. (5, XI, pp. 328-129)

También utiliza las emociones de los otros personajes para atraerlos hacia él y someterlos a su voluntad: don Alonso, por amor a su hija adoptiva y a pesar de sus reticencias, tiene que acudir a él porque es el único que le puede ayudar en contra del Deán:

—¡Con que al fin se determina Usarced a pedirme consejos, señor don Alonso de la Cerda! Sin embargo, hace muchos años que había ofrecido no volver a mezclarse en “las intrigas del Prepósito”, ni escuchar su dictamen para cosa alguna. (3, VIII, p.357)

Don José Campero asiste a su llamado por un miedo supersticioso que el mismo jesuita produjo enviándole el misterioso anónimo; Luis ama a María y a su padre, ése es el principal móvil de que se vale el jesuita para que don Luis se someta a sus deseos, expresados en la voz de Noriega. Sin embargo, nadie sabe ningún secreto comprometedor del jesuita que además, al parecer, no ama a nadie.

Los conocimientos del jesuita constantemente salen a la luz cuando éste les recuerda a otros personajes acciones que cometieron en el pasado y que no desean recordar, lo cual queda muy claro en la conversación que el jesuita sostiene con don Alonso:

—Pues bien; cuando se decretó la muerte del finado señor conde de Peñalva...

—Pero me permitirá Vuestra Reverencia observarle —interrumpió el caballero— que existe un juramento sagrado de no hablar de este odioso asunto.

—Es verdad —repuso el jesuita— pero bien debe saber Usarced, que ese juramento no puede comprendernos, ni obligarnos estrechamente al uno para con el otro, supuesto que la Santa Hermandad se ligó con él para no iniciar a ningún profano en el secreto de sus procedimientos. Ni Usarced ni yo somos extraños a este asunto, antes bien, puede suceder que no haya en él personas más comprometidas, pues aunque yo no tuve necesidad de emitir mi voto en el proceso...

—Sí, ya recuerdo —volvió a interrumpir con viveza don Alonso—. Vuestra Reverencia fue el alma de ese negocio.

—Es decir —añadió el jesuita [...]—, Usarced, don Juan de Zubiaur y yo, fuimos el alma de aquel negocio. (3, VIII, pp. 358-359)

También don Juan de Zubiaur es obligado por el jesuita a recordar —en un escenario preparado de manera premeditada para la ocasión— la promesa que le hizo a María Altagracia de Gorozica, infortunada madre de la doncella María, antes de que pusiera en ejecución la sentencia contra Peñalva:

—En la colección de recuerdos —dijo [el jesuita]— que conservo sobre la catástrofe del conde de Pañalva, hay uno muy vivo que me permitirá usted recordarle hoy [...]. En esta misma pieza, a una hora muy avanzada de la noche, dos caballeros hicieron un juramento solemne a la dama, dueña de esta finca, que iba a arriesgar no sólo su existencia y la del fruto que llevaba en sus entrañas, dando muerte a aquel malvado, sino también su honor y fama. La nueva Judith [...] recibió de esos caballeros la solemne promesa de que sacrificarían su nombre, fortuna y valor para proteger a la inocente criatura de que se hallaba en cinta aquella heroína [...] ¿Y qué ha hecho don Juan de Zubiaur, que era uno de esos caballeros, en beneficio y favor de esa criatura?

—¡Nada! —murmuró don Juan agobiado por el peso de sus remordimientos. (4, IX, pp. 150-151)

Pero estos recordatorios no tienen la malsana finalidad, por parte del jesuita, de maltratar a sus interlocutores por mera diversión o por manifestar su superioridad ante ellos, aunque esto suceda de manera tangencial. El Prepósito demuestra que *posee una comprensión histórica profunda* y está consciente de que los problemas a los que se están enfrentando los personajes en el presente tienen fundamentos en errores del pasado que hay que subsanar, de ello se concluye que posee una comprensión y conciencia sobrehumanas. Sólo el Prepósito conoce los errores que derivaron en los problemas del presente, y no estando él implicado emocionalmente en ellos, es capaz de analizarlos con objetividad y utilizar sus conocimientos para guiar a los otros, incapacitados para ver más allá de los problemas inmediatos. Por esta razón, el Prepósito obliga a don Alonso a recordar los sucesos que rodearon al asesinato del conde de Peñalva:

—[...] no sólo la necesidad y la conveniencia pública exigen que hablemos de este asunto, sino además la seguridad personal de los que en él hemos intervenido. Y dejando a un lado algunos importunos reproches, ya que sin otros preámbulos hemos venido al punto que deseaba tocar en esta conferencia, y que, como Usarced debe comprender, tiene una conexión estrecha con la infeliz novicia que había adoptado por hija... (3, VIII, pp. 359-360)

La misma intención guía al Prepósito cuando recuerda a don Juan el incumplimiento de su juramento:

—Hermano mío carísimo —dijo entonces el jesuita con aire casi compungido—, desde luego puede usted hacerme la justicia de creer que cuantos cargos le dirijo hoy, no llevan por objeto humillarle sino inclinar su ánimo a la reparación de algunas injusticias. (4, IX, p. 152)

Así vemos que los conocimientos del jesuita le permiten ejercer cierta coerción sobre otros personajes para obligarlos a actuar de determinada manera y la finalidad de ello no tiene que ver con un beneficio personal, sino con *la reparación de injusticias y la prevención de nuevas iniquidades o de posibles errores que puedan afectar a la sociedad o algunos de sus integrantes*. Ya que el jesuita tiene afectos muy limitados y no hay tentación terrenal que lo subyugue, es indudable que sus acciones están encaminadas al bienestar social y al de la Compañía de Jesús. Y sus intentos por obtener bienes tienen una finalidad específica: “aplicarlos a la educación de la juventud de la provincia que tan atrasada en ilustración se encuentra” (1, VII, p. 68)

En ningún momento se menciona que el Prepósito tenga familia y sus relaciones con otros personajes están determinadas por intereses económicos o políticos. El más cercano a él es el padre Noriega, su socio, y aunque media entre ellos cierta afectividad, es un subordinado. El Prepósito no le confía todos sus secretos y está dispuesto a separarse de él en cuanto la realización favorable de sus proyectos lo exige, así sucede dos veces en la novela: cuando lo manda a la Ciudad de México para que conferencie con don Luis y le revele secretos del pasado, a condición de jurar obediencia a los jesuitas y posteriormente incorporarse a la Pía Unión; y al final de la historia, cuando lo envía a Portugal para que cuide, tanto a los presos, como a don Luis y a María en la nueva vida que van a emprender, a sabiendas de que es posible que no se vuelvan a ver. Si bien el afecto media en la relación de estos personajes, los negocios de la Compañía están por encima de cualquier sentimentalismo, lo cual se deja ver en su última conversación, en la que también se trasluce el hecho de que el Prepósito no le confía todos sus secretos a Noriega:

—Ahora —prosiguió el Prepósito— es preciso que nos separemos por todo el resto del día a trabajar activamente cada cual por su lado. No hay que olvidarse de mis

instrucciones, y le reencargo a nuestros presos, y con particularidad al hortelano. Cuando el Gobernador se encuentre hoy con la segunda cédula, no va a permanecer en la ociosa especulación que ha mostrado anoche, y puedo asegurar que se prestará a obsequiar la cita, mal de su pesar. Se me figura que ha de consultar antes con el diocesano y... acá *inter nos*, eso es precisamente lo que nos conviene. *Confórmese usted con saber esto*, y, sobre todo, prepárese y esté listo, pues de un momento a otro tiene que emprender tal vez una peregrinación larga, acaso demasiado larga, que nos impida volvernos a ver para siempre.

El Prepósito apretó con ternura la mano de su socio, y este salió del aposento casi conmovido con las últimas palabras del superior. (5, XI, p. 330 [las cursivas del español son mías])

Estos dos personajes apenas muestran sus sentimientos de afecto y jamás dudan en que el deber se privilegie por encima de éstos. El control sobre sus emociones es todavía más evidente en las últimas palabras que se dirigen antes de que parta Noriega:

Ya que todo estaba dispuesto, acercóse el Prepósito a su antiguo socio, cruzó con él dos palabras y estrechándolo, murmuró impasiblemente:

—*Pax tecum.*

—*Et cum spiritu tuo* —añadió el socio con igual impasibilidad. (5, XVI, p.379)

El padre Noriega, satélite

En momentos anteriores señalé que el padre Noriega era un satélite del Prepósito y ahora es el momento de ahondar en esa aseveración. El cuerpo, la edad, la historia privada y las amistades de este jesuita tampoco son precisadas en la narración. Conocemos su apellido, pero no tiene un nombre que lo individualice totalmente, y me parece que este apellido sólo existe en la medida de que necesita tener un distintivo que permita ubicarlo en la narración y, para los efectos de verosimilitud y comprensión, no confundirlo totalmente con el Prepósito. Este personaje sólo es un ayudante de su superior, como lo dice el propio

narrador: “Lo que sí parece cierto e indubitable es que el padre Noriega era súbdito muy sumiso y obediente del Prepósito, instrumento suyo y consagrado a su servicio.” (1, VII, p. 66) Carece de iniciativa propia pues las acciones que realiza tienen como antecedente una orden del Prepósito: la ida a la Ciudad de México, la charla con don Luis, el regreso a Yucatán, el viaje hacia Portugal, etc. En muy pocas ocasiones se atreve a hacerle alguna sugerencia y lo hace de manera respetuosa:

—Me parece que no debe Vuestra Reverencia perder tiempo —continuó el socio— hoy que cabalmente es día de confesionario.

—Es cierto; pero usted sabe que yo no tengo la costumbre de ir sino después del toque de las oraciones.

—No importa, el caso es extraordinario.

—Tiene usted razón —dijo el jesuita calándose el bonete y arreglándose el cinturón para salir de casa. (1, XV, p.129)

El Prepósito acepta las sugerencias de Noriega porque conoce su inteligencia, por esta misma razón, le confía algunos de los secretos que posee y le encarga transmitirlos a don Luis ya que sabe que su subordinado es consciente de los peligros y la responsabilidad que trae consigo el conocimiento y por ello sabrá comunicárselos de manera adecuada a su alumno:

—[...] esta revelación no va a hacérsese para satisfacer tu vana curiosidad, sino para llenar un objeto grande, noble y piadoso.

—Así lo comprendo.

—Puede ser que por consecuencia de esta revelación te veas obligado a ejercer actos de energía y vigor, arrostrar graves y poderosos obstáculos, luchar con personas más fuertes que tú, lanzarte a grandes peligros y... (2, III, p. 148)

Sin embargo, Noriega, como el Prepósito, quiere tener control absoluto sobre los conocimientos que va a transmitir a Luis y va a seleccionar la información que sea

pertinente, por ello se enoja tanto cuando sabe que el hortelano Juan Perdomo ha comunicado esa información sin la menor discreción a los colegas de San Javier:

—Ya te he dicho —prosiguió el jesuita— que el malvado hortelano es un hablador impertinente. *Debes atenerte a sólo aquello que yo te comunique*, sin hacer mérito jamás de los cuentos y patrañas con que ese viejo marrullero ha entretenido a sus incautos oyentes. *Yo pienso rebelarte lo que necesitas saber para arreglar tu conducta ulterior. Procura guiarte no más por lo que yo te diga.* (2, V, p.169 [las cursivas son mías])

Tanto el Prepósito como Noriega, en determinados momentos se convierten en narradores delegados¹²³ que aportan información, no enunciada por el narrador, y de esta manera lo relevan de la responsabilidad de aportar todos los datos necesarios para la comprensión de la historia. Si bien sus intervenciones siguen estando subordinadas a las del narrador, como personajes adquieren una dimensión significativa mayor a la de cualquier otro.

Ya que tanto el Prepósito como Noriega carecen de un cuerpo definido, las armas que van a utilizar en su lucha en contra del Deán serán las del conocimiento, el Obispo lo comprende así y trata de explicárselo al comisario: “Señor Deán [...] esos padres saben más que usted y que yo” (1, VI, p.VI). Y son lo suficientemente astutos como para no manifestar abiertamente sus polémicas y poco ortodoxas ideas respecto a los asuntos delicados, más bien inducen a los otros personajes a que adquieran ideas particulares a partir de los razonamientos que les imponen en la conversación. Así sucede con don Luis respecto al tema de los judíos y don Felipe Álvarez de Monsreal:

—¡Ah, me pesa en el alma! ¡Cuánto mejor hubiera sido que fuese cristiano viejo y sin tacha!
—Nadie, ciertamente, pensó en ello sino más tarde.

¹²³ El narrador delegado es aquel que toma la palabra para narrar como una forma de “fragmentar y dispersar la fuente de información narrativa” (Luz Aurora PIMENTEL, *op. cit.*, p. 89).

—¡Qué desgracia!
 —¡Sí, hijo mío, es una estupenda desgracia porque...
 ya ves, un judío, al fin es un judío.
 —¡Ya!
 —Y un judío es la peste de la sociedad.
 —Ciertamente.
 [...]
 —Y aunque sea honesto ciudadano, de costumbres
 rígidas, celoso del cumplimiento de sus deberes públicos y
 privados, útil a sus semejantes... En suma, aunque sea un
 hombre muy cabal y cumplido... debe rechazársele, evitarse
 su contacto y andar de él tan lejos como sea posible.
 —Tal es la doctrina que he recibido en la profesa de
 San Javier —repuso con cierto acento de ironía don Luis.
 —Y tal es —observó el jesuita— la doctrina
 ortodoxa. (2, X, pp. 209-210)

Así, por medio de juegos deductivos, el padre Noriega induce a don Luis a rebelarse interiormente en contra de la doctrina que, en apariencia, el sacerdote está defendiendo: “se le hizo cuesta arriba admitir de plano las teorías del socio acerca de la condición de los judíos” (2, X, p. 211) Habla de la doctrina sin cuestionarla abiertamente aunque, sin arriesgar su posición de buen religioso, deja que sus palabras muestren por sí mismas lo cuestionable que puede ser una creencia de este tipo. Los jesuitas poseen un conocimiento y están conscientes de lo peligroso que puede ser expresarlo de manera abierta, por lo que el medio para transmitir sus ideas es indirecto y, a pesar de todo, lleva al mismo fin.

Por su escasa definición física y por el hecho de que sus actividades no tienen como objeto el bienestar personal, la humanidad de estos personajes queda difuminada y la justificación de esa característica se encuentra en el mismo texto. Cuando don Luis ingresa a la Pía Unión, hace un juramento en el que renuncia a todos sus afectos y bienes terrenales en el caso de que se lo exija la Compañía de Jesús a través de esta organización:

—Rompo desde hoy, para cumplir con cuanto haya ofrecido y prometa, los lazos carnales que me unen a mi padre, madre, hermanos, hermanas, mujer, parientes, amigos y bienhechores, porque sólo debo obediencia a Dios, cuya

voluntad he de acatar exclusivamente, cuando ella me sea notificada por el jefe de la Pía Unión. Jamás preguntaré la razón o causa de los preceptos que se me impongan en nombre y con autorización de la sociedad; obedeceré a ciegas y sin replicar, porque tal ha de ser la suprema volunta de Dios. (4, XV, pp. 202-203)

De esto, el lector deduce que si tales sacrificios se exigen a los que no pertenecen a la orden, es lógico que los ordenados tengan una individualidad prácticamente nula. Y a pesar de esa falta de individualidad, ambos personajes está revestidos de un halo de grandeza que se traduce en temor y respeto por parte de amigos y adversarios. Así, algunos acuden por sus consejos —como don Alonso, Juan de Zubiaur o el Dominico— y otros desconfían de su astucia. Pero esa grandiosidad también se verá reflejada físicamente cuando Noriega toma el mando del bote en medio de una tormenta:

El socio traía el bonete simbólico, enarbolando un estandarte y ostentando sobre el pecho un enorme escudo sembrado de figuras alegóricas. En el centro de este escudo se veía la imagen del santo fundador de la Compañía de Jesús, vestido ni más ni menos como el padre Noriega.

En su derecha empuñaba aquél célebre estandarte que había dado vuelta al mundo entero, anunciando el triunfo de la Compañía, y en la izquierda llevaba un libro abierto, el de los estatutos de la orden, con este lema: *Ad majorem Dei gloriam*.¹²⁴ Los pies del santo fundador descansaban sobre un escabel, figurando un mundo sostenido por una multitud de figuras y alegorías, y ceñido el anillo con esta sentencia: *Unus non suffieit orbis*.¹²⁵

En los ángulos superiores del escudo, veíanse dos genios con trompetas, y este mote entre uno y otro: *Clama, ne cesses, cuasi Tuba exalta vocem tuam*.¹²⁶ Y las naciones postradas a los pies del Santo, parecían rendirle sumisión y obediencia, escuchando de su boca esta sentencia: *Ite accendite omnia*,¹²⁷ y el conjunto de todo estaba ceñido de esta otra: *Euntes ergo docete omnes gentes*.¹²⁸ (4, II, p. 96)

¹²⁴ “Para la mayor gloria de Dios” (nota del autor).

¹²⁵ “No me basta un solo mundo” (nota del autor).

¹²⁶ “No dejes de clamar: alza tu voz como la trompeta” (nota del autor).

¹²⁷ “Id e incendiad todas las cosas” (nota del autor).

¹²⁸ “Id, pues, y enseñad a todas las naciones” (nota del autor). Esta última leyenda resulta sumamente significativa ya que refuerza lo que ha dicho anteriormente relacionado al conocimiento y la educación como finalidades principales de los jesuitas de esta historia.

La imagen que produce esta descripción, en mi opinión, es la de un guerrero mítico que se encuentra bajo la protección de san Ignacio —incluso se podría decir que en ese momento lo encarna— y, de esta manera, el guerrero adquiere parte de la divinidad y el poder de su protector, lo cual le permite, en medio de la terrible tormenta, conducir el bote con tranquilidad hacia puerto seguro. No hay que olvidar que “La enseñanza más profunda del romanticismo es la mostración del hombre como náufrago errante en un océano que le resulta inaprensible”¹²⁹ y que muchas historias y poemas sobre piratas parten de esta concepción y la recrean; sin embargo, el narrador de *La hija del judío* se vale de esta imagen típicamente romántica, la “refuncionaliza” y la subordina a una ideología propia: la imagen no estará creada a partir de una concepción trágica de la imposibilidad, sino por la capacidad que tienen seres excepcionales, poseedores del conocimiento, para ir más allá de lo inaprensible, para enfrentarse a él y salir victoriosos.

Después de conocer el poder y las habilidades del Preósito, éste resulta ser un personaje omnipresente, omnipotente y omnisapiente: puede estar en todos lados, gracias a sus colaboradores; es capaz de dominar situaciones y personajes por medio del conocimiento y, finalmente, conoce los secretos de todos los que le rodean. Y estas capacidades se evidencian tanto en el pasado como en el presente de la historia; una manera en que se manifiestan con claridad es en el tipo de relaciones que el Preósito entabla con algunos de los personajes, que analizaré con más detalle a continuación.

¹²⁹ Rafael ARGULLOL, *op. cit.*, p. 144.

El Prepósito: tramador de la historia

La relación que el Prepósito tiene con don Luis es de aprecio reservado: “Sólo una cosa prefiero a los intereses de esa persona: los intereses de la Sagrada Compañía, que son para mí superiores a toda consideración” (1, VIII, p. 74). En este caso, el que mayores lazos adquiere con Luis es el padre Noriega, ya que ha sido su mentor, y en el transcurso de la historia es el que se encarga de revelarle diversos secretos y lo compromete a integrarse a la Pía Unión.

Luis, originalmente, es ajeno a todo tipo de intrigas políticas y problemas sociales, su mayor preocupación radica en reunirse con su amada:

Encerrado en el Colegio de San Ildefonso, a donde había sido enviado a emprender sus estudios mayores bajo la dirección de los jesuitas, el joven no tenía otra ocupación que el estudio asiduo y constante, ni otro recuerdo que el de su amor a María, ni otro proyecto que la realización de sus compromisos con ella, ni otro sueño de un porvenir dichoso que su enlace con la escogida de su corazón. (2, I, p.135)

Es enviado a San Ildefonso con el pretexto de hacerlo olvidar ese amor que puede resultar funesto para sí mismo dada la acusación de judío que sufrió el padre de María. Sin embargo, como se vio en la cita anterior, Luis no está dispuesto a olvidar tan fácilmente a su amada. Y apunto que el olvido fue un pretexto puesto que extrañamente, el Prepósito no informa a Juan de Zubiaur de quién estaba enamorado su hijo y cuando Noriega llega a la Ciudad de México, tampoco cuestiona el amor que Luis siente hacía María, sabe que existe y así se lo dice cuando le revela quién es María: “Entonces, tú amas a la hija del judío” (2, XVII, p. 281). En ningún momento le hace creer que está en contra de su unión, es más, le manifiesta, a partir de relatos históricos, que María no es hija de un judío, sino de alguien que ha sido acusado injustamente de ello y, de paso, lo induce a cuestionarse si los

preceptos ortodoxos anti-judíos son realmente válidos. En realidad los jesuitas no están en contra del enlace de los jóvenes, de hecho lo apoyan con tal de que eso represente ganancias económicas para la Compañía. Así, cuando Luis jura integrarse a la Pía Unión, lo comprometen a casarse con María y a renunciar a los bienes que ella pudiera heredar y por los que se desató originalmente el conflicto entre el Deán y el Prepósito:

—¿Juras desposarte con ella, a trueque de cualquier contratiempo?

— Sí, lo juro.

—¿Juras abandonar sus bienes, si algunos tiene, a favor de la Sagrada Compañía, siempre que llegues a realizar tus deseos?

—¡Oh, sí, lo juro! Yo daría hasta los míos propios.
(4, XI, p. 171)

En los diálogos también se hace patente el peligro que corre Juan de Zubiaur de que sean descubiertos los asesinos de Peñalva puesto que Juan de Hinestrosa, el mayor cómplice del gobernador, que conoce algunos secretos respecto al asesinato, ha recobrado el juicio y se encuentra en poder del Deán. Aparentemente, estas revelaciones se hacen con el fin de que Luis participe en las acciones de los jesuitas para salvar a María del encierro y a su padre del oprobio:

—[...] La vida de tu padre se halla en peligro inminente. Nuestra provincia está a punto de perderse. La seguridad de tu padre, la conservación del honor de tu familia, la tranquilidad de Yucatán y... también tu personal felicidad, depende de que me escuches atentamente. (2, IV, p. 156)

Noriega incluso le advierte que quizá deberá arrostrar grandes peligros y enfrentarse a personas más fuertes que él;¹³⁰ sin embargo, en su regreso a Mérida, Luis permanece encerrado en la hacienda de los jesuitas, y su única tarea consiste en adherirse a la Pía

¹³⁰ *Vid. Supra*

Unión y jurar casarse con María, después de eso, sólo volvemos a saber de él cuando contrae nupcias con María y parte hacia Portugal.

La verdadera razón por la que Luis es enviado a la ciudad es para transmitirle el conocimiento que requiere para poder actuar conscientemente en el futuro y de acuerdo a las necesidades de los jesuitas. Y es preciso alejarlo de Mérida porque así quedará lejos de la influencia de su padre —entonces los únicos que tendrán ascendiente en su conducta posterior serán los jesuitas— y de las distracciones que le puedan producir los sucesos que ocurren en la ciudad y que de alguna manera podrían entorpecer los conocimientos que desean poner a su alcance.¹³¹

Es muy significativo el hecho de que don Luis sea aislado para poder transmitirle el conocimiento, ya que una de las tendencias románticas constituía la retracción del individuo en sí mismo para así adquirir el conocimiento, así Luis, al estar alejado de sus seres queridos, encerrado en el estudio, pierde la noción del tiempo y es capaz de entrar en uno de esos estados subjetivos “que nos hacen descender en nosotros mismos y encontrar esta parte nuestra que ‘es más nosotros mismos’ que nuestra misma conciencia”.¹³² Luego alternará ese conocimiento con los que le proporciona el padre Noriega para de esta manera lograr que coincidan el ritmo interior y el exterior¹³³ y de esta manera salir a su realidad en Mérida más fortalecido.

El lector se preguntará ¿y de qué sirvió dedicarle tanto tiempo instruyendo a don Luis?, ¿para qué tantos cuestionamientos hacia el gobierno español?, ¿de qué sirvió que lo

¹³¹ Ya anteriormente quedó claro que le molesta profundamente que los conocimientos que transmite sean comparados con la información que Juan Perdomo había comunicado a don Luis respecto a los hechos del pasado.

¹³² Albert BÉGUIN, *op. cit.*, p. 29.

¹³³ Al respecto dice Albert BEGUÍN, *Ibid.*, pp. 29-30: “[...] el único conocimiento será el del buceo en los abismos interiores, el de la concordancia de nuestro ritmo más personal con el ritmo universal; conocimiento análogo a una realidad que no es el dato exterior”

provocaran a cuestionarse preceptos religiosos como el odio a los judíos?, ¿para qué tantas preguntas respecto a si el asesinato del conde de Peñalva era o no justo, y bajo qué circunstancias?, en fin, ¿para qué dedicarle tantas páginas a don Luis si a fin de cuentas él no hizo prácticamente nada?

Simplemente porque el eje a partir del cual se constituyó la segunda parte de la novela no es Luis, él es un pretexto para hablar del pasado colonial: de las injusticias gubernamentales, de los errores de la Corona cuyo esplendor empezaba a declinar; del desmedido poder de la Inquisición y de la avaricia de sus representantes; de la necesidad de proteger a Mérida de las constantes arbitrariedades. La segunda parte de *La hija del judío* tiene como finalidad, en gran medida, justificar la Independencia de México. Y es necesario instruir a Luis respecto del pasado, crearle una conciencia que cuestione las ideas ortodoxas y que aprenda a relacionar diversas circunstancias (antecedentes, situación emocional, preceptos morales, necesidades individuales y sociales, etc.) para obtener un conocimiento completo de determinadas situaciones y de esta manera sus acciones sean consecuencia de una reflexión profunda y completa, dentro de lo posible. Luis representa a las nuevas generaciones de criollos, instruidos por jesuitas, que en un futuro serán los iniciadores de la Independencia y los que tendrán como primera labor la configuración de una nación y, particularmente, la consolidación de un estado yucateco. El narrador, a través de Noriega, está hablando, no con Luis, sino con los habitantes de un país recién nacido que no ha logrado organizarse eficientemente, les muestra el pasado para que no cometan los mismos errores: “La posteridad puede realizar lo que la actual generación no ha hecho más que

imaginar haciendo castillos en el aire y tropezando, a cada paso, con dificultades imprevistas.”¹³⁴ (5, I, p. 224)

Después de lo expuesto, puedo afirmar que Luis no es un personaje principal en esta historia, por el momento es un joven, en el que se perciben ciertos rasgos románticos, al que hay que instruir respecto al pasado y el presente, para que actúe en consecuencia, sin embargo, aún no es el momento propicio para actuar y por ello se va a Portugal, en donde sigue teniendo contacto con los jesuitas. Luis representa a las nuevas generaciones, que en un futuro, darán forma al país naciente que será México, así como a la provincia de Yucatán, y para eso deberán tener los conocimientos que les permitan actuar eficientemente. Los jesuitas de esta historia serán sus guías y por ello, en el presente de la historia, sólo conoce lo que éstos le informan y lo que sus sentimientos le dictan.

Ahora pasemos a María. Como ya se ha dicho, no tiene una participación muy activa en la novela. Desconoce casi todo lo que sucedió en el pasado y del presente sólo ha logrado ver las cosas que han sucedido frente a ella. En cambio el Preósito conoce su pasado y su presente, así como los asuntos públicos y privados que la rodean. El destino de María depende totalmente de las acciones que el jesuita realice en su favor.

Un personaje sobre el que el Preósito ejerce una importante influencia es Juan de Zubiaur, quien es, además, integrante de la Pía Unión:

A su vez tenía don Juan quien sobre él influyese de manera decisiva. El preósito de la Compañía era el director de su conciencia, y muy rara vez adoptaba una determinación, por insignificante que fuese, sin haber escrito una epístola a Mérida para consultar el juicio del padre jesuita (1, IV, p. 30)

¹³⁴ Respecto a la significación histórica de la novela profundizaré en el siguiente capítulo.

El jesuita está tan seguro de su ascendiente sobre Zubiaur, que no duda que éste, después de saber la desaparición de su hijo de San Ildefonso y antes de ir a buscarlo a la ciudad, viajará para consultar al prelado sobre lo que debe hacer:

[...] adivinó los pensamientos todos que a éste le asaltarían, bien así como la resolución, que adoptaría en consecuencia, de avenirse a abocar en él. Tan seguro estaba de eso el jesuita, que en el instante mismo hizo preparar un alojamiento al caballero, pues quería mantenerlo sustraído de las visitas [...]. (4, VI, p. 125)

Y aunque es consejero de don Juan, el Prepósito sólo le revela los secretos que considera oportunos. Cuando lo encierra en Chucuauxim, pretextando el peligro que corre después de que Juan de Hiestrosa recuperó el juicio, le informa que la hija de María Altagracia de Gorozica vive y al mismo tiempo le recuerda que no ha cumplido la promesa de protegerla. También le comunica que su hijo está enamorado de María, y espera que don Juan facilite ese enlace, como pago de la deuda que contrajo con la difunta madre de María. Sin embargo, a pesar de la influencia del religioso, el orgullo de Zubiaur, motivado por la idea de pureza de su sangre, provoca que no acceda a la consumación de ese matrimonio.

Entonces el jesuita toma medidas más enérgicas y, después de hacer que el mismo don Juan inicie a su hijo en los secretos de la Pía Unión, le recuerda la obediencia que juró a la Compañía de Jesús cuando se integró a la misma organización a la que ahora pertenece su hijo. A pesar de todo, don Juan continúa rebelándose a esa imposición que le parece deshonrosa, y de nada valen las lágrimas y los argumentos de su hijo, quien ha decidido obedecer a la Sagrada Compañía antes que a su padre:

—Señor —dijo don Luis— yo debo a mi padre todo respeto y obediencia, salvo en los casos en que, conforme a las terrible palabras que he pronunciado hoy mismo, tenga que prescindir de los vínculos sagrados que a él me unen, para obedecer preceptos superiores. No está ya en mi mano obrar de otra manera.

[...]
 —[Ese enlace es] Imposible, desgraciado niño, imposible, porque no habría poder en la tierra que arranque de mí el consentimiento para la deshonra de mi familia. Mientras yo viva ¿cómo podrás desposarte con esa desgraciada sin consentimiento mío? ¿Ignoras lo que tienen dispuesto las leyes del reino? (4, XV, pp. 206-207)

El único sentimiento que incita a don Juan a rebelarse en contra de los deseos del jesuita es su implacable orgullo, basado en la pureza de sangre de su familia, que pierde posteriormente al conocer el ascendiente semita de su difunta esposa.

Don Juan es un hombre que, como el jesuita, participa activamente en la política, pero, a diferencia del religioso, está obligado a proteger sus posesiones y su vida privada. El asesinato de Peñalva fue un acto de justicia de una u otra manera necesario y por ello el Prepósito no se opuso a éste, sin embargo, cuando las acciones de la comunería y de Zubiaur empezaban a encaminarse a proteger a sus integrantes y no a hacer justicia, entonces el Prepósito se opuso, lo cual también se puede explicar por el hecho de que no tenía nada que perder:

[...] no solamente para castigar a un criminal famoso, sino para que los misteriosos jueces del mandarín quedasen a cubierto, el Tuerto Hiestrosa debió morir juntamente con el conde, y don Juan de Zubiaur no había cedido, sino con abierta repugnancia, a las moderadas sugerencias del jesuita mayor, que se opuso con todas sus fuerzas a llevar los procedimientos del tribunal secreto más allá de lo estrictamente necesario para cumplir el compromiso de los tres Cabildos. (4, VI, p. 122)

La superioridad del jesuita sobre Zubiaur consiste, además, en que este último no conoce ningún secreto del Prepósito —incluso en la catástrofe de Peñalva “era de todo punto imposible complicar al jesuita a pesar de haber tenido en ella una parte directa y activa” (4, X, p. 157)—, desventaja que se agrava por vivir lejos de Mérida —donde el

contacto con la gente le permitiría conocer sucesos que el Prepósito le oculta—, mientras que el jesuita, quien monopoliza la información, sí está informado de los secretos y debilidades de don Juan:

[...] una ruptura abierta con el jesuita podría atraerle las más serias consecuencias, si aquel religioso tomaba el asunto por lo serio y se ponía en pugna abierta con el orgulloso regidor. Paridades tenía éste encerrado, por decirlo así, en el hueco de las manos del Prepósito que, con sólo abrirlas dejando escapar aquellos terribles secretos, echaría abajo la fama y sentada reputación de don Juan de Zubiaur (4, X, p. 156)

Mientras que las motivaciones de don Juan son, en gran medida, de carácter personal, todas las acciones que realiza el jesuita están encaminadas o a hacer justicia en favor de personas ajenas a él o a beneficiar a su Compañía y a la educación de la provincia, por medio de la obtención de retribuciones económicas, y, por ello, acaparán la simpatía del lector.

Recordemos al Deán, enemigo acérrimo del Prepósito, quien también funge como representante de una institución: el Santo Oficio. Aunque existen ciertas similitudes entre ambos religiosos, a partir de lo analizado anteriormente, queda claro que el jesuita es superior, particularmente por tres circunstancias: posee más información que el Deán, no lo mueven las pasiones y sus intereses y acciones son altruistas —no están motivadas por intereses personales, sino por fines justos que benefician a la comunidad.

Si bien es cierto que el resto de los personajes tampoco es objeto de una descripción física detallada, sí tienen cierta individualización. El jesuita, en cambio, no tiene vida privada y su ámbito de acción es exclusivamente público; su individualidad queda diluida ya que carece de pasiones o afectos exacerbados que lo aten a algo y obnubilen su razón. Es la encarnación del conocimiento al servicio del bienestar social.

Ese tipo de conocimiento bienintencionado es precisamente el que provoca que el lector crea al Prepósito, se convenza de la verdad de sus palabras y sea su cómplice. Además, él controla la sucesión de acontecimientos, prevé las posibles reacciones de los personajes y actúa en consecuencia, anticipándose a cualquier eventualidad. Lleva a los personajes a donde quiere, los incita a actuar de determinada manera, ya sea por medio de la razón o de la fuerza a partir del conocimiento que posee acerca de cada uno de ellos. El Prepósito conduce la historia y el desarrollo de los sucesos. Mientras que el narrador arma el tinglado “desde afuera” de la historia narrada, el Prepósito lo hace “desde adentro”. Uno y otro se parecen en la función que tienen en la historia y, así como el lector le cree al narrador a partir del pacto de confianza que se estableció desde el inicio entre ellos,¹³⁵ de la misma manera le cree al Prepósito. Ambos poseen información “fidedigna” que utilizan con fines didácticos.¹³⁶

El Prepósito, como hemos visto a lo largo de este capítulo, no es un personaje que se pueda analizar al mismo nivel de los demás. Está por encima de ellos gracias a su momentánea función como narrador delegado, a su individualidad difuminada, a su omnisapientia, su omnipresencia y su omnipotencia, características que lo acercan más al narrador que al resto de los personajes. Por sus cualidades, el Prepósito es el agente que restablece el orden en la historia: castiga a quienes obraron mal, alejándolos de la posición o el cargo que les permitía conducirse de manera inapropiada o incorrecta; a los no tan culpables, los hace conscientes de sus errores y los obliga a actuar correctamente, y,

¹³⁵ Cfr. capítulo anterior

¹³⁶ No analizaré con profundidad en esta tesis la relación que se establece entre el Prepósito y el narrador puesto que es un tema muy extenso que excede la finalidad y los límites que me he impuesto para esta investigación. Sólo hago el señalamiento de algo que me parece evidente e importante para comprender la complejidad de la novela que analizo.

finalmente, premia a los inocentes, pero no sin antes transmitirles el conocimiento y la conciencia que los hará comportarse de manera adecuada y justa en el futuro.

Al observar la importancia del Prepósito, casi comparable a la del narrador, surge una pregunta: ¿Por qué el narrador creó a un personaje cuyas facultades casi son equiparables a las de él mismo, un personaje-ideal que construye la historia desde adentro? Mi respuesta es la siguiente: el narrador se presenta como un historiador, a veces un crítico, pero su propuesta no es tan clara ni tan convincente para el lector si sólo emite juicios y propone soluciones al margen de los hechos narrados, por tanto necesita que la historia, por sí misma, evidencie esa verdad que desea transmitir; con esa finalidad creó al Prepósito y le dio tanto poder sobre los otros personajes, el Prepósito es el conocimiento al servicio del bienestar social, el conocimiento que repara los errores del pasado, castiga a los mal intencionados, anula los poderes en decadencia y educa a las nuevas generaciones que transformarán a la sociedad. Esa postura ideológica que encarna el Prepósito, *al estar integrada a la historia, deja de ser una propuesta y se convierte en una verdad incuestionable de la que el lector quedará convencido.*

Pero, ¿cuál es el mensaje que desea transmitir?, ¿hacia dónde se dirige la intención didáctica? Intentaré dar respuesta a estas interrogantes en el siguiente capítulo, en él retomaré los diversos aspectos analizados en apartados anteriores y los relacionaré con la situación social y económica que se vivía en México, específicamente en Yucatán, en la época en que se escribió *La hija del judío*.

5. *La hija del judío*: una novela de la Historia

En el transcurso de esta investigación he señalado diferentes aspectos de la novela que me parecen fundamentales para su comprensión. He identificado algunos elementos románticos que se encuentran en el texto y que no tienen que ver con los exabruptos pasionales que algunos críticos han exigido de ella;¹³⁷ también he resaltado la función simbólica de los personajes y sus conflictos dentro de la narración; advertí en otro momento la función que tiene en esta novela un narrador que cuenta desde el presente, de 1848 y 1849, una historia acontecida mucho tiempo atrás, y en algunos momentos, señalé el carácter histórico de *La hija del judío* que, además de tratar sobre el pasado colonial, alude al presente en que se escribió la historia.

Todas estas características contribuyen a la construcción de la novela tal y como se expone ante los ojos del lector. En conjunto hacen pensar que la historia no sólo se refiere al pasado, sino también al presente en que fue escrita la novela y desde el cual se narra la historia. Por lo tanto, para comprender cabalmente el sentido y el significado de ella, me parece indispensable conocer la Historia de la provincia de Yucatán, particularmente los sucesos que tuvieron lugar en la década de 1840.

Yucatán: entre la orfandad y la miseria¹³⁸

La historia de Yucatán, durante los tres siglos de Colonia hasta 1848, se puede definir por la palabra *inestabilidad*. Consistió en una pugna constante entre dos fuerzas políticas que se

¹³⁷ *Vid. supra*, capítulo primero.

¹³⁸ Los datos que vierto aquí acerca de la historia de Yucatán provienen básicamente de dos fuentes: Sergio QUEZADA, *Breve Historia de Yucatán*, pp. 31-146 y Melchor CAMPOS GARCÍA, “*Que los yucatecos todos proclamen su independencia*” (*Historia del secesionismo en Yucatán, 1821-1849*).

enfrentaban para obtener la hegemonía económica de la provincia: por un lado estaban los comerciantes radicados en Campeche y por otro los terratenientes y comerciantes menores, radicados en Mérida y Valladolid. Además, estaba el gobierno externo, primero el español y luego el mexicano, contra los que ambas fuerzas se unían para salvaguardar sus privilegios y su estatus.

Con la llegada de las ideas liberales, la relación con el centro se asumió en términos comerciales, de ahí que el secesionismo y las constantes reunificaciones con México fueron resultado de estrategias políticas entre bandos políticos yucatecos, como del beneficio o perjuicio económico que llegaba a representar la unión con el resto del país.

Es un hecho conocido que Yucatán tuvo problemas, desde la época colonial, para constituirse como una provincia fuerte. Los recursos materiales para formar una economía estable eran limitados y esta última dependía en, gran medida, de las contribuciones y el trabajo indígenas.

La lejanía respecto del poder central de la Nueva España, así como de la Metrópoli; la falta de comunicaciones y el escaso interés que inspiraba una provincia con pocos recursos económicos, permitió que se estableciera en Yucatán una forma de gobierno en la que prevalecían los intereses de las clases privilegiadas de la provincia, cuyo poder provenía de la encomienda y el comercio. Esto permitió que los yucatecos coartaran cualquier intento de reforma por parte de la Corona. Al mismo tiempo, esa lejanía y la falta de apoyo económico, obligó a los yucatecos a enfrentar todos los problemas de manera casi independiente y con sus propios recursos, tal fue el caso de la piratería, que originó un grave deterioro en su economía, incluso después de la Independencia.

Otro problema en la provincia consistió en la constante pugna entre emeritenses y campechanos por la hegemonía económica, particularmente desde que fue permitido el

comercio desde el puerto de Sisal, cerca de Mérida, el cual afectaba al monopolio comercial y a los ingresos de las clases adineradas campechanas. El conflicto se agravó con el hecho de que el comercio de Campeche, dirigido a la Nueva España, constantemente sufría impedimentos o dificultades para entrar al puerto de Veracruz ya que, además de significar una competencia para éste, en muchas ocasiones podía transportar mercancías extranjeras prohibidas o producto del contrabando. Por ello, para estabilizar la economía, era importante para los comerciantes campechanos que las mercancías yucatecas pasaran por su puerto.

La situación no cambió mucho después de la Independencia y de la promulgación de las constituciones federal (1824) y estatal (1825). El contrabando deterioraba la precaria economía —que aún dependía de los tributos indígenas—, no había libre comercio efectivo entre los distintos estados de la República, la península de Yucatán no aceptaba controles gubernativos de ningún tipo pero sí pedía concesiones y apoyo económico. Además, las rencillas entre campechanos y emeritenses se recrudecieron.

El golpe centralista que tuvo lugar en el país en 1829 escindió a Yucatán del resto de la República, de ello se derivó una inestabilidad política entre los partidarios del federalismo y los del centralismo que aumentó considerablemente cuando Antonio López de Santa Anna pretendió reincorporar la península al resto del país bajo el régimen instaurado. Finalmente, a causa de que el federalismo gobernante no solucionó el problema de la crisis económica, prevaleció el centralismo que se instauró definitivamente en 1834 y Yucatán se reconcilió con la República bajo ese régimen hasta 1840.

El cambio no trajo mejoras y la provincia se declaró federalista en 1841, escindiéndose del régimen centralista que imperaba en el resto de la república. A la instauración del régimen federal siguió la atomización de ideologías y los conflictos para

definir la tendencia política que seguiría el estado para su reorganización. Surgieron dos políticas fundamentales: la de los barbachanistas y la de los mendecistas, la primera, encabezada por Miguel Barbachano, defendía la separación absoluta de México, mientras que la segunda, encabezada por Santiago Méndez, era renuente al separatismo y esperaba que la república regresara al federalismo. Ambas posturas se pueden explicar por las preferencias comerciales y las estrategias políticas de cada grupo, mientras los mendecistas preferían el comercio con México y Estados Unidos, los barbachanistas estaban interesados en el comercio con Cuba, principalmente. Los esfuerzos posteriores de cada grupo por reconciliarse con México dependieron de las ventajas políticas momentáneas que podían obtener de esta nación para erigirse por encima de sus adversarios.

Ambas posturas titubearon mucho para declarar la independencia definitiva ya que conocían la debilidad de Yucatán y su incapacidad de sostenerse como país independiente. Después de varios enfrentamientos bélicos y algunas negociaciones con el presidente centralista en turno, Antonio López de Santa Anna, en 1843 se obtuvieron concesiones que permitían a la provincia cierta autogestión, se les eximía de algunas contribuciones y se ratificaba el libre comercio con el resto de la República. Sin embargo, estados como Veracruz y Puebla, que aportaban las mayores contribuciones para el sostenimiento del país, se opusieron al libre comercio con Campeche arguyendo que afectaba la industria local. De ahí que las concesiones comerciales duraran poco tiempo.

Ante la negativa de respetar los acuerdos por parte de los gobiernos posteriores a Santa Anna (1844-1846) las relaciones con México se enfriaron nuevamente y se decidió, en 1846, tomar una postura neutral ante la guerra contra Estados Unidos, que acababa de anexarse Texas.

En el periodo que va de 1840 a 1846, los gobiernos barbachanistas y mendecistas se sucedieron constantemente, según las ventajas políticas que lograba cada uno y de las inestables preferencias del público. A veces los relevos eran pacíficos, el gobernante en turno cedía su puesto a otro si éste gozaba de una mejor opinión en la sociedad, y otras veces eran resultado de enfrentamientos bélicos en los que se usaba a los indígenas como carne de cañón, ofreciéndoles a cambio beneficios que nunca se llevaban a efecto. Pero nadie solucionó los problemas económicos y la inestabilidad política era patente.

Cuando, en 1846, Santa Anna regresó al poder, reinstaurando el federalismo, para enfrentar la guerra contra Estados Unidos, Miguel Barbachano era el gobernante y, esperando que Santa Anna ratificara los acuerdos de 1843, decidió apoyar al presidente en la guerra contra Estados Unidos, de lo que resultó que esta nación hizo un bloqueo naval en la Isla del Carmen que perjudicó considerablemente el comercio yucateco y campechano. De ahí que los mendecistas, quienes no confiaban en las promesas de Santa Anna, se levantaron en armas y tomaron el poder para declarar la neutralidad de Yucatán en la guerra y así poder gestionar con Estados Unidos el desbloqueo naval. Esta misión fue asignada a Justo Sierra O'Reilly en septiembre de 1847.

En ese mismo año, los yucatecos tuvieron otro pretexto para no participar en la guerra entre naciones: la inconformidad indígena ante el exceso de abusos y engaños se tradujo en una serie de levantamientos que poco después derivarían en la famosa Guerra de Castas. Ya que los mendecistas tenían mayor responsabilidad en la inconformidad indígena, tuvieron que ceder el gobierno a Barbachano en 1848, éste logró algunas negociaciones con un líder indígena que no se llevaron a efecto pues otros grupos mayas no estaban dispuestos a ceder tan fácilmente a las falsas promesas..

La Guerra de Castas fue el pretexto perfecto, de ambos grupos, para buscar ayuda en el extranjero y así conseguir ventajas políticas sobre el adversario. Siendo gobernador Miguel Barbachano, Santiago Méndez, sin autorización alguna, comisionó a Justo Sierra O'Reilly como embajador a Estados Unidos para negociar ayuda contra la Guerra de Castas y la posible anexión de Yucatán a Estados Unidos, asimismo, envió comunicados a varias naciones extranjeras ofreciéndoles la anexión de la provincia a cambio de ayuda —aunque su verdadero interés era que Estados Unidos se interesara por la propuesta. Aunque Miguel Barbachano conocía las actividades extraoficiales de Méndez, no lo detuvo puesto que esperaba que España se interesara en la provincia y, como su grupo estaba ligado a esta nación por intereses comerciales, la anexión a ella representaría grandes beneficios a su grupo, prueba de ello fue que Cuba les envió armamento para enfrentar la guerra contra los indígenas.

Ambos bandos fracasaron, a mediados de 1848, en su empeño de anexar Yucatán a otra nación, tanto por el escaso interés que inspiraba la provincia, como porque las naciones a las que acudieron estaban conscientes de la inestabilidad política de la provincia, así como de que el verdadero conflicto no era con los indígenas —éste sólo era “un pretexto psicológico y humanitario” para plantear la anexión de Yucatán a otra nación.¹³⁹—, sino entre los grupos de poder que buscaban la hegemonía en la región. El triunfador en esta contienda fue Miguel Barbachano, quien, después de todo, gracias a sus gestiones, a finales de 1848, consiguió el apoyo de México para reprimir la Guerra de Castas y obtuvo algunas concesiones económicas para la provincia, con lo que dejó a Santiago Méndez fuera de la contienda, mientras él quedó como gobernador y líder absoluto de la provincia. Así, el 17 de agosto de 1849 se declaró la reintegración oficial a México.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 659.

Para concluir el apartado de la historia de Yucatán, me parece importante citar dos observaciones con las que Melchor García Campos concluye su libro sobre el secesionismo yucateco, las cuales explican dichas tendencias y su fracaso:

[...] las tendencias secesionistas no dependieron de las extralimitaciones del derecho de gentes, como tampoco de las evocaciones de una supuesta independencia que la península había gozado respecto del virreinato durante la Colonia, sino de las aspiraciones, las ambiciones y las capacidades de los grupos de interés para expresarse y reunir voluntades, y por otro lado, de los desengaños, los temores y las esperanzas que inspiraron los pronunciamientos y la política de los gobiernos generales que sucedieron desde 1821, así como del contexto internacional y del interés despertado en el extranjero.¹⁴⁰

A partir de la opinión de Melchor Campos y de la historia que expone en su libro, se deduce que los vaivenes y las luchas políticas, el secesionismo y la Guerra de Castas, fueron resultado de la lucha por preservar y privilegiar los intereses de grupo. Por ello, Campos concluye que:

El fracaso definitivo del secesionismo yucateco se debió a condiciones políticas exógenas (el rechazo a la oferta anexionista). La Guerra de Castas fue un pretexto para mantener los privilegios y concesiones regionales. Por encima de las rencillas localistas permaneció el interés de recibir los beneficios de la política nacional dirigida a combatir las sublevaciones indígenas. Así pues, las oligarquías yucatecas pudieron sostener su hegemonía regional y reconstruir su identidad en el marco de la nación.¹⁴¹

De aquí se deduce que Yucatán no era realmente una víctima de la orfandad y la miseria que tanto ostentaban. Su situación era la consecuencia natural de la postura y los caminos que habían tomado, desde su surgimiento como tal, hasta la época en que Justo Sierra escribió *La hija del judío*.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 728.

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 738.

Si bien es cierto que los estados de la periferia de México, desde que era colonia española, sufrieron cierta discriminación y fueron de alguna manera relegados, tampoco estaban dispuestos a sacrificar sus privilegios para conseguir una igualdad en el trato respecto a otros estados como Veracruz, que así como tenía privilegios, también padecía la obligación de aportar cuantiosos ingresos al erario público nacional, además de sufrir un mayor control administrativo por parte de la capital. Los yucatecos tuvieron recursos que no supieron explotar y las pugnas internas constituyeron un importante factor que impidió el crecimiento interno. La Guerra de Castas fue consecuencia de la explotación constante que padecían los indígenas. Si bien la elites querían entrar a la modernidad y pertenecer a un Estado liberal, no querían pagar los costos que este cambio representaba, particularmente en lo relacionado con renunciar a sus privilegios. Los yucatecos estaban dispuestos a pertenecer a cualquier nación, con tal de que resolvieran los problemas internos que ningún gobernante yucateco pudo —o quiso— solucionar.

Para finalizar este apartado, quiero señalar cuál era la postura de Justo Sierra O'Reilly en esta contienda.¹⁴² Pertenecía al grupo de los mendecistas y, como familiar de Santiago Méndez, se le asignaban las misiones que requerían un emisario de confianza.

¹⁴² Además de aclarar la postura de Sierra O'Reilly en esta novela, me parece importante dar aquí una pequeña biografía que elaboré a partir de la información que proporcionan Carlos J. Sierra (“Aportaciones para una bibliografía de Justo Sierra O'Reilly” en el supl. del *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda*, pp. 1-6) y Antonio Castro Leal (prólogo a *La hija del judío*). Justo Sierra O'Reilly nació el 24 de septiembre de 1814 en la población de Tixcaltuyú, en el estado de Yucatán. Estudió filosofía en 1829 y teología en 1832, fue bibliotecario del plantel y consiguió dos becas que le permitieron continuar sus estudios, y viajar a la Ciudad de México para, en 1838, doctorarse en Derecho Civil y Canónico. Así inició su participación en la vida política de Yucatán que después se enriqueció con las opiniones emitidas por él en los diferentes periódicos en los que colaboró y en los que fundó. El primero de estos últimos fue *El museo yucateco* (Campeche, 1841-1842), de contenido literario e histórico; luego vino *El registro yucateco* (Mérida, 1845-1849); el tercero fue *El Fénix* (Campeche, nov. 1848-dic.1849), un periódico “noticioso, político, literario y mercantil”; el cuarto fue un periódico oficial del gobierno de Yucatán *La unión liberal* (Campeche 1855-1857), lo encabezaba Santiago Méndez Ibarra y Justo Sierra O'Reilly era el redactor propietario.

En 1842 se casó con Concepción Méndez, hija de Santiago Méndez Ibarra y tuvo con ella cinco hijos, los más conocidos, por su actividad literaria y cultural, son Justo (1848) y Santiago (1850). Justo Sierra O'Reilly participó activamente en la política al lado de los mendecistas y sus trabajos, políticos y literarios, no terminaron sino hasta su muerte el 15 de enero de 1861.

Sierra era partidario de la separación absoluta y protestaba contra la tibieza de los comerciantes campechanos respecto a este punto y calificó en *El espíritu del siglo*, “de ‘mezquina’ la actitud de ‘los contrarios’ campechanos cuyos intereses privados serían perjudicados por estar ligados a los puertos mexicanos”.¹⁴³ De hecho, fue de los primeros mendecistas que, en 1842, al comprender que en la república no había intentos por regresar al federalismo, replantearon el proyecto de independencia. Sierra realizó, en 1841, una campaña protonacionalista que, aunque intentaba evitar la discusión separatista, su surgimiento sólo podía entenderse a partir de esta tendencia.

Sierra encabezaba un grupo de intelectuales dedicados a dotar de valores simbólicos a su patria, a partir de rescatar dos vertientes de la civilización que habían florecido en su pasado: lo autóctono, representado en los vestigios arqueológicos y la española, con el rescate de la historia y las tradiciones coloniales. Aunque los forjadores del protonacionalismo criollo yucateco se cuidaron de no mezclar esa labor con los asuntos políticos del momento, la cuestión separatista otorgó sentido a esa labor cultural.¹⁴⁴

Aquí vemos que ya en este periodo se puede observar su tendencia a rastrear en el pasado los elementos que den sentido y fundamento al presente. Y, además de esta labor cultural, era el primero entre los mendecistas en expresar las tendencias independentistas. Así, aunque los partidarios de Méndez se retiraron del debate público en 1842, Sierra, como principal redactor de *El espíritu del siglo*, replanteó el proyecto de independencia: consideraba que, al no aceptar México las condiciones de reunificación, el único camino viable era la independencia, pero si ésta era insostenible por la falta de recursos, se ofrecía a una tercera opción que consistía en acudir a los Estados Unidos, aunque ello implicara la anexión a este país, o, en última instancia, solicitar ayuda a España y reintegrarse a ella

¹⁴³ Melchor Campos García, *op. cit.*, p. 232.

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 239-240.

como parte de Cuba, con ciertas concesiones comerciales, ya que el intercambio de productos con esta isla era importante para la economía yucateca.¹⁴⁵ Sin embargo, cuando México ofreció apoyo contra la Guerra de Castas y se negoció la reincorporación de Yucatán a México, todos los mendecistas, incluido Justo Sierra O'Reilly, renunciaron al separatismo y aguardaron con los brazos abiertos los privilegios que les traería la reanexión.

Por otra parte, Sierra, en el marco ideológico mendecista, apoyaba a la juventud para que tomara las riendas del gobierno yucateco ya que, gracias a su falta de experiencia, carecían de malicia y podían llevar a la provincia por nuevos derroteros:

El anteojo de Sierra encaró la ligereza de impedir el ascenso de la juventud inexperta “dando por razón que los individuos de la otra generación, ni tienen principios democráticos” ni ideas de libertad e igualdad. En cambio, planteó sus temores de que el gobierno “en manos hábiles y patrióticas” podría seguir los pasos de Santa Anna, quien, después de aparentar ideas liberales en su mensaje al pueblo Mexicano del 14 de diciembre de 1833, estableció “una liga infame y degradante con la oligarquía conservadora” [...] La postura del periódico campechano se vinculaba a la candidatura de Santiago Méndez, un antiguo camarillero de la elite mercantil y vicegobernador derrocado en 1834.¹⁴⁶

Esta postura política e ideológica de Justo Sierra O'Reilly, que apenas he logrado esbozar aquí, se verá ampliada y reforzada constantemente en la novela *La hija del judío*, no sólo por las aseveraciones que hace el narrador —*alter ego* del autor— sino también por la estructura de la novela y la función que cumple en ella cada uno de los personajes tipo. Esa postura ideológica la analizaré en el siguiente apartado.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 333-336.

¹⁴⁶ Melchor CAMPOS GARCÍA, *op. cit.*, pp. 188-189.

De Historia y ficción. Una novela al servicio de una ideología.

Para cuando Justo Sierra O'Reilly escribió su novela (1 de noviembre de 1848 a 25 de diciembre de 1849), su misión en Estados Unidos había fracasado (mayo de 1848), la nación Mexicana había ratificado el tratado Guadalupe-Hidalgo en el que México cedía a Estados Unidos los territorios de Texas, Nuevo México y California (febrero de 1848) y estaba dispuesta a apoyar a Yucatán contra la Guerra de Castas, siempre y cuando se retiraran las propuestas de anexión a otras naciones. Para ese tiempo, el desorden político y los problemas económicos, tanto en el país como en la península yucateca, eran notables. Si ya anteriormente, en 1841, Justo Sierra O'Reilly había iniciado una campaña protonacionalista de rescate de la historia y las tradiciones yucatecas, motivada por las tendencias secesionistas de Yucatán,¹⁴⁷ ahora (mayo de 1848), que nuevamente se vislumbraba la reanexión a México surgían, como consecuencia lógica, las preguntas: ¿cuál era la situación de Yucatán?, ¿por qué había llegado a tal estado?, ¿cómo era posible cambiarlo?

En mi opinión, Sierra buscó la respuesta nuevamente en el pasado y el resultado de su análisis comparativo fue la creación de una novela de la Historia, valiéndose de algunos recursos de la novela histórica. Recordemos que la llegada de la modernidad y el surgimiento de los estados-nación abre el camino a una nueva concepción sobre el progreso, así “La racionalidad del progreso humano se explica cada vez más por las oposiciones internas de las fuerzas sociales en la historia misma, es decir, la propia historia ha de ser portadora y realizadora del progreso humano”.¹⁴⁸ La novela histórica es el

¹⁴⁷ *Vid. supra.*

¹⁴⁸ Georg LUKÁCS, *op. cit.*, pp. 25-26.

resultado de esta nueva visión que consiste en “derivar de la singularidad histórica de su época la excepcionalidad en la actuación de cada personaje”.¹⁴⁹ Así mismo, la comprensión verdaderamente histórica surge en Alemania puesto que allí se observa un fuerte contraste entre las ideas ilustradas de la época y una realidad decadente, y el “Resultado de esa situación fue el retorno a la historia alemana. La esperanza de un renacimiento nacional toma sus fuerzas parcialmente de la resurrección de la pasada grandeza nacional”.¹⁵⁰ También en México se observaba un fuerte contraste entre las ideas ilustradas y la realidad: el sistema económico y político seguía siendo, a pesar de la Independencia y de la elaboración de una constitución liberal, el mismo que había perdurado durante la época colonial y la situación económica no había mejorado tampoco. Pero en México y particularmente en Yucatán, la singularidad histórica del pasado —en términos políticos y económicos— no era muy diferente al presente en que se escribió la novela, la Historia y el progreso se encontraban en un punto muerto y por ello, en vez de una novela histórica, surgió una novela de la Historia.

La hija del judío es el resultado del análisis histórico del autor en el que el pasado y el presente son sometidos a su juicio en una reelaboración cuya conclusión última es una apuesta por el futuro, la educación y las nuevas generaciones. Por su estructura, por la presencia del análisis histórico y porque la novela fue publicada como folletín en *El Fénix*, un periódico que editaba el cuñado de Sierra O'Reilly, Pedro Méndez Echazarreta, en el que Sierra también publicaba “abundantes comentarios [...] sobre la situación política de

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 15

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 19

Yucatán”,¹⁵¹ se deduce que no fue un texto escrito con premura y que la postura ideológica del autor era clara para aquellos que leían el periódico.

Aquí cabe señalar que la calidad de novela de Sierra O’Reilly no puede ser cuestionada por el hecho de que se imprimiera como folletín ya que su estructuración respondió más a las tendencias ideológicas del autor que a las exigencias del público —si hubiera sido así, es muy probable que la trama amorosa hubiera tenido mayor relevancia en la historia—, ya que los editores, pertenecientes a la elite comercial campechana, no dependían económicamente de sus lectores, más bien utilizaban su periódico como medio de propaganda política mendecista. La estructura de folletín, más que demeritar la calidad de la novela, le aportó el recurso estilístico del suspenso, además de que, como lo mencioné en el segundo capítulo, permitió salvar la distancia entre el autor, el texto —que al separarse de su creador, adquiere autonomía semántica—, y el lector —que actualiza la información contenida en el texto.

La evidencia de que hay un análisis histórico comparativo en la novela no es sólo extratextual, también se encuentra en la narración. En la novela hay varios niveles temporales: uno lo constituye el pasado en el que gobernó el conde de Peñalva, el pasado de las iniquidades; otro, el presente de Luis y María, víctimas de ese pasado no resuelto y liberados después por la astucias del Prepósito que culmina con su partida a Portugal; en el epílogo de la novela aparece la tercera generación, el Marques de Torres-Vedras, el hijo de Luis y María que, gracias al distanciamiento, se ha reconciliado con el pasado y regresa a México para saldar cuentas; finalmente, está el tiempo del narrador (la instancia narrativa) —compartido con el lector—, que es muy posterior a los antes mencionados.

¹⁵¹ Antonio CASTRO LEAL *op. cit.*, p. XXIII.

El narrador —especie de *alter ego* del autor— alude a un presente narrativo, que el lector actualiza y comparte, desde el cual nos relata los acontecimientos del pasado. Aquí cabe señalar que esto lo hace a partir de la alternancia de referentes ostensibles.¹⁵² Recordemos que los referentes ostensibles son aquellos que permiten una identificación de la realidad que conocen tanto el autor como el lector:

[...] todos los relatos descriptivos de la realidad pueden proporcionar al lector un equivalente de la referencia ostensible al modo de ‘como si’ (‘como si estuviera ahí’), gracias a los procedimientos ordinarios de identificación singular. Los aquí y los allá del texto pueden ser referidos tácitamente al aquí y al allá absoluto del lector, merced a la red espacio-temporal singular a la que tanto el escritor como el lector finalmente pertenecen y ambos reconocen.¹⁵³

El narrador de *La hija del judío* funge como intermediario entre el autor y el lector y hará manifiesta la realidad de la que ambos participan:

Aquellos mis lectores que, como yo, conozcan detalladamente la ciudad de Mérida, recordarán sin duda el aspecto fúnebre y ruinoso de cierta casa que, allá en tiempos remotos, perteneció a una familia ilustre. Acompañenme hasta el ángulo noroeste de la Plaza Mayor, avancen una, dos cuadras hacia el norte y deténganse al terminar esta dirección. En la esquina occidental de esta segunda cuadra existen las ruinas de la casa referida. ¿No es verdad que su apariencia es melancólica, y más cuando se reflexiona en el contraste que representan unas ruinas en medio de un pueblo animado? ¿No es verdad que ese montón de escombros en el corazón mismo de una bella capital, es en manera alguna repugnante? Pues bien, ese contraste no puede menos de influir poderosamente en el ánimo del espectador, y más todavía si quiere tomarse la molestia de entrar conmigo en los pormenores de la presente historia, estrechamente ligadas con las ruinas que está contemplando. (1, I, p.1)

Este primer párrafo de la novela nos indica que el narrador asume que hay cierta información compartida con el lector al que dirige su historia: ambos están familiarizados

¹⁵² *Vid. supra.*

¹⁵³ Paul RICOEUR, *op. cit.*, p. 48.

con la ciudad de Yucatán y su Plaza Mayor. Sabe que algunos de ellos conocen con detalle la ciudad y han visto la edificación a la que se refiere, pero deduce que otros carecen de esa información y especifica la ubicación y las condiciones en que se encuentra la estructura. Esta descripción y los comentarios relacionados a la edificación permiten la actualización del referente y la identificación del lector con una realidad determinada. Pero este presente no es el objeto principal de la narración, sino que es un preámbulo para contar sucesos del pasado que —no es ninguna casualidad— están representados por ruinas. La pregunta es ¿de qué le serviría a este narrador mencionar la situación actual del edificio si su intención es hacer ficción o narrar una historia verídica del pasado? Mi respuesta es que *si el autor establece comparaciones entre el presente y el pasado desde el primer párrafo de su historia es porque desea que esa comparación no sea la única, sino que se sostenga en el desarrollo de toda la novela*. De hecho esas alusiones se repiten con cierta frecuencia hasta el inicio de la quinta parte de la novela, en donde se habla, por última vez del presente del narrador:

[...] la época feliz de Yucatán parece haber terminado, y sólo espera una cosecha de calamidades del germen que se está sembrando aún. Sin embargo, los siglos son horas de la vida de un pueblo, y no debe morir con nosotros toda esperanza. La posteridad puede realizar lo que la actual generación no ha hecho más que imaginar haciendo castillos en el aire y tropezando, a cada paso, con dificultades imprevistas. (5, I, p. 224)

Es evidente que este narrador no quiere un lector pasivo, lo incita a cuestionar el presente a partir de los datos que le aporta sobre el pasado. Pero, como dije en otro capítulo, es un narrador impositivo que manifestará su visión de mundo y, por medio de estrategias

dialécticas como la que Noriega empleó con don Luis,¹⁵⁴ intentará que el lector adopte su postura. ¿Y cuál es, a fin de cuentas, la postura ideológica a partir de la que se construye la narración? Para responder a esta pregunta analizaré, en primer lugar, los aspectos históricos de la novela.

En *La hija del judío* se recrea un pasado colonial, el del siglo XVII, y cada uno de los personajes es un tipo histórico-social, esto es, representa un grupo social o una fuerza política, todos ellos son personajes que, por sus características, permiten “la extensa y multifacética representación de la esencia de la época misma [que] sólo puede hacerse patente si se plasma la vida diaria del pueblo, si se da forma a las penas y alegrías, a las crisis y confusiones del hombre medio”.¹⁵⁵

Así, don Alonso es la personificación de la sociedad yucateca conservadora y con principios morales estrictos, siempre respetuosos de la ley y el orden, pero carentes de iniciativa y temerosos del poder establecido, que respeta incluso, en los momentos en que ha ocupado el cargo de Justicia Mayor. Juan de Zubiaur, por su parte, representa a los comerciantes campechanos, cuyo poder económico les permite oponerse o influir en el régimen establecido, pero que carecen de ilustración y por ello su gran oposición al sistema está determinado en la medida en que afecte o no a sus intereses particulares. El Deán encarna un orden añejo y castrante que vela por sus propios intereses económicos y es insensible a las problemáticas sociales, representa a la Inquisición, la institución más represiva que respaldaba la Corona española. Por otro lado, hay dos representantes del gobierno español: el conde de Peñalva, un tirano que sólo velaba por sus propios intereses —enriquecerse y satisfacer su lujuria— y se valía del influencia y poder de otras

¹⁵⁴ *Vid. supra.* cap. 4

¹⁵⁵ Georg LUKÁCS, *op. cit.*, p. 40

instituciones para lograrlo, y José Campero, un gobernador débil, supersticioso, ajeno a los conflictos y temeroso de las intrigas que crean los diferentes grupos, por lo que permanece siempre encerrado en las cuatro paredes de su habitación y únicamente se preocupa por preservar su integridad. El pueblo mestizo, representado por Tadeo Quiñones, Juan de Hineirosa, Juan Perdomo, el amo Graniel, entre otros, son simples mercenarios que venden sus servicios al mejor postor. El Prepósito de San Javier, jesuita, posee, además de la ilustración de don Alonso y la solvencia económica de don Juan, el poder, el conocimiento y la inteligencia que le permiten resistirse y doblegar a cualquier grupo que intente oponerse a sus designios, sin embargo, de entre todos los personajes, es el menos corpóreo, el menos tangible. Finalmente Luis y María encarnan a la juventud que será víctima y, posteriormente, beneficiaria de la lucha de intereses que se entablan entre los grupos antes mencionados.

¿Qué papel juega el Prepósito de San Javier en esta lucha de poderes? Tiene la misma función primordial del individuo histórico-universal que encontramos en la novela histórica que “crece sobre la amplia base de los individuos conservadores”, pero que ante el enfrentamiento hostil entre lo nuevo y lo viejo toma la postura del cambio y es portador consciente del progreso histórico,¹⁵⁶ incluso es un partido, “un representante de las muchas clases y estratos en pugna”.¹⁵⁷ Sin embargo, hay una diferencia fundamental: el Prepósito, más que un individuo, encarna una idea o ideal y, más que representar a clases o estratos en pugna, es el conocimiento que funge como mediador en el conflicto y que, finalmente, resulta triunfante.

¹⁵⁶ Ésta y la anterior *Ibid.*, pp. 40-41

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 50

El Prepósito pertenece al grupo de los jesuitas, una orden religiosa que educó a los criollos que posteriormente promovieron la independencia de México y cuyos principios, de alguna manera, han sido identificados con las premisas liberales. Antes de sus gestiones en el presente narrativo, hubo intentos de oponerse al poder de la Inquisición y de los gobernadores, sin embargo fueron intentos aislados que no mejoraron realmente la situación: se enviaron cartas de protesta a España en contra de las iniquidades, pero no prosperaron; se eliminó al conde de Peñalva, pero los resultados de sus felonías se siguen percibiendo en el presente con la insistencia del Deán sobre sus intenciones de encerrar a María en un convento e incautarle sus bienes.

El Prepósito fue mero espectador de acontecimientos pasados, sin embargo, la necesidad de cambio se hace evidente para él mismo —lo cual es patente en el hecho de que construye una imprenta— y además hay un aliciente que acelera su intervención: el beneficio económico que pueda obtener su comunidad y que estará destinado a la educación. Se encarga, en el transcurso de la novela, *de desarticular los poderes decadentes que entorpecen el progreso de la sociedad*: después de adquirir las facultades extraordinarias que le asignó el Comisionado Regio antes de morir, su poder e influencia crecieron enormemente, los utiliza para anular el poder político del Deán, adjudicándose a sí mismo —así se convierte en Comisario de Santo Oficio—; también induce a José Campero a desaparecer de la escena política; controla y anula a la comunería, cuyas acciones ya no se encaminaban al bienestar público: *disuelve el orden establecido y decadente e instaura uno nuevo, exiliando a los seres indeseables y procurando el bienestar de las víctimas y los inocentes*.

Durante esta investigación, he señalado que el narrador de *La hija del judío* asegura insistentemente que los hechos que narra son veraces, y fundamenta sus aseveraciones en la

consulta de “viejos y apolillados” papeles de los que nunca da referencia exacta. Sin embargo, pocos de los acontecimientos que relata son verificables, de hecho, estudiosos como Antonio Castro Leal y Matilde Guerra Peón se muestran extrañados de que el conde de Peñalva, el personaje con mayor referencialidad en la novela, sea presentado como un tirano cuando en realidad era honrado y trabajó mucho en favor de los indígenas; por su parte, Bobadilla Encinas señaló que esa alteración de la verdad histórica es el resultado de refuncionalización del pasado y el presente.¹⁵⁸

Lo que Bobadilla Encinas dice es similar a la postura de Georg Lukács, quien afirma, respecto a la obra de Walter Scott que “La *fidelidad histórica* [...] está en la plasmación de esta gran necesidad histórica [del progreso ante la decadencia], que se impone a través de la apasionada actuación de los individuos”¹⁵⁹ y que el anacronismo necesario “puede generarse orgánicamente de la materia histórica si el pasado plasmado por los poetas contemporáneos es reconocido y vivido claramente como *prehistoria necesaria* del presente”.¹⁶⁰ De ahí se deduce que las “inexactitudes” históricas que encontramos en la novela de Justo Sierra O’Reilly no son errores o accidentes. *La hija del judío* recrea un pasado colonial que existió efectivamente y que, en gran medida, se parece mucho a la realidad; las “inexactitudes” históricas responden a la necesidad de explicar el presente a partir del pasado, así como a ciertas intenciones ideológicas. Sin embargo, el narrador hace un uso irregular del anacronismo necesario, extralimita sus funciones y, así, reelabora la historia por completo, dando a cada personaje y a cada institución un valor y una función que no son fieles a la verdad Histórica sino a la intención ideológica del narrador que,

¹⁵⁸ *Vid. supra*. Además, según Gerardo Bobadilla (*op. cit.*, p. 41) en la novela histórica mexicana del siglo XIX se expresa un testimonio mítico: “la novela histórica buscó mitificar, negar, descalificar y cancelar esquemas de significación epistémico ideológicamente diferentes al suyo, de corte liberal, todo en aras de definir y consolidar un proyecto y una identidad nacional...”

¹⁵⁹ Georg LUKÁCS, *op. cit.*, p. 66.

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 69.

gracias al papel de investigador que se ha atribuido desde el inicio, hará aparecer como veraces todas sus afirmaciones.

En *La hija del judío* el conde de Peñalva aparece tiranizado pues representa una institución gubernativa en decadencia que no responde a las necesidades de una sociedad. De ahí que el Padre Noriega, en sus relatos del pasado, lo asocie con grupos que insisten en la pervivencia de sistemas decadentes que sólo a ellos beneficia: “Naturalmente hallóse luego en colisión con los encomenderos, y principalmente con los frailes, más interesados que ninguno en perpetuar aquel sistema de que sacan tanto provecho” (2, XII, p. 233).¹⁶¹ La presencia de Peñalva justifica la independencia de México y las aseveraciones de Noriega que la presagian¹⁶² no parecerán tan fuera del lugar vistas bajo la perspectiva de una “prehistoria necesaria”.

Y no sólo eso, sino que además justifica la tendencia secesionista de Yucatán. Si bien la nación Mexicana no había llegado a un esplendor cuando se escribió esta novela, el sistema de gobierno no era muy diferente al que prevalecía durante la Colonia. La península yucateca seguía muy alejada del centro que, imitando las tendencias de la Corona española, intentaba imponer sistemas de control que no agradan en la absoluto a los yucatecos quienes, además sufrían la división interna producto de los enfrentamientos políticos entre barbachanistas (yucatecos de Valladolid y Mérida principalmente, terratenientes por tradición, y nuevos comerciantes que competían con los campechanos) y mendecistas (campechanos, comerciantes por tradición).

¹⁶¹ Con esta aseveración del narrador delegado se aprovecha para culpar no sólo al sistema de gobierno español de los malestares sociales, sino a aquellos que procuran mantenerlo. No debemos olvidar que, aún después de la Independencia, gran parte de la economía emeritense dependía de las encomiendas, a diferencia de la campechana, que se sostenía por el comercio. En comentarios como éste se trasluce la rivalidad que existía entre ambos grupos en la época en que se escribió la novela.

¹⁶² *Vid. supra*. La primera cita de la pág. 90.

Pero surge una pregunta: ¿por qué fue el conde de Peñalva, y no otro gobernador cualquiera, el tirano de este relato? Precisamente por el hecho de que, con tal de proteger a los indígenas, se opuso al sistema de adquisición de ingresos de la clase alta yucateca; porque intentó tener un control administrativo en una sociedad que no aceptaba imposiciones de ningún tipo de mecanismo de control externo, incluso después de la Independencia. Aquellos que se extrañan de que el conde de Peñalva aparezca tiranizado, siendo que en la realidad trabajó en beneficio de los indios, tienen que preguntarse ¿para quién fue buen gobernador?, ¿quiénes fueron beneficiarios y quiénes los perjudicados con sus acciones?

Otra cuestión que surgió a lo largo de esta investigación fue: ¿por qué si el narrador hace constantemente alusiones al presente, deja de hacerlas al inicio de la última parte de la novela? Es difícil responder a esa pregunta a partir de las evidencias del texto, sin embargo, analizando los sucesos políticos que presidieron la elaboración de la novela, así como el hecho de que tanto el padre Noriega —narrador delegado— como el narrador —*alter ego* del autor— se lamentan constantemente de que la situación política no ha cambiado,¹⁶³ deduzco que la problemática del presente —idéntica a la del pasado— tampoco ha sido solucionada y la quinta parte, en la que se pone fin a los conflictos, es una propuesta de solución, una invitación dirigida a las nuevas generaciones, en la que lo único claro es que son ellas las que solucionarán el conflicto; el medio ideal será la educación y el conocimiento, y el fin, mantener relaciones económicas pacíficas con México.

Pero ¿qué relación tiene Portugal con todo esto? ¿Simboliza el tiempo en que Yucatán estuvo separado de México y el tiempo que tuvo para reflexionar en su posición para luego regresar a México y redefinir sus relaciones económicas?, ¿significa una latente

¹⁶³ *Vid. supra.*

posibilidad de que Yucatán se anexe posteriormente a otro país? o ¿es una insinuación para la población para que siga el ejemplo de Portugal y se independice de México? No queda claro cuál es la preferencia del narrador, las opciones están abiertas y fue él mismo el que dejó las cosas así, dejando a las nuevas generaciones la decisión final sobre el destino que debe seguir Yucatán. Lo que sí podemos inferir es que no hay una negación de la tradición hispana pero que no se desea continuar el sistema de gobierno que la Corona heredó a sus colonias. Se desea conservar las tradiciones y costumbres, pero también se busca lograr el progreso en el conocimiento y en las nuevas formas de gobierno.¹⁶⁴

Tampoco hay una exaltación del pueblo llano, ni un deseo de incluirlo en la sociedad: los mestizos aparecen como mercenarios —la mayoría terminan exiliados— y los indígenas como sirvientes semi-esclavos. La verdadera sociedad, según aparece en esta novela, está conformada por los grupos de comerciantes, la clase política ilustrada y las instituciones.¹⁶⁵

Pero si esta historia es una novela ¿por qué insiste el narrador en que los acontecimientos que narra y sus personajes son reales? ¿Por qué afirma que consultó “viejos y apolillados papeles” de los que nadie tiene noticia? Porque intentó dar la apariencia de obra histórica seria a su relato. Si asumimos que una obra histórica es “una

¹⁶⁴ Hay que tomar en cuenta, para explicar esta postura, que tanto liberales como conservadores del México independiente pensaban adoptar las herramientas de la modernidad de tal modo que no afectara o corrompiera el modo de ser iberoamericano. Pero no consideraban que el

dominio, científico racionalista y técnico constitutivo del ‘espíritu’ pragmático, no puede poseerse accidentalmente como quien se vale de una herramienta que, concluida la tarea, puede dejarse a un lado. Se trata, claro está, de la expresión y actualización de un sistema de creencias, ideas y valores que implican una idea peculiar acerca del hombre y del mundo.” (Edmundo O’GORMAN, *México. El trauma de su historia*, p. 74)

Extrañamente, aunque Justo Sierra fue enviado a Estados Unidos a negociar la anexión de Yucatán, defiende constantemente las costumbres hispanas e incluso llevó a cabo una campaña protonacionalista, ¿esperaba acaso que Yucatán fuera una colonia de Estados Unidos pero que al mismo tiempo conservara su sello y su esencia hispana?

¹⁶⁵ *Vid. supra.*

estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa que quiere ser un modelo, o imagen, de estructuras y procesos pasados con el fin de *explicar lo que fueron representándolos*”,¹⁶⁶ “un intento de mediar entre [...] el campo histórico, el registro histórico sin pulir, otras narraciones históricas y un público”,¹⁶⁷ entonces la única diferencia que existe entre la novela de Justo Sierra y cualquier otra obra histórica es que nosotros, lectores del siglo XX, “sabemos” que muchos de los datos que nos ofrece Sierra O’Reilly no son verídicos o comprobables, que sus personajes son producto de la ficción, mientras que un narrador de Historia pretende ser objetivo, por lo que no se apropia de sus personajes y evita mostrar su postura ideológica de manera explícita, aunque, inconscientemente su visión de mundo determina la manera en que selecciona, jerarquiza y ordena los acontecimientos.¹⁶⁸

Como el historiador, Sierra O’Reilly también se vale de la representancia, entendida como “la reivindicación del cara-a-cara hoy pasado sobre el discurso histórico que él pretende, su poder de incitación y de corrección respecto a todas las construcciones históricas en la medida en que éstas pretendan ser reconstrucciones”,¹⁶⁹ para así crear su propia versión de los acontecimientos. Así como la Historia “*imita* en su escritura los tipos

¹⁶⁶ Hayden WHITE, *Metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX*, p. 14.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 16.

¹⁶⁸ Según White,

Las dimensiones ideológicas de una relación histórica reflejan el elemento ético en la asunción por el historiador de una posición particular sobre el problema de la naturaleza del conocimiento histórico y las implicaciones que pueden derivarse del estudio de acontecimientos pasado para la comprensión de los hechos presentes. (*Ibid.*, p. 32)

Así, hay cuatro posturas ideológicas básicas no autoritarias: “anarquista, conservador”, “liberal” y “radical” y “la forma que [el historiador] da a su relato histórico tiene implicaciones ideológicas consonantes con una u otra de las cuatro posiciones ya diferenciadas”. (*Ibid.*, p. 34)

¹⁶⁹ Paul RICOEUR, “El entrecruzamiento de la historia y de la ficción” en *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*, p. 906.

de reconstrucción recibidos de la tradición literaria”,¹⁷⁰ la novela de Sierra O’Reilly imita el discurso Histórico cuando alude a: fechas —en “mayo de 1660” (1, I, p. 3), el Deán inicia sus intentos por encerrar a María en el convento—, por lo que su relato imita el “tiempo real”; acontecimientos históricos —María conoce a Luis el día en que se celebraban las pompas fúnebres del rey Felipe IV—; personajes históricos —como el conde de Peñalva—; instituciones —como el Tribunal del Santo Oficio, la Compañía de Jesús, la encomienda—, y, es necesario insistir, a la consulta de “viejos y apolillados papeles”. Con todo ello reconstruye una época y le da una apariencia de realidad.

Francisco Solares Lavarre, como lo mencioné en el primer capítulo, afirma que el discurso de la novela es contrahistórico, esto es, por medio de la literatura, manipula las bases documentales, hecho que pone en cuestión la “supuesta” imparcialidad de historia.¹⁷¹ Me parece muy razonable su opinión —sobre todo tomando en cuenta que aún en la época actual hay discusiones acerca de la metodología correcta de investigación y plasmación históricas, así como sobre el carácter de cuasi ciencia que no la Historia no ha podido superar a causa de que su objeto de estudio es de carácter humanista y de las similitudes que comparte con el discurso literario—¹⁷² y se puede justificar también a partir del contexto en que se escribió la novela. Durante el siglo XVIII,

Los Ilustradores [*sic.*] creían que la base de toda la verdad era la razón y su capacidad de juzgar los productos de la experiencia sensorial y de extraer de esa experiencia su contenido de verdad pura *contra* lo que la imaginación quería que esa experiencia fuese. Así, como sostenía Voltaire en su *Filosofía de la historia*, parecía cosa sencilla distinguir entre lo verdadero y lo falso en la historia. No había más que utilizar la razón y el sentido común para distinguir entre lo verdadero y lo fabuloso, entre los productos de la experiencia

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 908.

¹⁷¹ *Vid. Supra.*

¹⁷² Cfr. Paul RICOEUR, “Argumentos narrativistas” en *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, pp. 246-293.

sensorial presidida por la razón y los productos que aparecían bajo el dominio de la imaginación, en el registro histórico.¹⁷³

Sin embargo, su postura, radical respecto a la razón, era resultado de la oposición a las supersticiones, la ignorancia y la tiranía de su época. La ironía con que escribían sus textos era el medio para conmover al lector de historia pues esperaban que en el futuro se diera el anhelado advenimiento de la razón.¹⁷⁴ A esta ironía, así como al encumbramiento de la razón científica se opusieron los románticos, abogando por un conocimiento total que fuera producto de la razón, así como de otro tipo de experiencias: “La reivindicación de una sabiduría trágica, la unidad de ciencia y poesía, de magia y ciencia, por la que abogaban los románticos, es un esfuerzo —mental, vital y moral— hacia la totalidad y un reconocimiento doloroso de la escisión.”¹⁷⁵ Como lo mencioné en el capítulo tercero de esta tesis, el romántico asume la relatividad como algo intrínseco al mundo y hace frente a ese relativismo construyendo y aceptando su identidad subjetiva como producto de la contradicción trágica que distancia y acerca al Héroe de y hacia el Único.

Es precisamente aquí en donde se puede hablar de la concepción histórica romántica que construye a *La hija del judío*, como lo mencioné antes, en la novela hay conciencia de la relatividad,¹⁷⁶ de ahí que el narrador afirme que tiene una visión particular respecto a la labor jesuita puesto que en Yucatán fue benéfica esa labor, aunque no niega que pudo ser pernicioso en otros lugares y por ello la Institución no puede calificarse con valores absolutos de bien y mal.¹⁷⁷ Igualmente cuestiona valores aceptados como la influencia pernicioso de los judíos, aceptada como doctrina, independientemente de si los judíos se

¹⁷³ Hayden WHITE, *op. cit.*, p. 59.

¹⁷⁴ *Ibid.*, pp. 61-68.

¹⁷⁵ Rafael ARGULLOL, *op.cit.*, p. 244.

¹⁷⁶ Para el romántico no hay verdades absolutas, sino que están determinadas por la cultura y las circunstancias (Cfr. Isaiah BERLIN *Las raíces del romanticismo*, pp. 48-70).

¹⁷⁷ *Vid. supra* capítulo tercero.

comporten o no como buenos ciudadanos.¹⁷⁸ Incluso se llega al extremo de cuestionar la ilegalidad del asesinato, por medio del diálogo que entablan Noriega y don Luis, en donde este último, después de escuchar las atrocidades que cometió el conde de Peñalva, duda de la criminalidad del asesinato:

—Si va usted a preguntarme si justifico o no el asesinato del conde... por favor, no me dirija tal pregunta. Temería mucho el examen de esta cuestión, que podría subvertir mis principios mejor arraigados. En presencia de tan estupendos crímenes y cuando usted me ha revelado que fue el brazo de una heroína ultrajada el que dirigió el golpe... no sabría qué decir. Un asesinato jamás puede ser digno de una alabanza; más visto por su aspecto de heroísmo... ¿quién puede condenarlo? La calificación de un acto semejante nos pondría en la alternativa, o de aplaudir un oscuro crimen, o de vituperar una virtud sublime. Dejémoslo pues, padre mío, y que el cielo de a cada uno lo que es suyo. (2, IX, p. 198)

Pero ante esta relatividad “*La voluntad del Yo se alza ante la volubilidad disgregadora de la realidad*”¹⁷⁹ y el narrador, en la manera en que construye la novela, *resuelve, a su modo, esa relatividad y se la presenta al lector intentando que también adopte su postura*. Así, aunque en esta intervención de don Luis queda pendiente resolver la validez del asesinato, luego el Preósito —encarnación de un ideal en esta historia—, al disolver la comunería, deja claro que el asesinato sólo puede ser aceptable cuando se realiza en pro del bienestar público, pero que es reprobable cuando está motivado por intereses privados, así, mientras que nunca se opuso a que la comunería asesinara al conde de Peñalva, ya que éste tenía como finalidad el bienestar social, cuando la comunería asesinó al dominico, decidió disolverla ya que el crimen se realizó para proteger intereses privados: “no hay que alucinarse; violando las formas y falseando el espíritu que movió a esta sociedad, os habéis hecho reos de un negro asesinato.” (5, X, p. 315)

¹⁷⁸ *Vid. supra* capítulo cuarto.

¹⁷⁹ Rafael ARGULLOL, *op. cit.*, p. 261.

Así como en la novela el narrador defiende su visión sobre los hechos, fundamentada en la experiencia y en la Historia de Yucatán que recrea o, en términos de Gerardo Bobadilla Encinas, “refuncionaliza”,¹⁸⁰ así como Noriega sostiene su postura no ortodoxa respecto a los judíos y la hace ver mediante una serie argumentativa que contiene cierta ironía; así como el Prepósito tiene sus propias ideas que escandalizan al Deán; la novela tiene su propia postura ideológica respecto a la Historia, una postura que adopta algunos elementos ideológicos del romanticismo y que se traducen en la visión subjetiva que el narrador plasma en su novela.

Además, hay que tomar en cuenta que ni el mismo historiador logra la neutralización ética cuando los hechos que investiga son decisivos para su Historia ya que “obtienen su significación específica del poder de fundar o reforzar la conciencia de identidad de la comunidad considerada, su identidad narrativa, así como la de sus miembros.”¹⁸¹ De ello se deduce que si *La hija del judío* es una búsqueda en el pasado para explicar el presente y si esa búsqueda tiene intenciones ideológicas que pretenden fundamentar y explicar la postura ante la Independencia y la posterior tendencia secesionista de Yucatán, es de esperarse que el análisis histórico no esté sujeto a la neutralización ética.

Así, encontramos una postura ideológica que determinará la configuración del pasado en la novela, por ejemplo: las estructuras gubernamentales coloniales tendrán una connotación negativa —que no comparten tradiciones y costumbres, pues el narrador se lamenta de su pérdida y sustitución por modas extranjeras—, lo que no sucederá con las educativas, representadas por los jesuitas, que saldrán triunfantes; las organizaciones

¹⁸⁰ *Vid. supra.*

¹⁸¹ Paul RICOEUR, “El entrecruzamiento de la historia y de la ficción” en *op. cit.*, p. 909.

ilegales que se oponen al gobierno establecido, como la comunería, estarán justificadas mientras impere la tiranía, pero serán liquidadas al reinstaurarse la justicia. Y esa postura ideológica tendrá implicaciones en el presente de Yucatán: si en la novela salen triunfantes la educación, el conocimiento y las ideas innovadoras, representados por el Prepósito, y la juventud de don Luis —descendiente de un comerciante campechano— y María —educada por don Alonso, un político ilustrado emeritense—, cuya unión, por cierto depende del padre Prepósito, entonces se deduce que el narrador apuesta por el futuro, por un bienestar social que traerá la educación de las nuevas generaciones y la unión, a través de éstas, de las clases altas de la península yucateca, cuyos defectos serán dejados atrás —por eso es que Luis y María se separan de su padre y de su protector respectivamente.

Llego a esta deducción porque ninguno de los demás personajes de esta historia sale bien librado. El orgullo de Juan de Zubiaur es doblegado al saber que se casó con la hija de un judío, es obligado a aceptar el matrimonio de Luis con María y su influencia política es controlada por el Prepósito, quien conoce todos los secretos de don Juan. Don Alonso, aunque vuelve a participar en la política como Justicia Mayor, queda sin descendencia. El Deán, José Campero y el dominico también fallecen y el resto, desterrados o no, pasaron el resto de sus vidas en la oscuridad.

La novela, en fin, recrea la situación política del pasado y hace una analogía con el presente de Yucatán y ninguno de los dos son dignos de elogio, han sido en exceso calamitosos y los intereses privados han estado por encima del bienestar social. La esperanza que hay en esta novela está en el futuro: para *cambiar la Historia*, la juventud deberá ser instruida bajo principios específicos, los mismos principios que encarna el Prepósito: *la subjetividad al servicio de la idea; el conocimiento total, que se traduce en*

poder, al servicio de la educación y el bienestar social; la historia y la ficción, medios de difusión y transmisión ideológica.

Una novela de la Historia

A lo largo de esta investigación hemos visto que la novela *La hija del judío* tiene en su estructura elementos románticos, de la novela histórica, de la novela de folletín y del discurso histórico, todos ellos contribuyen en la configuración de la novela tanto en su aspecto formal (narrador, personajes, relaciones entre ellos, entorno), como en el ideológico (la significación que adquieren todos los aspectos formales vistos en su conjunto). Algunos estudiosos aseguran que la novela es de un romanticismo incompleto,¹⁸² y yo sostengo que lo mismo se podría decir si se analiza la novela como folletín o como novela histórica.

No es una novela histórica “completa”, ya que en ella no se actualiza un momento crítico de la Historia de Yucatán, sino que se recrea una época —la colonial. Además, en esta novela la ficción está por encima de la verdad histórica y si bien el pasado es visto como una *prehistoria necesaria del presente*,¹⁸³ las inexactitudes que hay en esta novela dependen de una postura ideológica —política y económica—, articulada por medio del discurso de ficción, a la que se subordina la Historia. No hay un héroe, en términos estrictos, pues aunque el Prepósito es el que restablece el orden, castiga a los culpables y premia a la víctimas de la historia, le faltan rasgos muy importantes para pertenecer a esta categoría: más que un personaje “de carne y hueso”, encarna una idea, su personalidad está difuminada, no está involucrado emocionalmente con los acontecimientos y su subjetividad nunca se ve comprometida. Tampoco se retrata la vida del pueblo llano, no hay una guerra

¹⁸² *Vid. supra* capítulo primero.

¹⁸³ *Vid. supra*.

que implique una experiencia de masas,¹⁸⁴ ni una tendencia a “dar forma a la totalidad de la vida nacional en todo su complejo efecto recíproco entre ‘arriba’ y ‘abajo’ [...]”¹⁸⁵ ya que en *La hija del judío* sólo se da relevancia a las clases altas, a los grupos de poder que deciden los destinos de la comunidad. Los representantes del pueblo llano son simples mercenarios que sirven al mejor postor, no tienen una conciencia o postura ideológica que los impulse a contribuir en la victoria de uno u otro bando.

No es una novela de folletín pura puesto que, como lo dije en el segundo apartado de este capítulo, su elaboración no dependió de la popularidad ni de la demanda del público, el folletín fue simplemente la forma que se utilizó para darle mayor difusión a una novela perfectamente planeada.

Tampoco podemos imaginar que la novela pretenda ser un discurso histórico, sólo se vale de sus recursos para novelar la Historia y para revestirse de una apariencia de verdad o como lo dice Fernando Solares Lavarre,¹⁸⁶ para crear un discurso contrahistórico.

Y pensar que es una novela romántica “incompleta”, o querer encasillarla en esta corriente, también es reducir sus alcances. La novela aprovecha muchos elementos románticos y los integra en su estructura: ya vimos cómo ciertos personajes acusan algunas de esas características —en las nociones de libertad y justicia así como en su caracterización a partir del esquema apolíneo / dionisiaco que también se percibe en muchos escenarios— y cómo la ideología y la visión histórica de la novela está impregnada de cierto espíritu romántico, sobre todo en lo que respecta al subjetivismo y a la percepción de la relatividad histórica. No hay que pensar que la esencia del romanticismo consiste en puros desbordamientos pasionales y que la ideología que caracteriza a esa corriente pasa a

¹⁸⁴ Cfr. Georg LUKÁCS, op. cit., pp. 21-22.

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 53.

¹⁸⁶ *Vid. supra* capítulo primero.

segundo término. De la postura ideológica del romanticismo se derivan distintas maneras de ver el mundo que fluctúan entre lo apolíneo y lo dionisiaco, y la expresión estética de cada romántico depende de las tendencias de cada individuo hacia uno u otro extremo. En este sentido, el romanticismo es incluyente y acepta muy diversas maneras de expresión.

Sin embargo, tampoco creo que *La hija del judío* deba considerarse como una novela romántica ya que también hay características que la distancian de esta corriente. No hay un héroe, en el sentido romántico de la palabra, el individuo no tiene un lugar primordial en la historia y lejos de ejercer una interacción con el grupo social al que pertenece cada uno, se diluyen en éste: el personaje principal, carece de individualidad, es el representante de una ideología —con ciertos rasgos románticos, pero no todos— y de un grupo, su “yo” se subordina al espíritu del grupo; Luis y María, por su parte, como lo vimos en el capítulo tercero, tampoco son héroes y el romanticismo sólo se percibe en algunas de sus características o en algunas de sus enunciaciones. No hay un espíritu trágico en la novela, en lugar de eso, el pasado no es visto con nostalgia y el futuro representa la esperanza. No hay un reencuentro con las antiguas grandezas —que en este caso estarían, o deberían estar, relacionadas con las prehispánicas—, ni tampoco se exalta un apogeo colonial; hay alabanza a algunas tradiciones españolas, pero también una fuerte crítica al sistema de gobierno y esa manera de ver el pasado distancia a esta novela de las tendencias románticas. De hecho, muchos de los elementos románticos de la novela son recursos estilísticos con finalidades determinadas: creación de suspenso, enaltecimiento de algunos personajes y envilecimiento de otros y todo ello para crear determinados efectos en el lector para hacerlo cómplice y convencerlo de la postura ideológica que maneja la novela.

Si bien en los últimos años han surgido nuevos estudios que valoran algunos aspectos de la novela, y enriquecen el conocimiento de ésta, creo que todavía falta enfrentar

el verdadero problema: ¿qué clase de novela es *La hija del judío*? Todavía la llaman novela histórica o romántica pero creo que he demostrado que no es ni lo uno ni lo otro, al menos no completamente.

Creo que no es suficiente tratar de analizarla a partir de categorías importadas de Europa. Las condiciones en que fue creada esta novela eran muy distintas a las europeas, y por eso tiene características particulares que no pueden observarse si la analizamos exclusivamente con esas categorías extranjeras y tampoco podemos encasillarla a la fuerza en géneros con los que comparte algunas similitudes, como lo hace Gerardo Bobadilla Encinas al equiparar características de la novela histórica mexicana decimonónica con las crónicas coloniales.¹⁸⁷ Mi análisis me hizo llevar a la conclusión de que *La hija del judío* es un híbrido en el que confluyen elementos históricos y literarios diversos; así como una postura ideológica y una sensibilidad estética particulares que, en su conjunto, van más allá de la refuncionalización. Ante la falta de un término aceptado por la crítica para nombrar a este híbrido, la llamo “novela de la Historia”, que es la manera menos compleja de expresar sus innumerables alcances.

¹⁸⁷ Véase capítulo primero.

Conclusiones

A lo largo de esta investigación he intentado demostrar que *La hija del judío* es un híbrido producto de la adaptación de elementos de diversos géneros discursivos y corrientes literarias a una realidad determinada, muy diferente, por cierto, a la europea en donde se gestaron. Uno de los grandes problemas a los que me enfrenté en mi análisis fue el no tener herramientas suficientes que me permitieran, con cierta facilidad, desentrañar los misterios de la novela. Casi todos los métodos de análisis, los haya usado o no para esta investigación, se podían aplicar y ejemplificar con la novela hispanoamericana del siglo XX y con la europea, tanto del siglo XIX como el XX, pero sólo de manera muy limitada a la novela que decidí estudiar. Los pocos que encontré aplicables a *La hija del judío* tienen ciertas fallas, son apenas esbozos de una nueva tendencia a analizar la literatura decimonónica mexicana desde otras perspectivas.

Hace falta revalorizar nuestra literatura, analizarla desde otros ángulos, evitar encasillarla en los esquemas europeos. Me parece que debemos estar conscientes de que la literatura mexicana —e intuyo que también la Iberoamericana— del siglo XIX tiene rasgos particulares que responden a un entorno sociocultural determinado que no puede ser soslayado en el análisis ni en la postura teórica desde la cual se estudia. No debemos olvidar que gran parte de los escritores decimonónicos mexicanos, además de su actividad literaria, participaban en la vida política de diversas maneras y esas dos labores no estaban desligadas.

Es cierto que esta literatura adopta tendencias y corrientes europeas, pero el resultado no es necesariamente idéntico. ¿Por qué debemos descalificar a una novela en la medida en que se desapega de una corriente europea determinada? ¿Por qué no podemos

crear categorías de análisis propias que se adecuen a las necesidades de nuestra literatura? El hecho de que los escritores mexicanos del siglo XIX, anteriores al modernismo, no hayan creado una corriente literaria propia ¿nos impide crear categorías y posturas teóricas propias para analizarlos? A pesar del paso del tiempo ¿tenemos que seguir sus pasos e importar herramientas extranjeras, “refuncionalizarlas” o mezclarlas —ya que una sola no nos sirve, o la calzamos muy a la fuerza porque el producto de nuestras novelas es distinto al europeo— para satisfacer determinadas necesidades ante nuestra incapacidad por crear unas propias?

Esta investigación intenta ser una pequeña aportación al estudio y a la crítica de la literatura mexicana. Llamar a *La hija del judío* una novela de la Historia más que una provocación, representa una esperanza, un intento por estimularnos para no ver a la literatura mexicana decimonónica como una serie de intentos fallidos para llegar al modernismo, o como una mala imitación —al menos no todas son así— de las corrientes europeas. Es un esfuerzo por sacar del olvido esta obra que ha sido soslayada o descalificada injustamente y una contribución para entender en su complejidad el fenómeno de la literatura mexicana del siglo XIX.

Ya que a lo largo de esta investigación he puesto en evidencia que la novela que estudio tiene un referente espacial y temporal perfectamente delimitado y se dirige a un lector en específico, alguien podría preguntarme ¿entonces de qué sirve estudiar la novela si el tiempo y el lector al que estaban dirigidos ya pertenecen al pasado e incluso el espacio ha cambiado pues Yucatán y Campeche ya son dos estados separados?

Creo que ahora puedo dar una respuesta: *La hija del judío* sigue vigente. Una primera muestra consiste en que hace pocos meses descubrí que Editorial Planeta, en colaboración con el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, la editaron en el año

2004, en la colección Grandes novelas de la Historia Mexicana. Eso y el hecho de que en los últimos catorce años ha sido retomada por los críticos, me parecen un claro indicio de su vigencia, que es explicable por las propias características de la novela.

Si bien es cierto que *La hija del judío* se refiere a un espacio, un tiempo y un lector determinado por su contenido ideológico e histórico, y que el mismo autor jamás intentó reeditar su novela como folletín o como libro, la manera en que fue elaborada hace que la ficción quede por encima de los accidentes contextuales que motivaron su escritura. Los personajes, sus relaciones, el narrador, las descripciones espaciales y la estructura temporal tienen una estructura compleja que sigue atrapando al lector aún en nuestros días. Además, el contenido ideológico tampoco ha caducado del todo: en el siglo XXI México todavía no ha logrado subirse al carro de la modernidad y la tradición colonial sigue viva en la ideología mexicana, en sus instituciones, en las tendencias políticas y hay una negación para actualizar el ser mexicano, para asumirlo propiamente histórico, alegando un modo de ser esencial e inalterable. Como dijo Edmundo O’Gorman:

Esa necia invocación a un supuesto “nuestro propio y verdadero modo de ser”; ese siempre listo apresto a la defensa de unos proclamados “eternos e inalienables valores de nuestra cultura”, que de ser eso no se ve por qué necesitan defenderse, y, en suma, ese constante recurrir en todo y para todo al pronombre personal posesivo, nos ha ido reduciendo a la condición de una de esas islas beatas imaginadas por la geografía de la Edad Media para sustraerle una provincia — por mínima que fuera— al imperio universal del cambio y de su amenaza.

El ser nacional se actualiza en lo que de entitativo concede al acontecer. [...] pero no en el encierro de una historia empeñada a salvarse de sí misma, sino en el riesgoso campo de batalla del acontecer universal.¹⁸⁸

¹⁸⁸ Edmundo O’GORMAN, *op. cit.*, pp. 109-110.

Ese temor a la modernidad, ese apego a las tradiciones —al modo de ser esencial—, esa creencia de que la sociedad va a cambiar si se sustituyen a unos dirigentes por otros y que con ello se logrará el bienestar deseado, estaba presente en el siglo XIX y sigue vigente hasta nuestros días. Justo Sierra O'Reilly es portador de esa ideología propia del liberalismo mexicano —que no se diferencia en mucho a las tendencias conservadoras— y la refleja en su novela. Su esperanza de un cambio futuro no se ha cumplido todavía, porque las premisas desde las que partimos son falsas: no podemos cambiar si al mismo tiempo queremos seguir siendo los mismos, no basta importar del extranjero las herramientas de la modernidad para lograrla. Es indispensable una reforma en la concepción de nosotros mismos como seres históricos. Y *La hija del judío* sigue vigente, tanto por su calidad literaria, como porque aborda estas problemáticas que no han sido superadas o solucionadas en nuestros días, y no sólo en Yucatán, sino en todo el país.

En esta investigación hice un pequeño esbozo de la complejidad de la novela; quedan todavía muchos aspectos por analizar, muchas cualidades por descubrir que yo no pude abordar porque superaban, por mucho, los límites y las intenciones de esta investigación. Todavía quedan cosas por comprender acerca de *La hija del judío*: las similitudes y diferencias que tiene con las novelas de folletín europeas, particularmente con *El conde de Montecristo* —ya que en ambas hay un personaje fuera de lo común, omnisapiente y poderoso que no se encuentra fácilmente en otros textos literarios—; el aspecto mítico de la novela y sus alcances en la concepción histórica de la época en que fue creada; analizar las especificidades de la postura ideológica liberal que determinan su estructuración; estudiar con más detalle el manejo del espacio y tiempo que configuran la obra y la trascendencia ideológica de éste; relacionar el contenido ideológico con las opiniones que emitía Justo Sierra O'Reilly en diferentes artículos; hace falta una edición

crítica que nos permita ver al texto desde otras perspectivas. En fin, quedan muchas cosas por investigar y analizar, no sólo respecto a *La hija del judío*, sino también sobre la novela mexicana decimonónica en su conjunto. Yo espero poder continuar con mis investigaciones y ampliar el campo de estudio a otras novelas de folletín mexicanas.

He de señalar que, conforme fui avanzando en mi análisis, mi fascinación por este folletín de Justo Sierra O'Reilly aumentó considerablemente. De ninguna manera me decepcionó descubrir algunas de las estrategias que sirvieron para elaborar esta obra; al contrario, me parece que la manera en que Justo Sierra adaptó o “refuncionalizó” elementos románticos e históricos en su novela a partir de una postura ideológica determinada, fue un esfuerzo titánico, cuyo fruto disfruté página por página.

Particularmente el Preósito de San Javier se hizo más grande ante mis ojos. Después de varios análisis y diversas lecturas ya no era sólo su semejanza con el conde de Montecristo lo que me atraía. Descubrí en él una inteligencia con matices distintos, una incorporeidad que le daba otro sentido a su existencia; el hecho de que no estuviera motivado por pasiones personales —e incluso careciera de ellas— y que sus acciones estuvieran encaminadas al bienestar social, hacían de él un personaje que estaba por encima de las fallas humanas, moralmente incuestionable. Cada vez que descubría un nuevo rasgo suyo me quedaba boquiabierto pues me imaginé el gran trabajo de planeación que realizó Justo Sierra O'Reilly para elaborar un personaje inequívoco que representara aspectos fundamentales de su ideología.

Si el desentrañar algunos misterios de una novela puede provocar, para algunos, decepción, ese no fue mi caso. Disfruté cada nuevo descubrimiento y me frustraba cada vez que sentía que no podía avanzar. Pude vislumbrar muchas cosas, algunas de ellas no tuve

espacio ni tiempo para estudiarlas; sé que hay muchas otras cosas que no hemos visto y que están ahí, esperando a un nuevo lector para desentrañarlas.

Hasta el momento, de toda la producción literaria mexicana del siglo XIX, sólo el modernismo ha sido estudiado con profusión gracias a que se le considera la primera corriente literaria netamente americana. Se ha encomiado su originalidad y yo me preguntaba ¿en verdad no hay literatura original anterior a este periodo? Después de mi análisis de *La hija del judío* concluí que sí hay originalidad, que al menos en esta novela podemos encontrar aspectos que hacen distinta a los modelos europeos de los que toma algunos elementos, también la hace original el entorno en el que fue escrita ya que este determina una configuración ideológica particular y ello, además influye en la manera en que se estructuran el narrador, los personajes, el entorno, el tiempo y, en fin, todos los elementos que forman parte de *La hija del judío*.

¿Y acaso esta originalidad sólo es propia de esta novela? Yo creo que no, pero no sé si mi análisis sea aplicable a otras novelas decimonónicas, ni siquiera en lo que se refiere a las novelas de folletín. Por ello me parece indispensable estudiar la literatura decimonónica respecto de sí misma y respecto a su entorno, crear nuevas formas de lectura de esta literatura anterior al modernismo. No podemos soslayar o ignorar los estudios anteriores, pero sí debemos asumir la historicidad de la crítica y avanzar un paso más, haciendo lecturas comprometidas con nuestro tiempo. Ello es una necesidad ulterior ante la historia de la literatura nacional que implicaría una nueva manera de asumir las corrientes literarias del siglo XIX: desde el romanticismo, pasando por el realismo, hasta el modernismo.

Con mi análisis de *La hija del judío* he llegado a la conclusión de que la novela no recrea la Historia, la reordena y a través de ella podemos ver cómo percibían la Historia los yucatecos a mediados del siglo XIX. Si bien no poseo las evidencias que me permitan saber

si mi análisis es aplicable a otras novelas decimonónicas, ni siquiera en los que respecta al folletín, estoy convencida de que estudiar la literatura es estudiar la Historia y no debemos olvidar que, particularmente en latinoamericana, el mito tiene mayor peso que la Historia, lo cual influirá directamente en la literatura.

Acotaciones finales

Después de haber concluido la redacción de esta tesis me encontré con dos artículos, muy favorables en su opinión respecto a *La hija del judío*, que hicieron obligada la redacción de este apartado. Por un lado fue el texto de Hernán Lara Zavala “Justo Sierra O’Reilly: el hombre de letras”. En él se da una biografía de Sierra O’Reilly y se hacen algunos comentarios sobre *Un año en el hospital de San Lázaro* y *La hija del judío*. Respecto a la segunda menciona que la configuran tres temáticas: el despojo de los bienes, la lucha entre religiosos y la intriga de amor. Afirma que la novela retrata la época colonial, que hay una crítica social, que plantea una teoría de la novela y que “muestra una técnica narrativa que no tiene parangón en las letras mexicanas.”¹⁸⁹ Critica directamente la postura de Ermilo Abreu Gómez sobre el romanticismo incompleto de la novela ya que, en opinión de Hernán Lara Zavala, una de las virtudes de la novela reside en no caer en los excesos del romanticismo. Afirma que la novela sigue vigente gracias a “la soltura de su forma y lo directo de su prosa”.¹⁹⁰

Si bien no hay un análisis detallado de la novela, me parece relevante esta opinión por el hecho de que forma parte de la nueva tendencia a revalorizar a *La hija del judío*

¹⁸⁹ Hernán Lara Zavala “Justo Sierra O’Reilly: el hombre de letras” en *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, p. 160.

¹⁹⁰ *Ibid.*, p. 161.

como una gran novela y como una crítica a los juicios heredados que ignoran la calidad de la novela de Justo Sierra O'Reilly.

Por otro lado, aunque sabía de la existencia de “‘La novela y la historia’ *La hija del judío* de Justo Sierra O'Reilly”, nunca pude encontrarlo. Hace unos días lo vi por casualidad y su contenido me pareció digno de mención. Leticia Algaba realiza, en 1993, un ensayo en el que expresa sus propias conclusiones a partir de su lectura de *La hija del judío*. Señala que en la novela se reflejan las pugnas entre los grupos privilegiados: los gobernantes, el clero y la burguesía, y que son tres historias las que constituyen la novela: la amorosa, la del poder político colonial en donde el secreto de la muerte del conde de Peñalva funge como centro de la ficción, y estas dos tramas se subordinan a una tercera, la pugna entre los jesuitas y los representantes del Santo Oficio.¹⁹¹ También pone de manifiesto que la intriga tiene implicaciones políticas que se refieren no sólo al asunto narrado sino también al tiempo en que se escribió la novela, de lo que se deduce que las inexactitudes históricas tienen estrecha relación con la postura política e ideológica del autor. Respecto a la manera de abordar el pasado, Leticia Algaba dice que ante la falta de documentos sobre el pasado “La insatisfacción de Sierra O'Reilly frente a la historiografía lo llevó, sin embargo, a novelar la historia”,¹⁹² esto, aunado a las referencias que hace el narrador sobre el presente y a sus críticas a las instituciones, probablemente provocó, según Algaba, que los lectores del siglo XIX la leyeran a *La hija del judío* como una “verdadera historia”,¹⁹³ lo cual se hace más evidente después de saber que Vicente Riva Palacio, protegido de Justo Sierra O'Reilly, heredó la concepción histórica plasmada en *La hija del*

¹⁹¹ Cfr. Leticia ALGABA, “‘La novela y la historia’ *La hija del judío* de Justo Sierra O'Reilly” en *Tema y variaciones de literatura* 2, pp. 136-142.

¹⁹² *Ibid.*, p. 143.

¹⁹³ *Ibid.*, p. 144.

judío y México a través de los siglos plasma los hechos acontecidos en Yucatán tal y como los concibió Justo Sierra O'Reilly en su novela y de la misma manera tiraniza, ahora como verdad irrefutable, al conde de Peñalva.¹⁹⁴

De todas las interpretaciones de la novela que he revisado, ésta me parece la más acertada ya que explica que la trama amorosa no tiene un lugar preponderante en la historia y pone de manifiesto la importancia del Prepósito de San Javier en la novela, sus grandes cualidades, su racionalidad, su omnisapencia y el ascendiente que tiene sobre los otros personajes: “Es capaz de dominar a sus adversarios por la sola observación de su conducta, capaz de criticarlos agriamente y de burlarse de ellos porque él se sabe intachable.”¹⁹⁵ Además, señala el carácter político de la intriga y su relación con el presente en que fue escrita la historia.

Sin embargo, como lo he intentado demostrar a lo largo de esta investigación, me parece que el entramado de la novela es todavía más complejo. El Prepósito no es simplemente un adversario del Santo Oficio, lucha en contra de un orden establecido, tanto por los gobernantes —incluyendo al Santo Oficio— como por la sociedad civil, en el que privan los intereses privados por encima del bienestar público. El misterio no es cómo murió el conde de Peñalva, sino cómo resolver un conflicto presente cuyo origen se encuentra en el pasado. Cuando Leticia Algaba menciona que la visión negativa respecto al conde de Peñalva fue heredada por Vicente Riva Palacio en un libro de Historia, refuerza mi hipótesis: *La hija del judío* no sólo llena los huecos de la Historia, es una novela de la Historia.

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 137. Ahí mismo menciona Leticia Algaba que en el único texto oficial donde se alude al conde de Peñalva como un personaje tiránico es, casualmente, en las actas del cabildo de Mérida.

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 140.

Bibliografía

Bibliografía directa

SIERRA O'REILLY, Justo, *La hija del judío*. 2a. ed., edición y prólogo de Antonio CASTRO LEAL. México, Porrúa, 1982. 2 t. (Colección de Escritores Mexicanos, 79-80)

SIERRA O'REILLY, Justo, *La hija del judío*. Barcelona, Planeta DeAgostini / CONACULTA, 2004. 2 t. (Grandes Novelas de la Historia Mexicana)

Bibliografía indirecta

ALGABA, Leticia “‘La novela y la historia’ La hija del judío de Justo Sierra O’Reilly” en *Tema y variaciones de literatura 2*. Coord. Antonio MARQUET. México, UAM. Unidad Azcapotzalco, División de Ciencias Sociales y Humanidades, 1993. pp. 133-145.

ANDERSON IMBERT, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana I. La colonia. Cien años de República*. 2ª ed, México, FCE, 1997. t.1, 519 pp. (Breviarios 89)

ARIAS CAMPOAMOR, J.F., *Novelistas de Mejico. Esquema de la historia de la novela mejicana (De Lizardi a 1950)*. Madrid, imp. en la Casa de Silverio Aguirre, 1952. 185 pp.

BELLINI, Giuseppe, *Historia de la literatura hispanoamericana*. 2ª ed. corregida y aumentada. Madrid, Castalia, 1990. 816 pp. (Literatura y Sociedad).

BOBADILLA ENCINAS, Gerardo Francisco, “La novela histórica colonial o el reconocimiento ambiguo de la hispanidad americana. El caso de la iniciación gótica en *La hija del judío* o la sacralización del liberalismo en la colonia” en *La poética de la novela histórica mexicana del siglo XIX: la historia y la cultura como testimonio mítico*. Tesis Doctoral dirigida por Rafael OLEA y Françoise PERUS. México, El Colegio de México. Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2002. pp. 88-109.

- BRUSHWOOD, J. S., *México en su novela*. 1ª. ed. en esp., tr. de Francisco GONZÁLEZ ARAMBURO. México, FCE, 1973. 436 pp. (Breviarios, 230)
- , *The romantic novel in Mexico*. Columbia, USA, University of Missouri Studies, 1954.
- CARBALLO, Emmanuel, *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*. colab. Jesús GÓMEZ MORÁN y Elizabeth SALAZAR HERNÁNDEZ. México, Océano / CONACULTA, 2001. pp. 228-229.
- CARILLA, Emilio, *El romanticismo en la América hispánica*. Madrid, Gredos, 1967. 2 t. (Biblioteca Románica Hispánica II. Estudios y Ensayos).
- ESQUIVEL PREN, José, "Historia crítica de la literatura yucateca" en *Enciclopedia yucatecense conmemorativa del IV centenario de Mérida y Valladolid, Yucatán*. Dirigida por Carlos A. ECHÁNOVE TRUJILLO. México, Gobierno de Yucatán, 1946. v.5.
- FRANCO, Jean, *Historia de la literatura hispanoamericana. A partir de la Independencia*. Barcelona, Ariel, 1975. 476 pp.
- GAMBOA, Federico, *La novela mexicana*. Ed. preparada por José Emilio PACHECO. México, UNAM. Coordinación de Difusión Cultural. Dirección de Literatura / Universidad de Colima, 1988. 47 pp.
- GARCÍA RIVAS, Heriberto, *Historia de la literatura mexicana. t. II. México independiente. Siglo XIX*. México, Textos Universitarios S. A., 1972. 323 pp.
- GOIC, Cedomil, *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana II. Del romanticismo al modernismo*. Barcelona, Crítica, 1990. 771 pp.
- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos, *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*. 11ª ed. México, Porrúa, 1972. 362 pp.
- , *Novelas y novelistas mexicanos*. Ed. Emmanuel CARBALLO, México: UNAM, Coord. Difusión Cultural, Dirección de Literatura / Universidad de Colima, 1978. 121 pp.
- GUERRA PEÓN, Matilde, *Justo Sierra O'Reilly y los orígenes de la novela en Yucatán*. Tesis de Maestría. México, UNAM. Facultad de Filosofía y Letras, 1963. 96 pp.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. 1ª. ed. en esp., 4ª. reimp., tr. de Joaquín Díez-CANEDO. México, FCE, 1978. 340 pp.

- IGUINIZ, Juan B., *Bibliografía de novelistas mexicanos. Ensayo bioigráfico, bibliográfico y crítico*. estudio histórico preliminar por Francisco MONTERDE. México, Secretaría de Relaciones exteriores, 1962. pp. 346-348. (Monografías Bibliográficas Mexicanas)
- JIMÉNEZ RUEDA, Julio, *Historia de la literatura mexicana*. 3ª ed. México, Botas, 1942. 316 pp.
- , *Letras mexicanas en el siglo XIX*. 19ª ed. México, FCE, 1989.
- LARA ZAVALA, Hernán, “Justo Sierra O’Reilly: el hombre de letras”, en *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*. Vol. 3. Ed. de Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra. México, UNAM. Coordinación de Humanidades, 2005. pp. 149-161.
- MILLÁN, María del Carmen, *Diccionario de escritores mexicanos*. Panorama de la literatura Mexicana. México, UNAM. Centro de Estudios Literarios, 1967.
- OVIEDO, José Miguel, *Historia de la literatura hispanoamericana 2. Del romanticismo al modernismo*. Madrid, Alianza, 1997. 386 pp.
- READ, John Lloyd, *The mexican historical novel*. Nueva York, Instituto de las españas en Estados Unidos, 1939. pp. 98-108.
- VARGAS, Margarita, “Romanticism” in *Mexican literature. A history*. Edition by David William FOSTER. Austin, USA, University of Texas Press, 1996.
- WARNER, Ralph Emerson, *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*. México, Auntigua Librería Robredo, 1953. 130 pp.

Bibliografía de referencia

- ARGULLOL, Rafael, *El Héroe y el Único. El espíritu trágico del romanticismo*. Madrid, Taurus, 1999. 333 pp.
- BACHELARD, Gastón, *La poética del espacio*. 2ª ed. en español de la 8ª en francés, 3ª. reimp., tr. de Ernestina CHAMPOURCIN. México, FCE, 1992. 281 pp. (Breviarios, 183)
- BEGUÍN, Albert, *El alma romántica y el sueño. Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*, tr. Mario Monterforte Toledo, México, FCE, 1981.
- BERLIN, Isaiah, *Las raíces del romanticismo*, tr. Silvina MARÍ, ed. de Henry ARDÍ. Madrid, Taurus, 2000. 226 pp. (Pensamiento)

- BOBADILLA ENCINAS, Gerardo Francisco, *La poética de la novela histórica mexicana del siglo XIX: la historia y la cultura como testimonio mítico*. Tesis Doctoral dirigida por Rafael OLEA y Françoise PERUS. México, El Colegio de México. Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2002. 166 pp.
- BOLLNOW, Friedrich, *Hombre y espacio*, tr. Jaime López de ASAIN Y MARTÍN, prol. Víctor D'ORS. Barcelona, Labor, 1969.
- CAMPOS GARCÍA, Melchor, “*Que los yucatecos todos proclamen su independencia*” (*Historia del secesionismo en Yucatán, 1821-1849*). Yucatán, México, Universidad Autónoma de Yucatán, 2002. 773 pp.
- GONZÁLEZ, Luis, “III. El periodo formativo” en *Historia mínima de México*, 2ª ed., 11ª. reimp. México, El Colegio de México. Centro de Estudios Literarios, 2001. pp. 77-86.
- LUKÁCS, Georg, “La forma clásica de la novela histórica” *La novela histórica*. 3ª ed. en español, tr. Jasmin REUTER. México, Era, 1977. pp. 15-102. (Biblioteca Era. Ensayo)
- PIMENTEL, Luz Aurora, *El relato en perspectiva: estudio de teoría narrativa*. México, Siglo XXI / UNAM. Facultad de Filosofía y Letras, 1998.
- PRAZ, Mario, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*. vers. Mario CRUZ. Caracas, Monte Ávila, 1970. 545 pp.
- QUEZADA, Sergio, *Breve Historia de Yucatán*. México, El Colegio de México. Fideicomiso Historia de las Américas / FCE, 2001. 288 pp. (Sección de Obras de Historia).
- RICOEUR, Paul, “II. Argumentos narrativistas” en *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. tr. Agustín Neira. Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987. pp. 247-293. (Serie “Libros Europa”)
- , “5. El entrecruzamiento de la historia y de la ficción” en *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*. México, Siglo XXI editores, 1996. pp. 901-917. (Lingüística y teoría literaria).

- , “2. Habla y escritura” y “4. La explicación y la comprensión” en *Teoría de la interpretación*. 5ª. ed. en español, tr. de Graciela Monges Nicolau. México, Silgo XXI editores, 2003. pp. 38-57 y 83-100. (Lingüística y Teoría literaria)
- ROCHER SALAS, Adriana Delfina, “Introducción”, “I. Campeche en el siglo XVIII”, “IV. La compañía de Jesús” y “V. La lucha por el poder” *La actividad religiosa de las órdenes religiosas en Campeche*. Siglo VIII. Tesis doctoral dirigida por Gisela Von Wobeser y Rosa Martínez de Codes. Madrid, Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Geografía e Historia, 2002. pp. 7-47, 103-145 y 168-175.
- VÁZQUEZ, Josefina Zoraida, “los primero tropiezos” en *Historia general de México*. México, El Colegio de México. Centro de Estudios Históricos, 2000. pp. 525-582.
- WHITE, Hayden, “Introducción: la poética de la historia” y “I. La imaginación histórica entre la metáfora y la ironía” en *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. 1ª. ed. en español, 2ª. reimp., tr.de Stella Mastrangelo. México, FCE, 2002. pp. 13-85. (Sección de Obras de Historia)

Hemerografía indirecta

- ABREU GÓMEZ, Ermilo, “Sierra O’Reilly y la novela” en *Contemporáneos*. núm. 35 abr. 1931. pp. 39-73
- CASTRO, Miguel Angel, “Entre tañidos y susurros. *La hija del judío* de Justo Sierra O’Reilly” en *Inquisición novohispana*. vol. III. Ed. de Noemí QUEZADA, Martha Eugenia RODRÍGUEZ y Marcela SUÁREZ. México, UNAM. Instituto de Investigaciones Antropológicas / UAM, 2000. pp. 149-163.
- DOMENELLA, Ana Rosa, “Lo dicho y lo omitido en *La hija del judío* de Justo Sierra O’Reilly” en *Inquisición novohispana*, vol. II, Ed. de Noemí QUEZADA, Martha Eugenia RODRÍGUEZ y Marcela SUÁREZ. México, UNAM. Instituto de Investigaciones Antropológicas / UAM, 2000. pp. 156-175.
- MAGAÑA ESQUIVEL, Antonio, “Justo Sierra O’Reilly y la novela ‘histórico-romántica’.” en *El nacional*. 8 oct., 1964.
- POOT HERRERA, Sara, “*La hija del judío*: entre la inquisición y la imprenta” en *Nueva Revista de Filología Hispánica*. 40:2 (jul-dic 1992). pp. 761-777.
- SIERRA, Carlos J., “Aportación para un bibliografía de Justo Sierra O’Reilly”, en supl. de *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda*. núm. 141, 15 sep. 1958, pp. 1-6.

-----, "Doctor Justo Sierra O'Reilly" en *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda*.
núm. 216, 15 ene. 1961. p. 4.

-----, "La hija del judío por Justo Sierra O'Reilly" en *Boletín Bibliográfico de la Secretaría
de Hacienda*. núm. 164, 1o. de oct. 1959. p. 2.

-----, "Justo Sierra O'Reilly y William H. Prescott" en *Boletín Bibliográfico de la
Secretaría de Hacienda*. núm. 169, 15 dic. 1959. p 3.

SOLARES LAVARRE, Francisco José, "Discurso Contrahistórico: paradigma narrativo en dos
novelas sobre la época colonial latinoamericana" en *Revista Iberoamericana*. 69:204,
jul-sept 2003. pp. 631-651.